

La Madriguera del Gusano Blanco

Por

Bram Stoker

CAPÍTULO PRIMERO

LA LLEGADA DE ADAM SALTON

Adam Salton pasó casualmente por el Empire Club de Sydney y se encontró con una carta de su tío abuelo. Poco menos de un año antes había tenido noticias del anciano caballero, Richard Salton, revelándole su parentesco y asegurándole que no había podido escribirle más pronto a causa de sus enormes dificultades en dar con el paradero de su sobrino nieto. Adam quedó muy complacido y respondió cordialmente; a menudo había oído a su padre hablar de la rama más antigua de la familia con quienes él y los suyos habían perdido el contacto hacía mucho tiempo. Había comenzado una interesante correspondencia. Adam abrió apresuradamente la carta que acababa de llegar, que contenía una amable invitación para instalarse en Lesser Hill con su tío abuelo tanto tiempo como le fuera posible.

«Verdaderamente, escribía Richard Salton, espero que se establezca aquí permanentemente. Usted sabe, mi querido muchacho, que nosotros somos los últimos descendientes de nuestra estirpe y sería conveniente que usted me sucediera cuando llegue el momento. En este año de 1860 voy a cumplir los ochenta y aun cuando nuestra familia es longeva, mi vida no puede prolongarse más allá de límites razonables. Estoy dispuesto a quererle y a proporcionarle un hogar junto a mí todo lo feliz que usted desee. Por lo tanto, venga tan pronto como reciba esta carta y compruebe la bienvenida que espero darle. Por si le facilitase las cosas, le envío una libranza bancaria de doscientas libras esterlinas. Venga pronto y podremos gozar juntos de algunos días felices. Si está a su alcance concederme el placer de su visita, envíeme lo antes posible una carta diciéndome cuándo debo esperarlo. Cuando llegue usted a Plymouth o Southampton, o a cualquier puerto a que esté destinado, espere a bordo, que me uniré a usted lo más pronto posible»

El anciano señor Salton quedó muy complacido con la respuesta de Adam y envió con toda premura un criado a su camarada sir Nathaniel de Salis, informándole de la llegada de su sobrino nieto a Southampton el día doce de junio.

El señor Salton dio instrucciones de tener preparado la mañana siguiente del día memorable un carruaje, en el que viajaría hasta Stafford, donde tomaría el tren de las once cuarenta. Esa noche la pasaría con su sobrino a bordo, lo cual sería para él una nueva experiencia; o, si el invitado lo prefería, en un hotel. En cualquier caso regresarían al hogar a la mañana siguiente. Había dado órdenes a su administrador de enviar el carruaje de postas a Southampton, listo para el regreso a casa, y de preparar los relevos de los

caballos para no demorarse en el viaje. Intentaba que su sobrino nieto, que había pasado toda su vida en Australia, contemplara durante el viaje algo de la Inglaterra rural. Tenía muchos potros que él mismo criaba y adiestraba, esperando que fuera para el joven una jornada memorable. El equipaje se enviaría por tren a Stafford, adonde iría a recogerlo uno de sus carruajes. Durante el viaje a Southampton, el señor Salton se preguntaba a menudo si su sobrino nieto estaría tan emocionado como él ante la idea de encontrarse por vez primera con un pariente tan cercano. Sólo con gran esfuerzo lograba controlarse. La perspectiva sin fin de los raíles y las agujas en los alrededores de los muelles de Southampton, inflamaron de nuevo su ansiedad.

Cuando el tren se detuvo junto al andén de la estación, el anciano entrelazó sus manos hasta que de pronto se abrió violentamente la puerta del carruaje y saltó al interior un hombre joven.

—¿Cómo está usted, tío? Le he reconocido por la fotografía que me envié. Quería verle lo antes posible, pero todo es tan extraño para mí que no sabía qué hacer. Sin embargo, aquí estoy. Me alegra conocerlo, señor. He soñado con este momento de felicidad durante miles de millas y ahora advierto que la realidad supera todos mis sueños —y mientras hablaban, el anciano y el joven se estrecharon cordialmente las manos.

El encuentro, que comenzó de manera tan auspiciosa, prosiguió todavía mejor. Adam, dándose cuenta de que el anciano estaba interesado en la novedad del barco, le sugirió pasar la noche a bordo, asegurándole estar dispuesto a partir a cualquier hora y en la dirección que el otro propusiera. Esta afectuosa complacencia en ajustarse a sus planes conmovió profundamente al anciano. Aceptó calurosamente la invitación, y en seguida se pusieron a conversar, no como parientes lejanos, sino más bien como viejos amigos. El corazón del anciano, vacío de afectos durante tanto tiempo, encontró un nuevo deleite. En cuanto al joven, la acogida que había recibido al desembarcar en este viejo país armonizaba del todo con los sueños habidos en sus vagabundeos en solitario, y le prometía una nueva vida plena de aventuras. Al poco tiempo el anciano aceptó plenamente la estrecha relación llamándole por su nombre de pila. Tras una larga conversación sobre temas de interés común, se retiraron ambos al camarote que iban a compartir. Richard Salton colocó afectuosamente sus manos sobre los hombros del muchacho; aunque Adam tenía veintisiete años, para su tío abuelo era, y seguiría siéndolo para siempre, un muchacho.

—Estoy muy contento de haberlo encontrado tal como es, mi querido muchacho, como el joven que siempre deseé tener por hijo en los días en que todavía alimentaba semejantes esperanzas. Sin embargo, todo eso pertenece ya al pasado. Pues, gracias a Dios, aquí comienza una nueva vida para los dos. Para usted será mucho más larga, pero todavía hay tiempo para que una parte

la compartamos en común. Esperaba verle para decirle esto, porque pensaba que sería mejor no ligar su joven vida a la mía hasta haberle conocido lo suficiente como para justificar semejante aventura. Ahora puedo, en lo que a mí respecta, hablar con toda libertad, ya que desde el momento mismo en que mis ojos se posaron en usted le vi como a mi propio hijo, tal como habría sido si la voluntad de Dios hubiera elegido ese camino.

—Por supuesto que lo soy, señor, ¡de todo corazón!

—Gracias por esto, Adam —los ojos del anciano se llenaron de lágrimas y su voz tembló. Entonces, después de un prolongado silencio entre ellos, prosiguió diciendo:

—Cuando me enteré de que vendría hice mi testamento. Era normal que garantizara sus intereses desde ese momento. Aquí está la escritura; guárdela, Adam. Todo lo que tengo le pertenecerá; y si el amor y los buenos deseos, o su recuerdo, pueden hacer la vida más dulce, la suya será francamente dichosa. Ahora, mi querido muchacho, recojámonos. Partiremos por la mañana temprano y tenemos por delante un largo viaje. Espero que no le importe viajar en coche. He dispuesto el antiguo carruaje de cuatro ruedas en el que mi abuelo, y tatarabuelo suyo, se trasladaba a la Corte cuando era rey Guillermo IV. Se encuentra en perfecto estado —en aquella época se construía bien— y se ha mantenido regularmente en uso. Pero creo haber hecho algo mejor: he enviado el carruaje en el que yo mismo viajo. Los caballos los crío yo mismo y tendremos relevos dispuestos a lo largo de toda la ruta. Espero que le gusten los caballos. Han sido siempre una de las mayores aficiones de mi vida.

—Adoro los caballos, señor, y me complace poder decirle que poseo algunos. Al cumplir dieciocho años mi padre me regaló una granja para criar caballos. Me dediqué personalmente a ella y la he sacado adelante. Antes de partir, mi administrador me entregó un memorándum en el que me informaba de que tenemos más de un millar de caballos, casi todos en inmejorables condiciones.

—Me alegra mucho, hijo mío. Es otro lazo entre nosotros.

—Imagine, señor, el inmenso placer que será para mí ver Inglaterra de ese modo. ¡Y con usted!

—Gracias de nuevo, hijo mío. Por el camino le contaré todo lo relativo a su futuro hogar y sus alrededores. Como le digo, viajaremos a la antigua usanza. Mi abuelo siempre condujo un tiro con cuatro caballos y lo mismo haremos nosotros.

—Oh, gracias, señor, gracias. ¿Me permitirá tomar las riendas de vez en cuando?

—Siempre que lo desee, Adam. El tiro es suyo. Todos los caballos que utilicemos hoy, serán suyos.

—Es usted excesivamente generoso, tío.

—En absoluto. Es solamente el placer egoísta de un viejo. No ocurre todos los días que el heredero regrese a la antigua mansión de los antepasados. Y, a propósito... No, haríamos mejor en acostarnos. Le contaré el resto por la mañana.

CAPÍTULO II

LOS CASWALL DE CASTRA REGIS

El señor Salton había sido toda su vida muy madrugador, y necesariamente tenía un despertar rápido. Sin embargo, al abrir los ojos a la mañana siguiente —y aunque el monótono traqueteo de la maquinaria del barco no dejaba excusa para seguir durmiendo— se encontró con los ojos de Adam que le miraban desde su litera. Su sobrino nieto le había cedido el sofá, ocupando él la litera inferior. El anciano, pese a su gran energía y a su habitual actividad, estaba un poco cansado por el largo viaje de la víspera y por la prolongada y animada conversación que le siguió. Por lo tanto, le alegraba tener el cuerpo quieto y relajado mientras su cerebro trabajaba activamente tratando de retener lo que pudiera del extraño ambiente. Adam, por su lado, debido a la costumbre campesina en la que había sido educado, se despertó al alba, y estaba listo para iniciarse en las experiencias del nuevo día tan pronto como conviniera a su compañero de más edad. Cuando ambos se dieron cuenta de la disposición del otro, saltaron simultáneamente de la cama y comenzaron a vestirse. El camarero, siguiendo instrucciones previas, tenía ya preparado el desayuno y poco tiempo después tío abuelo y sobrino nieto descendían por la pasarela del barco en busca del carruaje.

Encontraron al administrador del señor Salton, que les buscaba en el muelle, y este les condujo inmediatamente al lugar en que les esperaba el carruaje. Richard Salton mostró con orgullo a su joven compañero las diversas comodidades del vehículo. Tiraban de él cuatro buenos caballos, con un postillón por yunta.

—Mire —dijo el anciano con orgullo—, tiene todos los lujos necesarios para un viaje confortable: silencio y aislamiento al mismo tiempo que rapidez. Nada obstaculiza la visión de los que viajan dentro, y nadie, desde fuera, podrá oír su conversación. He usado este coche durante un cuarto de siglo, y nunca vi otro más cómodo para viajar. Lo comprobará usted mismo en seguida.

Atravesaremos el corazón de Inglaterra, y en el camino le seguiré contando lo de la noche anterior. Nuestra ruta pasará por Salisbury, Bath, Bristol, Cheltenham, Worcester, Stafford, y en seguida nuestro hogar.

Adam permaneció en silencio varios minutos, durante los cuales su mirada recorrió incesantemente el horizonte en toda su extensión.

—Este viaje de hoy, señor —preguntó—, ¿tiene algo que ver con lo que usted quería contarme anoche?

—Directamente, no, pero indirectamente, todo.

—¿No podríamos hablar de ello ahora? No veo a nadie que pueda escucharnos, y si algo le impide seguir hablando durante el viaje, comuníquelo inmediatamente. Le entenderé.

Entonces el anciano Salton comenzó a hablar.

—Comencemos por el principio, Adam. Su conferencia sobre Los romanos en Britania, de la cual usted mismo me envió una copia por carta, me hizo pensar mucho, al mismo tiempo que me informó de sus gustos. Inmediatamente después le escribí para invitarle a casa, pues me parecía que si usted estaba interesado en la investigación histórica —como parece de hecho— este era un lugar idóneo, además de cuna de sus propios antepasados. Si pudo aprender tanto sobre los romanos de Britania en un lugar tan lejano como Nueva Gales del Sur, donde no puede haber tradición de ellos, cuánto más no sería capaz de hacer sobre el terreno mismo. El lugar a donde vamos está en el corazón mismo del antiguo reino de Mercia, donde se encuentran vestigios de las diversas nacionalidades que formaron el conglomerado que se convertiría en Britania.

—Pensé más bien que tendría alguna razón más personal o algo más definitivo para mi apresuramiento en venir. Después de todo, la Historia puede esperar, a menos que se esté haciendo.

—Completamente de acuerdo, muchacho. Tenía una razón como usted sabiamente adivinó. Ansiaba que estuviese usted aquí cuando aconteciera una fase muy importante de nuestra historia local.

—¿De qué se trata, señor, si puedo preguntárselo?

—Puede. El principal terrateniente en esta parte nuestra del condado va a regresar a su casa y habrá un gran recibimiento que usted podrá observar cuidadosamente. El hecho es que, desde hace más de un siglo, los diferentes propietarios que se sucedieron vivieron en el extranjero la mayor parte del tiempo.

—¿Cómo es eso, señor, si puede saberse?

—La gran mansión y las tierras que se encuentran junto a las nuestras se llaman Castra Regis, residencia familiar de los Caswall. El último propietario que vivió aquí fue Edgar Caswall, abuelo del que va a venir ahora y el único que permaneció en la casa algún tiempo. Su abuelo, que también se llamaba Edgar —han mantenido la tradición del mismo nombre para todos los primogénitos de la familia—, se disgustó con sus parientes y se fue a vivir al extranjero, no manteniendo ninguna relación con ellos. El hijo de este Edgar nació, vivió y murió en el extranjero, y su nieto, el último heredero, también nació y vivió fuera de Inglaterra hasta cumplir treinta años, su edad actual. Pertenece a la segunda rama de los ausentes. La gran hacienda de Castra Regis no ha conocido a sus propietarios en cinco generaciones, durante más de ciento veinte años. Sin embargo, ha sido bien administrada y ningún arrendatario ha tenido el menor motivo de queja. Por todo ello, hay una expectación natural por ver al nuevo propietario, y todos esperamos con excitación el acontecimiento de su llegada. Incluso yo, que tengo mis propias tierras, aunque adyacentes y completamente aparte de las de Castra Regis.

»Ahora estamos en un terreno nuevo para usted —prosiguió el anciano—. Aquello es el chapitel de la catedral de Salisbury. Cuando hayamos dejado atrás la ciudad, estaremos próximos al condado romano, y, como es natural, querrá usted emplear a fondo sus ojos. En breve tendremos que ocuparnos de la antigua Mercia. Sin embargo, no debe sentirse decepcionado. Mi viejo amigo sir Nathaniel de Salis, como yo vecino de Castra Regis —su propiedad Doom Tower bordea Derbyshire, sobre el Peak— viene a pasar conmigo los festejos de bienvenida a Edgar Caswall. Es justo el tipo de hombre que a usted le gustará. Se ha consagrado a la historia y es presidente de la Sociedad Arqueológica de Mercia. Sabe más que nadie sobre esta parte del condado, su historia y sus gentes. Espero que llegue antes que nosotros, y que los tres podamos tener una larga charla después de cenar. Es, también, nuestro geólogo y naturalista local. Por tanto, tenéis ambos numerosos intereses en común. Entre otras cosas, conoce perfectamente bien el Peak, sus cavernas, y todas las antiguas leyendas de los tiempos prehistóricos.

Pasaron la noche en Cheltenham, y a la mañana siguiente continuaron su viaje a Stafford. Los ojos de Adam estuvieron ocupados todo el tiempo, y hasta que Salton no observó que entraban en la última etapa de su viaje no se refirió a la visita de sir Nathaniel.

Al anochecer llegaron a Lesser Hill, hogar del señor Salton, pero estaba demasiado oscuro como para que pudiera distinguirse cualquier detalle de los alrededores. Adam sólo pudo ver que la casa estaba en lo alto de una colina, no tan alta como aquella otra en la que se asentaba el Castillo, en cuya torre ondeaba un estandarte. Eran tantas las luces que se agitaban en él, manifiestamente a causa de los preparativos de los inminentes festejos, que

parecía en llamas. Adam debió diferir su curiosidad para el día siguiente. Su tío abuelo fue recibido por un venerable anciano que lo saludó cordialmente.

—Llegué lo antes que pude, como usted deseaba. Me imagino que se trata de su sobrino nieto. Encantado de conocerlo, señor Adam Salton. Soy Nathaniel de Salis, y su tío es uno de mis más viejos amigos.

Desde el primer momento en que sus miradas se encontraron, Adam sintió que eran ya amigos. Este encuentro fue una muestra más de bienvenida a sumarse a las que ya habían sonado en sus oídos.

La cordialidad con que sir Nathaniel y Adam entablaron su primer contacto hizo fácil el intercambio de ideas. Sir Nathaniel era un despierto hombre de mundo, que había viajado mucho dedicándose a estudiar en profundidad determinadas materias. Era un conversador brillante, como podía esperarse de un próspero diplomático, aun en las situaciones menos favorables. Pero se sintió conmovido, y hasta cierto punto seducido, por la evidente admiración del joven y su buena disposición para escucharle. Por consiguiente, la conversación, que había comenzado en los términos más amistosos posibles, pronto se animó y cobró un interés creciente cuando el anciano habló de los próximos acontecimientos con Richard Salton. Este sabía ya que su viejo amigo quería poner al corriente en este asunto a su sobrino nieto, y por eso, durante su viaje entre el Peak y Lesser Hill, había ordenado sus ideas con el fin de exponerlas y explicarlas de la manera más clara posible. A Adam le bastó escuchar atentamente para reunir casi toda la información deseada. Cuando concluyó la cena y los sirvientes se hubieron retirado, dejando a los tres hombres con sus bebidas y cigarros, sir Nathaniel comenzó a hablar.

—Pienso que su tío... A propósito, creo que será mejor llamarlo a él tío y a usted sobrino, en lugar de buscar el término exacto para su grado de parentesco... Además, su tío es un amigo tan antiguo y tan querido que, con su permiso, abandonaré las formalidades y le llamaré Adam, como si fuera mi propio hijo.

—Nada me gustaría más —respondió el joven.

La respuesta conmovió a los dos ancianos, pero, con la discreción que caracteriza a los ingleses cuando se trata de asuntos emocionales que les atañen personalmente, instintivamente volvieron a la conversación anterior. Sir Nathaniel tomó la iniciativa.

—Entiendo, Adam, que su tío le ha puesto al corriente de la historia de la familia Caswall.

—En parte sí, señor; pero tengo entendido que aún debo oír detalles más minuciosos de usted, si es tan amable.

—Me encantará contarle todo lo que sé. Pues bien, el primer Caswall de nuestra historia es Edgar, cabeza de la familia y propietario de las tierras, que tomó posesión de ellas justamente el año en que murió Jorge III. Tenía un hijo de unos veinticuatro años. Hubo una violenta disputa entre los dos. Nadie de su generación tiene la menor idea del motivo; pero, considerando las características de la familia, podemos suponer que, aunque grave y violento, en el fondo sería trivial.

»El resultado de la disputa fue que el hijo abandonó la casa paterna sin reconciliarse ni decirle a su padre adonde iba. Nunca volvió a la casa. Pocos años después murió sin haber intercambiado palabra ni carta con su padre. En el extranjero contrajo matrimonio y tuvo un hijo a quien, según parece, jamás contó nada de toda esta historia. El abismo que les separaba parecía infranqueable, pues con el tiempo el hijo se casó y tuvo a su vez descendencia. Pero ni las alegrías ni las penas lograron volver a unir a los que se habían separado. En tales condiciones, no era de esperar que se produjera rapprochement alguno, y una indiferencia total, fundada en el mejor de los casos en la ignorancia mutua, reemplazó al afecto familiar e incluso a los intereses en común. Debemos exclusivamente a la diligencia de los abogados el haber conocido el nacimiento de este nuevo heredero. Él es quien viene ahora a pasar unos meses en la mansión de sus antepasados.

«Desde la separación, los intereses familiares quedaron reducidos a la herencia de las tierras. No habiendo nacido ningún otro niño de las generaciones más nuevas, todas las esperanzas están ahora depositadas en el nieto de este hombre.

»Ahora bien, sería conveniente que tuviera presentes las características predominantes de esta familia. Se han preservado sin cambios, siendo idénticas en todos ellos: fríos, egoístas, dominantes, despreocupados por las consecuencias de sus caprichos. No es que hayan perdido la fe —aunque el tema no les concierne— sino que se toman el cuidado de calcular anticipadamente lo que deben hacer para lograr sus fines. Si en algún momento cometen un error, algún otro cargará con las consecuencias. Tales rasgos se repiten con tanta frecuencia que parecieran formar parte de una política establecida. No es sorprendente, por tanto, que sean cuales fueren los cambios que se produzcan, ellos guarden siempre, segura, la posesión de sus bienes. Son, por naturaleza, absolutamente fríos y duros. Ninguno de ellos, por lo menos que se sepa, ha sido jamás presa del más leve sentimiento que le impulsara a desviarse de su camino o a detener su mano obedeciendo los dictados de su corazón. Los retratos y efigies de ellos muestran, todos, su vinculación con el tipo romano antiguo. Tienen ojos grandes y cabello negro, como ala de cuervo, espeso y rizado. Son tipos macizos y fuertes.

»La espesa cabellera negra, que les crece hasta la parte baja de la nuca, da

testimonio de su extraordinaria fuerza física y resistencia. Pero lo más notable en los Caswall son sus ojos. Negros, penetrantes, casi insoportables, parecen contener una sobrenatural fuerza de voluntad que no admite contradicción. Es un imperativo en parte racial y en parte individual: un poder imbuido de cierta propiedad misteriosa, que se diría hipnótica o mesmérica, capaz de privar de toda capacidad de resistencia a aquellos que sostienen su mirada. Con ojos como esos, implantados en un rostro inconfundiblemente dominador, se necesita ser verdaderamente fuerte para poder resistir la inflexible voluntad que los anima.

«Quizá piense, Adam, que todo esto es producto de mi imaginación, sobre todo porque nunca he visto a ninguno de ellos. Así es; pero mi imaginación está basada en estudios profundos. He utilizado todo lo que sabía o podía conjeturar con lógica acerca de tan extraña familia. Con tanto misterio no es extraño que corra el rumor de que la familia sufre alguna forma de posesión diabólica, y que se extienda la creencia de que ciertos antepasados remotos vendieron sus almas al Diablo.

«Pero pienso que ahora haríamos mejor en irnos a dormir. Mañana proseguiremos, y quiero que su mente esté clara y sus facultades a punto. Además, quisiera que me acompañara en mi paseo matutino, durante el cual podremos observar, mientras el asunto se mantenga fresco en nuestras mentes, la peculiar disposición de este lugar: no solamente de las tierras de su tío abuelo, sino de toda la región que se extiende a su alrededor. Hay varios fenómenos misteriosos de los cuales podemos buscar —y quizá encontrar— explicaciones. Cuantos más elementos conozcamos de partida, más fácil nos será comprender lo que veamos con nuestros propios ojos.

CAPÍTULO III

LA ARBOLEDA DE DIANA

La curiosidad hizo que, a la mañana siguiente, Adam saltara de la cama muy temprano. Pero después de haberse vestido y bajado las escaleras, comprobó que, pese a haber sido tan madrugador, sir Nathaniel lo había sido más. El anciano caballero estaba ya listo para la larga caminata y ambos partieron en seguida.

Sir Nathaniel, sin decir palabra, tomó el camino del este que baja de la colina. Después de haber descendido y vuelto a ascender, se encontraron en el borde oriental de una escarpada colina, de menos altura que la del Castillo, pero situada de tal manera que dominaba las demás elevaciones que coronaban

la cordillera. A todo lo largo de esta, las rocas afloraban desnudas y frías formando un tosco encastillamiento natural. La forma de la cordillera era un segmento circular con las cimas más elevadas hacia el oeste. En el centro, que era el punto más alto, se levantaba el Castillo. Entre las diversas excrescencias rocosas había grupos de árboles de tamaño y peso variado, entre algunos de los cuales surgían lo que, a la temprana luz mañanera, parecían ruinas de antiguas edificaciones. Estas —sean lo que fueren— estaban hechas de macizas piedras grises, probablemente calizas talladas rudimentariamente, a no ser que adquirieran esta forma por causas naturales. La inclinación del terreno era tan pronunciada a lo largo de la cordillera, que, aquí y allá, los árboles, las rocas y los edificios parecían sobresalir por encima de la lejana llanura, a través de la cual corrían numerosos arroyos.

Sir Nathaniel se detuvo y miró a su alrededor, como si no quisiera perderse nada del majestuoso efecto. El sol, que se eleva en el cielo por el este, hacía visibles hasta los más insignificantes detalles. Con el brazo extendido señaló a Adam, como para llamar su atención sobre la totalidad de la perspectiva. Hecho esto, redujo su marcha, como invitándole a fijarse en los detalles. Adam, que era un alumno atento y bien dispuesto, siguió estos movimientos con exactitud, procurando no perderse nada.

—Le he traído aquí, Adam, porque parece el lugar más apropiado para comenzar nuestras investigaciones. En este momento tiene delante de usted la casi totalidad de lo que fue el antiguo reino de Mercia. En efecto, podemos verlo, desde aquí, en su conjunto, con excepción de la parte más lejana, oculta por las Marcas Galesas, y de lo que nos tapa, desde donde estamos, la elevación del terreno al oeste. En teoría, podemos ver la totalidad del límite oriental del reino que se extendía hacia el sur desde el Humber al Wash. Quiero que tome nota mentalmente de la disposición del terreno, porque algún día, tarde o temprano, tendremos que imaginárnoslo, cuando consideremos las viejas tradiciones y supersticiones e intentemos buscarles una explicación rationale. Cada leyenda, cada superstición que recojamos, nos ayudará a comprender, y posiblemente elucidar, las otras. Y como todas tienen raíz local, nos acercaremos a la verdad —o a su más probable versión— conociendo a fondo las condiciones de este lugar según vayamos atravesándolo. Este reconocimiento del terreno nos permitirá recurrir a realidades geológicas ya conocidas. Por ejemplo, los materiales de construcción utilizados en las distintas épocas pueden aportar datos interesantes a unos ojos bien abiertos. Las mismas alturas, formas y composiciones de estas colinas —y mucho más aún, las de la vasta planicie que se extiende entre nosotros y el mar— han servido de tema a interesantes libros.

—¿Por ejemplo, señor? —dijo Adam, aventurando una pregunta.

—Bien, contemple aquellas colinas que rodean a la principal, sobre la cual

se eligió sabiamente emplazar el Castillo. Mire a las otras. Hay algo ostensible en cada una de ellas, y probablemente también algo invisible y no verificado, pero cuya realidad se puede imaginar.

—¿Por ejemplo? —prosiguió Adam.

—Tomémoslas una por una. Aquella del este, donde hay árboles, la más baja de todas, fue antiguamente el emplazamiento de un templo romano, probablemente edificado sobre las ruinas de un templo druídico. Su nombre hace alusión a los primeros, y la arboleda de viejos robles sugiere a los segundos.

—¿Podría explicármelo?

—El antiguo nombre, traducido, significa «La arboleda de Diana». Fíjese ahora en aquella otra un poco más elevada y contigua a la anterior. La llaman «Mercy», con toda probabilidad por corrupción o familiarización local de la palabra Mercia, de indudable resonancia romana. Sabemos por los viejos manuscritos que el lugar se llamaba Vi lula Misericordia. Originariamente era un convento de monjas, fundado por la reina Bertha, pero destruido por el rey Penda, restaurador del paganismo tras la muerte de san Agustín. A continuación llegamos a los dominios de su tío, Lesser Hill. Aunque se encuentran muy próximos al Castillo, no forman parte de su propiedad. Forman un feudo independiente, y por lo que se sabe, de antigüedad parecida a aquel. Siempre ha pertenecido a su familia, Adam.

—Entonces sólo nos queda el Castillo.

—En efecto. Pero su historia contiene las historias de las demás colinas, más aún, la historia de la primitiva Inglaterra.

Sir Nathaniel, viendo la expectante atención del rostro de Adam, prosiguió:

—La historia del Castillo no tiene comienzo, por lo menos que nosotros sepamos. Los más remotos registros, conjeturas o inferencias simplemente aceptan su existencia. Algunas de estas conjeturas, llamémoslas así, parecen indicar que ya existía algún tipo de edificación cuando llegaron los romanos. Por lo tanto, debe de haber sido un lugar importante en tiempos de los druidas, si es que su historia comienza en aquella época. Naturalmente, los romanos ocuparon el lugar, como hacían con todo aquello que les era, o podía llegar a ser, útil. El cambio se advierte o al menos se induce en el nombre que ellos le dieron: Castra. Era el lugar más elevado y protegido de la región y naturalmente se convirtió en el más importante de los campamentos. Un estudio de los mapas le demostrará que debió de haber sido un importante centro estratégico. Protegía los puntos de avanzada en el norte, y a la vez aseguraba el dominio de la costa marítima. Defendía las terrazas escalonadas del oeste, más allá de las cuales empezaba el salvaje país de Gales, y el

peligro. Proporcionaba un medio de acceso al río Severn, que bordeaba las grandes calzadas romanas creadas entonces, y hacía posible la gran vía fluvial hacia el corazón de Inglaterra, a través de aquel y sus afluentes. Juntaba el este y el oeste por los caminos más rápidos y más seguros que se conocían en aquellos tiempos. Y, finalmente, ofrecía el medio para descender sobre Londres y toda la llanura bañada por el Támesis.

«Semejante centro estratégico, ya conocido y organizado, es fácil suponer que se convirtiera en una posesión deseable para cada nueva ola invasora (anglos, sajones, daneses y normandos) y de esta forma asegurara sus defensas. En los primitivos siglos fue solamente una posición ventajosa. Pero cuando los victoriosos romanos trajeron con ellos sus pesadas y sólidas fortificaciones, inexpugnables con los armamentos de aquella época, su imponente situación aislada aseguró su adecuado equipamiento y fortificación. Con el tiempo, el fortificado campamento de los Césares se convertiría en el castillo del rey local. Como ignoramos todavía los nombres de los primeros reyes de Mercia, ningún historiador se ha atrevido a suponer cuál de ellos fue el que lo convirtió en su fortaleza suprema. Supongo que nunca lo sabremos. Con el correr del tiempo, al irse desarrollando el arte de la guerra, las fortificaciones aumentaron en volumen y eficacia, y aunque nos faltan detalles no recogidos en las crónicas, la historia está escrita en las piedras de sus edificaciones y se deduce de los cambios arquitectónicos. Posteriormente, las conmociones que siguieron a la conquista de los normandos borraron hasta el último vestigio de las antiguas edificaciones. Hoy debemos aceptar que es uno de los más antiguos castillos de la Conquista, probablemente no posterior a la época de Enrique I. Los romanos y los normandos coincidieron en su capacidad para percibir la importancia práctica de ciertos puestos estratégicos. Y, por tanto, estas elevaciones circundantes, ya establecidas y probada su utilidad, fueron conservadas. Y hoy en día nos enseñan mucho sobre los acontecimientos que debieron de desarrollarse en el pasado remoto.

—Sabemos bastante sobre estas alturas fortificadas —continuó sir Nathaniel—, pero las cavernas también tienen su historia. ¡Cómo pasa el tiempo! Tendremos que apresurarnos para volver, porque si no su tío va a preguntarse qué ha sido de nosotros.

Y sir Nathaniel partió a grandes pasos hacia Lesser Hill, seguido por Adam, que pronto se vio obligado a correr, con disimulo, para no distanciarse de él.

CAPITULO IV

LADY ARABELLA MARCH

—No hay prisa —dijo el señor Salton al comienzo del desayuno— pero tan pronto como estén listos partiremos. Quiero llevarles, lo primero de todo, a ver una extraordinaria reliquia de Mercia y luego iremos a Liverpool, atravesando lo que la gente llama «el gran valle de Cheshire». Se desilusionará —dijo dirigiéndose a Adam— si espera algo prodigioso o heroico. No se creería que es un valle a no ser que se lo hayan dicho previamente y tenga usted plena confianza en el comunicante. Llegaremos al muelle de desembarco a tiempo para salir al encuentro del West African, en el que llegará el señor Caswall. Allí podremos rendirle honores. Será más agradable haberse encontrado con él antes de asistir a la fête en el Castillo.

El carruaje estaba listo. Era el mismo que habían utilizado el día anterior, aunque tiraban de él otros caballos, igual de magníficos y de laboriosos. Terminado el desayuno, subieron los tres al carruaje sin perder tiempo. Los postillones habían recibido ya las órdenes, y rápidamente se pusieron en camino a una vivaz marcha. Al cabo de un tiempo, obedeciendo a una señal del señor Salton, el carruaje se detuvo frente a un gran montón de piedras al costado de la ruta.

—Aquí, Adam, hay algo —dijo el anciano— que usted, menos que nadie, no debe dejar pasar de largo. Este montón de piedras nos remonta al alba del antiguo reino anglo. Comenzó a formarse hace más de mil años, en la segunda mitad del siglo séptimo, en memoria de un asesinato. Wulfere, rey de Mercia, sobrino de Penda, mató en este lugar a sus dos hijos por abrazar el cristianismo. Según era costumbre en aquellos tiempos, cada persona que pasaba por el lugar debía arrojar una piedra al túmulo conmemorativo. Penda representó la reacción pagana tras las misiones de san Agustín. Sir Nathaniel podrá contarle a usted todo lo que quiera sobre esto, y, si es su deseo, le pondrá en la pista de tan precisos conocimientos.

Mientras contemplaban el montón de piedras, vieron otro carruaje que se detenía junto a ellos. Su única pasajera los miraba con curiosidad. El carruaje era un viejo y pesado trasto, que lucía un suntuoso blasón. Los tres hombres se descubrieron al dirigirse a ellos la ocupante, una dama.

—¿Cómo está usted, sir Nathaniel? ¿Y usted, señor Salton? Espero que no hayan tenido ningún accidente. ¡Miren, en cambio, lo que me ha pasado a mí!

Al hablar les mostró uno de los pesados muelles de su coche, que se había partido transversalmente, dejando ver el brillo del metal desgajado. Adam intervino inmediatamente:

—Oh, eso puede arreglarse pronto.

—¿Pronto? No hay nadie en los alrededores que pueda arreglar una rotura

de ese tipo.

—Yo puedo.

—¡Usted! —y miró incrédula al joven y apuesto caballero que hablaba—. ¡Usted! ¿Por qué? Es un trabajo de obrero.

—De acuerdo. Pero yo soy un obrero, aunque este no sea el único trabajo que haga. Soy australiano, y como en nuestro país tenemos que trasladarnos a largas distancias, y preferimos hacerlo con rapidez, estamos acostumbrados a este tipo de trabajo. Me pongo a su servicio, señora.

—No sabría cómo agradecerle su amabilidad, de la cual voy a aprovecharme gozosamente. No se me ocurre qué otra cosa podría hacer, porque deseo salir al encuentro del señor Caswall, de Castra Regis, que llega hoy procedente de África. Es un regreso importante para nosotros, los de la región —se detuvo a contemplar al otro anciano y rápidamente adivinó su identidad—. Usted debe de ser el señor Richard Salton de Lesser Hill. Yo soy lady Arabella March de «La arboleda de Diana» —mientras hablaba se volvió ligeramente hacia el señor Salton, que comprendió la indirecta e hizo las presentaciones de rigor.

Inmediatamente después, Adam tomó algunas herramientas del carruaje de su tío, y comenzó en seguida a reparar el muelle dañado. Era un experto en la materia, y la raja quedó pronto reparada. Adam estaba recogiendo las herramientas empleadas —que según la costumbre de los obreros estaban esparcidas por todas partes— cuando advirtió varias serpientes negras que habían salido del montón de piedras y lo rodeaban. Preocupado por la situación, no prestaba atención a todo lo demás hasta que vio a lady Arabella abrir la puerta del carruaje y descender de él con un movimiento rápido y silencioso. Estaba ya cerca de las serpientes cuando Adam gritó para advertirla. Pero ella no parecía necesitar la advertencia. Las serpientes dieron media vuelta y regresaron sinuosamente al montículo con toda la rapidez de que fueron capaces. Adam rio interiormente y murmuró por lo bajo: «No necesita temerlas. Parecen tener ellas más miedo de lady Arabella que lo contrario». Sin embargo, se puso a golpear el suelo con un palo que encontró en el camino, como si estuviera acostumbrado a tratar a semejantes sabandijas. En un momento se encontró solo en el montículo con lady Arabella, que no parecía afectada por el incidente. Entonces la miró detenidamente y lo primero que le atrajo la atención fue su vestido. Era blanco, de una tela muy fina, ajustado a sus formas, revelando en cada movimiento su sinuosa figura. En la cabeza llevaba una ceñida gorra de piel fina de un deslumbrante color blanco. Alrededor de su nivea garganta llevaba puesto un gran collar de esmeraldas, cuya profusión de colores deslumbraba al sol que brillaba sobre sus cabezas. Su voz era muy especial: profunda y dulce, y tan suave que su nota dominante

era como un silbido. Sus manos también eran peculiares: largas, flexibles, blancas, y se movían de una parte a otra de una forma extraña, como una lánguida ondulación.

Lady Arabella parecía sentirse muy cómoda, y, después de dar las gracias a Adam, le comunicó que si cualquiera del grupo viajaba a Liverpool ella estaría encantada de unírsele.

—Mientras permanezca aquí, señor Salton, considere las tierras de «La arboleda de Diana» como si fuesen suyas. Puede usted entrar y salir de ellas como hace en Lesser Hill. Hay algunas vistas maravillosas y no pocas curiosidades naturales, que de seguro le interesarán si es usted estudioso de la historia natural, especialmente la más remota, cuando la tierra era aún joven.

El entusiasmo con que hablaba y la calidez de sus palabras —que contradecían sus modales fríos y distantes— le infundieron sospechas a Adam. Mientras tanto, su tío y sir Nathaniel habían agradecido la invitación de lady Arabella, de la cual, según dijeron, no podían valerse. Adam tuvo la sospecha de que, aunque ella aseguró sentirlo, en realidad estaba aliviada. Por eso no se sorprendió cuando, a solas en el coche con los dos ancianos y de nuevo en camino, sir Nathaniel dijo:

—Tengo la sensación de que le alegró poder desembarazarse de nosotros. Es evidente que sola puede jugar mejor su juego.

—¿A qué juego se refiere? —preguntó Adam irreflexivamente.

—Todo el condado lo sabe, muchacho. Caswall es un hombre muy rico. El marido de lady Arabella era también rico —o lo parecía— cuando se casó con ella. Pero al suicidarse se descubrió que no tenía bienes que dejar y que la propiedad estaba hipotecada del todo. Su única esperanza es casarse nuevamente con algún hombre rico. Supongo que no es preciso que extraiga ninguna conclusión; usted mismo podrá hacerlo con la misma facilidad que yo.

Adam permaneció en silencio casi todo el tiempo que les llevó atravesar el mencionado «Valle de Cheshire». Pensó mucho durante el viaje y llegó a varias conclusiones, aunque sus labios permanecieron inmóviles. Una de estas conclusiones era que debía tener cuidado en no demostrar un interés especial por lady Arabella. Su fortuna era tan considerable, que ni siquiera su tío la imaginaba, y sin duda se sorprendería al enterarse.

El resto del viaje a Liverpool fue monótono. Llegados al puerto, subieron a bordo del West African, que acababa de amarrar en el embarcadero. Allí encontraron al señor Caswall, a quien su tío se presentó primero, para después presentarle a sir Nathaniel y a Adam. El recién llegado los recibió con benignidad, y les explicó el placer que era para él volver al viejo solar de sus

antepasados después de una ausencia tan larga. Adam quedó encantado por la cordialidad de la recepción, pero no pudo evitar un sentimiento de repugnancia al ver el rostro de aquel hombre. Intentaba con todas sus fuerzas superarlo, pero la llegada de lady Arabella le distrajo. Todos se alegraron de la distracción, pues a los tres les había sobresaltado un rostro tan duro, cruel, egoísta y dominante como el de Caswall. El pensamiento común fue: «¡Dios proteja a los que caigan bajo el poder de este hombre!»

Después de un rato, se acercó a Caswall su sirviente africano, cuya visión hizo que los tres modificaran inmediatamente su primera impresión. Caswall parecía, en efecto, un salvaje, pero era un salvaje cultivado. En él había huellas, no importa lo rudimentarias que fueran, de la suavizante civilización de muchos siglos y de algunos de los instintos superiores del hombre. Pero el rostro de Ulanga, como le llamaba su amo, era el de un salvaje que nada ni nadie había cambiado o suavizado, y mostraba todos los síntomas espantosos de un hijo de las selvas y los pantanos, perdido y dominado por el diablo. Lady Arabella y Ulanga llegaron casi simultáneamente, y Adam se sorprendió al notar el efecto que sus respectivas apariencias causaron en el otro. La mujer parecía como si no quisiera, ni pudiera, condescender a otorgarle la menor importancia a semejante criatura. Por otro lado, la actitud del sirviente justificaba la altivez de ella. La trataba, no como un esclavo hace con su amo, sino como un devoto lo haría con su dios. Se arrodilló delante de ella con las manos extendidas y la frente en tierra. Lady Arabella permaneció inmóvil y lo mismo hizo el negro, hasta que ella dirigió la palabra a Caswall. Entonces, el sirviente abandonó su actitud de adoración y permaneció respetuosamente a cierta distancia.

Adam hizo un aparte para hablar con su propio servidor, Davenport, que acababa de llegar con el administrador de Lesser Hill. Ambos les habían seguido en una tartana tirada por un poni. Mientras hablaba, Adam señaló a un atento camarero del barco, y muy pronto los dos hombres conversaban animadamente.

—Creo que debemos irnos —dijo el señor Salton a su sobrino—. Tengo cosas que hacer en Liverpool y estoy seguro de que el señor Caswall y lady Arabella estarán deseosos de emprender el camino a Castra Regis.

—Yo también tengo algo que hacer, señor —replicó Adam—. Quiero encontrar a Ross, el que vende animales. Me gustaría llevarme a casa un animal pequeño si a usted no le importa. Es un animal insignificante que no causará molestias.

—Por supuesto, muchacho. ¿Qué tipo de animal es el que quiere?

—Una mangosta.

—¿Una mangosta? ¿Y para qué la quiere?

—Para matar serpientes.

—¡Bueno! —el anciano recordó el montículo de piedras. No eran necesarias más explicaciones.

Cuando Ross oyó lo que quería Adam, le preguntó:

—¿Quiere usted algo especial, o le basta con una mangosta corriente?

—Bueno, por supuesto que la quiero buena. Pero no veo la necesidad de algo especial. Es para uso común.

—Le mostraré todas las que tengo para que usted elija. La pregunta se la hice porque dispongo de una muy especial que recientemente me ha llegado de Nepal. Tiene su propia historia. Mató a una cobra real que había invadido los jardines del rajá. Pero no creo que en nuestro clima frío haya serpientes de ese tipo. Con una común le bastará.

Cuando Adam regresó al coche, llevando con cuidado la caja de la mangosta, sir Nathaniel le dijo:

—¡Hola! ¿Qué lleva ahí?

—Una mangosta.

—¿Para qué?

—Para matar serpientes.

Sir Nathaniel rio.

—Escuché la invitación que le hizo lady Arabella para visitar «La arboleda de Diana».

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Directamente nada, que yo sepa. Pero ya veremos —Adam escuchaba y el anciano prosiguió—. ¿Ha oído, por casualidad, el nombre que tenía este lugar hace mucho tiempo?

—No, señor.

—Lo llamaban... Pero este asunto requiere una larga conversación. Esperemos a estar solos y con mucho tiempo por delante.

—Muy bien, señor —Adam rebotaba de curiosidad, pero pensó que era mejor no apresurarse. Todo llegaría a su debido tiempo. Poco después, los tres hombres regresaron a casa, dejando al señor Caswall, que pasaría la noche en Liverpool.

Al día siguiente los habitantes de Lesser Hill partieron para Castra Regis, y

durante un tiempo Adam dejó de pensar en «La arboleda de Diana» y en los misterios que había encerrado, o podía aún encerrar.

Había una multitud de invitados, pero las personalidades tenían reservados lugares especiales. Adam, viendo tantas personas de diferentes condiciones sociales, buscó con la mirada a lady Arabella, pero no pudo localizarla. La llegada de Caswall fue anunciada por su anticuado carruaje y los gritos de bienvenida que le acompañaban. Entonces, observando con más cuidado, Adam vio a lady Arabella, vestida como la vio la última vez, que estaba sentada junto a Caswall en el carruaje. Cuando éste se detuvo frente a la gran escalera, el anfitrión saltó a tierra y ofreció su mano a la dama.

Era evidente para todos que ella era la principal invitada de la fiesta. No pasó mucho tiempo sin que se ocuparan las sillas ubicadas sobre el estrado, mientras los granjeros y los invitados de menor importancia ocupaban los rincones no reservados. El orden del día había sido cuidadosamente preparado por una comisión. Hubo algunos discursos, por suerte ni demasiados ni largos; a continuación Caswall caminó entre sus invitados, deteniéndose a hablar con todos amistosamente y a expresarles su más cordial bienvenida. Los otros invitados de honor descendieron del estrado siguiendo su ejemplo, y se pusieron a conversar amablemente entre ellos sin ceremonia alguna.

Adam Salton, que seguía con los ojos el espectáculo que se desarrollaba delante de él, tomaba nota mentalmente de todo cuanto parecía ofrecer interés. Era joven, varón y extranjero, procedente de un país lejano. Por eso, su interés se centraba más en las mujeres que en los hombres, y entre aquellas, las que eran jóvenes y atractivas. Había grupos de hermosas muchachas entre el público, y Adam, que era joven y de buen porte, se llevó una buena parte de las miradas admirativas de ese sector. Eso no pareció afectarle, y permaneció inmóvil hasta que llegó un grupo de tres personas, por su vestimenta y maneras de la clase campesina. El primero era un robusto anciano; las otras eran dos hermosas muchachas, una de algo más de veinte años, la otra un poco menor. En el mismo instante en que los ojos de Adam se encontraron con los de la más joven, que era la más próxima a él, una especie de descarga eléctrica recorrió su cuerpo. A esta chispa divina, que empieza como reconocimiento y termina en sumisión, los hombres la llaman «Amor».

Sus dos compañeros advirtieron inmediatamente la fascinación que la linda muchacha había despertado en Adam y le hablaron de ella en una forma que él les agradeció profundamente.

—¿Se ha dado cuenta de ese grupo que acaba de pasar? El viejo es Michael Watford, uno de los granjeros arrendatarios del señor Caswall. Trabaja en Mercy Farm, uno de los lugares que sir Nathaniel le mostró ayer. Las muchachas son sus nietas, la mayor de las cuales, Lilla, es hija única del

hijo mayor de Watford, que murió cuando ella tenía solamente un año de edad. Su madre murió el mismo día. Es una chica excelente, tan buena como hermosa. La otra es su prima, hija del segundo vástago de Watford, el cual se enroló en el ejército cuando apenas tenía veinte años y fue enviado a las colonias. Desde allá escribía muy poco, aunque siempre fue un buen hijo. Cada vez se fueron recibiendo menos cartas hasta que su padre fue informado por el coronel de su regimiento de que había sido asesinado por los nativos de Birmania. Por la misma fuente supo que su hijo se había casado con una birmana, y que dejaba una hija de apenas un año. Watford hizo venir a la niña y esta creció al lado de Lilla. Lo único que se supo acerca de su nacimiento fue que se llamaba Mimi. Las dos niñas se adoraban mutuamente, y todavía lo hacen hasta el día de hoy. Extraña lo diferentes que son. Lilla es completamente rubia, como corresponde a la vieja estirpe sajona de donde procede; Mimi presenta rasgos típicos de la raza de su madre. Lilla es dulce como una paloma; por el contrario, los ojos negros de Mimi pueden llegar a echar llamas cuando algo la molesta. Pero solamente se la ve así cuando ocurre alguna cosa que pueda perjudicar a Lilla. Entonces sus ojos brillan como los de un ave cuando algo amenaza a sus polluelos.

CAPÍTULO V

EL GUSANO BLANCO

El señor Salton presentó a Adam al señor Watford y a sus dos nietas, y luego se marchó en compañía de sir Nathaniel. Por supuesto, cualquier vecino en la posición de los Watford conocía todo lo referente a Adam, su parentesco, su situación económica y sus expectativas. Por eso hubiera sido extraño que las dos muchachas no hicieran planes con respecto al futuro. En la Inglaterra agrícola suelen escasear los hombres casaderos de cualquier clase social. Adam era un caso especial, ya que no pertenecía a ninguna clase con fuertes barreras de casta. Por eso, cuando empezaron a darse cuenta de que Adam caminaba junto a Mimi Watford, y que parecía estar muy satisfecho con su compañía, todos los amigos de la muchacha se esforzaron por echar una mano a tan prometedor amorío. Cuando sonó el gong para llamar al banquete, Adam y Mimi entraron juntos en la tienda donde su abuelo tenía dispuestos asientos. El señor Salton y sir Nathaniel advirtieron que el joven no había ocupado el lugar que tenía reservado en la mesa dispuesta sobre el estrado, pero comprendieron su intención y no hicieron observación alguna, o al menos pareció que no notaban su ausencia.

Lady Arabella estaba sentada, como antes, a la derecha de Edgar Caswall.

Sin lugar a dudas era una mujer llamativa y muy poco común, y parecía destinada, por su rango y sus cualidades personales, a ser la compañera que el heredero eligiera en su primera aparición en público. Por supuesto, ninguno de los miembros de su propia clase que estaban presentes comentó nada abiertamente; pero las palabras no son necesarias cuando puede expresarse tanto mediante inclinaciones de cabeza y sonrisas. Parecía ser cosa aceptada que al final acabaría habiendo una señora en Castra Regis, y todos pensaban en lady Arabella como candidata. No faltaban, sin embargo, los que, aun reconociendo su encanto y belleza, la colocaban en un segundo lugar. El primero, según ellos, sería para Lilla Watford. Había entre ellas suficiente divergencia de carácter y de belleza como para justificar comentarios favorables. Lady Arabella representaba el tipo aristocrático, y Lilla el plebeyo.

Cuando el crepúsculo vespertino comenzó a caer, el señor Salton y sir Nathaniel volvieron a casa caminando —el coche había sido devuelto mucho antes— dejando que Adam escogiera su hora de regreso. Volvió, sin embargo, mucho antes de lo esperado, y parecía molesto por algo. Ninguno de los dos ancianos hizo comentarios. Encendieron sus cigarrillos, y como se acercaba la hora de la cena, subieron a sus habitaciones para arreglarse. En el intervalo, Adam había estado evidentemente reflexionando. Cuando se unió a los otros en la sala, parecía molesto e impaciente, situación que sus compañeros constataban en él por primera vez. Pero, con la paciencia —o la experiencia— que da la edad, dejaron que el tiempo explicara los hechos. No tuvieron que esperar mucho. Después de sentarse a la mesa y permanecer un tiempo inmóvil, Adam estalló repentinamente.

—Ese individuo parece pensar que es dueño de toda la Tierra. No puede dejar tranquilo a nadie. Está convencido de que le basta con arrojar su pañuelo a una mujer para hacerla suya.

La manifestación era en sí misma esclarecedora. Solamente un afecto contrariado de alguna manera podía producir semejantes sentimientos en un joven amable y bien educado. Sir Nathaniel, que, como viejo diplomático que era, tenía unas peculiares dotes para adivinar la verdadera esencia de las cosas, preguntó repentinamente, pero con voz indiferente y prosaica:

—¿Andaba, acaso, detrás de Lilla?

—Sí, y el tipo no perdió el tiempo. Tan pronto estuvieron juntos, empezó a lisonjearla y a decirle lo bella que era. Y antes de dejarla se invitó él mismo a tomar mañana el té en Mercy Farm. ¡Asno estúpido! Debería darse cuenta de que la muchacha no es de su condición. Nunca vi cosa parecida. Eran como un halcón y una paloma.

Mientras Adam hablaba, sir Nathaniel se volvió hacia el señor Salton y le dirigió una aguda mirada que implicaba comprensión.

—Cuéntenos, Adam. Quedan todavía unos cuantos minutos para la cena, y todos tendremos mejor apetito cuando hayamos sacado alguna conclusión en este asunto.

—No hay nada que contar, señor; eso es lo peor de todo. Debo reconocer que no se dijo ni una sola palabra que se pueda objetar. Él estuvo muy educado y todo fue decoroso, como debe ser entre un caballero y la hija de uno de sus arrendatarios... Sin embargo, no podría decir por qué, pero me hizo hervir la sangre.

—¿De dónde ha sacado eso del halcón y la paloma? —dijo sir Nathaniel con voz dulce y reconfortante, exenta de curiosidad exagerada u oposición, el tono más apropiado para invitar a la confidencia.

—Difícilmente puedo explicarlo. Sólo puedo decir que él parecía un halcón y ella una paloma, y, ahora que pienso en ello, eso es exactamente lo que parecía; y lo parecían muy naturalmente.

—¡Vaya, vaya! —musitó la suave voz de sir Nathaniel.

Adam prosiguió:

—Quizá sea su aspecto de antiguo romano lo que me pone así. Pero quisiera protegerla; parece en peligro.

—Si está en peligro, hasta cierto punto, es a causa de todos los jóvenes como usted. No pude evitar darme cuenta de la manera en que usted mismo la miraba, como si quisiera absorberla.

—Espero que ustedes, jovencitos, sepan mantener frías sus cabezas —intervino el señor Salton—. Sabe, Adam, que no sería oportuna una disputa entre ustedes, especialmente siendo tan reciente la vuelta al hogar de él y la llegada de usted aquí. Debemos pensar en los sentimientos y en la felicidad de nuestros vecinos. ¿No le parece?

—Así lo espero, señor. Le aseguro que, sin importar lo que pueda suceder, o incluso amenazarnos, obedeceré a sus deseos en esto como en todo lo demás.

—¡Silencio! —murmuró sir Nathaniel, que oyó acercarse a los sirvientes por el pasillo trayendo la cena.

Después de cenar, mientras comían nueces y bebían vino, sir Nathaniel retomó el tema de las leyendas locales.

—Será, probablemente, un tema de conversación menos peligroso que el de hace un rato.

—De acuerdo, señor —dijo Adam cordialmente—. Creo que ahora puede usted contar conmigo para cualquier tema que sea. Podría, incluso, discutir

sobre el señor Caswall. De hecho, mañana me lo encontraré. Como ya he dicho, él irá a Mercy Farm a las tres de la tarde, y yo tengo cita para las dos.

—Observo —dijo el señor Salton— que no ha perdido el tiempo.

Los dos ancianos se miraron entre sí, una vez más, con resolución. Luego, temiendo que el humor del joven cambiara por la demora, sir Nathaniel empezó de nuevo.

—No me propongo contarle todas las leyendas de Mercia, ni siquiera una selección de ellas. Creo que será mejor, dados nuestros propósitos, considerar algunos hechos, constatados o no, sobre esta vecindad. Empezaremos con «La arboleda de Diana». El lugar tiene raíces en diferentes períodos de la historia local, y cada uno de estos ha producido su propia cosecha de leyendas. Los druidas y los romanos están demasiado lejos de nosotros para suministrarlos detalles. Pero me parece que los sajones y los anglos están lo suficientemente cerca para aportar material de leyendas folklóricas. Una de las primeras cosas que verificamos fue que este lugar tenía otro nombre distinto a «La arboleda de Diana», evidentemente de origen romano, o griego aceptado como romano. El nombre más antiguo es más fecundo que el romano en sugerencias aventureras y novelescas. En el idioma de Mercia significaba «La madriguera del Gusano Blanco». Y aquí es necesaria una explicación previa:

»En los orígenes de la lengua inglesa, la palabra «gusano» (worm) tenía un significado muy diferente del actual. Era adaptación del término anglosajón *wurm*, que significaba dragón o serpiente; o quizá venga del gótico *waurms*, que designa a la serpiente, o del islandés *ormur* o del germano *wurm*. Inferimos de todo esto que originalmente expresaba una idea de poder y tamaño, no como ahora que se ha convertido en el diminutivo de ambos significados. Aquí es donde pueden ayudarnos las viejas leyendas. Tenemos, por ejemplo, la bien conocida leyenda del «Pozo del Gusano», originaria del castillo de Lambton, o la del «repugnante gusano de Spindleton Hengh», cerca de Bamborough. En ambas leyendas, el «gusano» era un monstruo de gran tamaño y poder, un verdadero dragón o serpiente que habitaba en vastos pantanos y ciénagas, con espacio ilimitado para desarrollarse. Una ojeada al mapa geológico de esta región nos muestra que, sea cual fuere la verdad con respecto a la existencia histórica de estos monstruos en los tiempos más remotos, sus pantanos eran los únicos lugares capaces de albergarlos. Originalmente existían en Inglaterra vastas llanuras, abundantemente regadas por cursos de agua lentos y profundos, y plagadas de cavernas de profundidad abismal, donde podía encontrar refugio cualquier monstruo antediluviano, sean cuales fueren su especie y dimensiones. En estos lugares que estamos viendo a través de nuestras ventanas hay hoyos de más de cien pies de profundidad. ¿Quién podría decir cuándo concluyó la era de los monstruos que florecieron en el lúgamo? Debe de haber lugares y condiciones ambientales

que hicieron posible que estas especies alcanzaran mayor longevidad, tamaño y fuerza. Tales ciénagas debieron de hundirse en tiempos prehistóricos. Más aún, hoy en día la mayoría de las personas considera imposible la existencia de tales criaturas descomunales incluso en nuestros días se han encontrado huellas, cuando no a los mismos animales, que nos hacen pensar en bestias de dimensiones extraordinarias, verdaderos supervivientes de las eras prehistóricas, preservados en sus madrigueras por alguna circunstancia especial. Recuerdo que una vez conocí en la India a un hombre que tenía fama de ser un gran shikaree, el cual me contó que la mayor frustración que sintió en su vida fue no haber podido matar a una gigantesca serpiente que se encontró una vez en los montes Terai, al norte del país. Fue en el curso de una cacería de tigres; cuando su elefante atravesaba un nullah, se puso repentinamente a dar alaridos. El cazador miró hacia abajo desde su howdah y vio que el elefante había pisado el cuerpo de una serpiente que se arrastraba entre la maleza. «Por lo que pude ver-me dijo—, debía de tener ochenta o cien pies de longitud, la mitad hacia cada lado de la senda, y era tan gruesa como el torso de un hombre. Supongo que usted sabe que en todas las cacerías de tigres, los participantes se comprometen a no disparar sobre otros animales, a menos que corran peligro sus vidas. Hubiera podido matar fácilmente a aquel monstruo, pero sabía que no debía hacerlo. De modo que, con gran pesar, la dejé ir.

«Imagínese un monstruo semejante en esta región y en seguida podrá hacerse una idea de los «gusanos» de las leyendas, que posiblemente frecuenten las grandes marismas que se extienden en las desembocaduras de muchos ríos europeos.

—No tengo la menor duda, señor, de que es posible que tales monstruos, como usted dice, todavía existan en una época tan tardía con respecto a la generalmente aceptada para su supervivencia —respondió Adam—. También creo que, si tales seres existen, este sería el lugar idóneo para ellos. He intentado recordar todas las cosas que usted me ha señalado acerca de la configuración particular de esta región. Pero me parece que, en alguna parte del razonamiento, hay una laguna. ¿No existen dificultades mecánicas?

—¿En qué sentido?

—Pues verá usted: nuestro monstruo prehistórico debe de haber sido una bestia de gran peso y las distancias que debía recorrer serían largas y por caminos difíciles. Las cavernas subterráneas encima de las cuales estamos ahora sentados tienen una profundidad de varios centenares de pies. Dejando de lado otras medidas, ¿cómo es posible que hubiera cavidades por las que el monstruo podía ascender a la superficie y descender sin que nadie las haya visto todavía? Por supuesto que están las leyendas. Pero, ¿no es necesaria en una investigación científica una prueba más evidente?

—Mi querido Adam, lleva usted razón en todo lo que dice, y si queremos iniciar esta investigación lo mejor que podemos hacer es seguir su razonamiento. Pero, mi querido muchacho, debe recordar usted que todo esto debió de ocurrir hace miles de años. También debe recordar que nos falta el tipo de testimonios que podría ayudarnos, y que los susodichos lugares eran zonas desiertas e inhabitadas. En la vasta desolación de semejantes lugares, acomodándose a las condiciones necesarias, debe de haberse producido tal profusión de inusitados fenómenos naturales que a hombres como nosotros nos asombrarían. La madriguera de un monstruo de tal especie permanecería intacta durante cientos o miles de años; estas criaturas deben de haberse escondido en lugares completamente inaccesibles al hombre. Hundidas en las ciénagas a centenares de pies de profundidad, encontrarían acomodo y estarían protegidas del exterior por los enormes pantanos, que ahora ya no existen, o únicamente en muy pocos sitios. Pero lejos está de mí pensar que en épocas más primitivas tales cosas no hayan podido suceder. Las condiciones correspondían a otra era geológica, el principio del proceso evolutivo de la vida, cuando las fuerzas naturales se desataron y la lucha por la supervivencia era tan salvaje que sólo los animales de formas gigantescas tenían probabilidades de subsistir. Que esa época existió lo sabemos hoy por la geología. Pero nunca podremos exigir el hallazgo del tipo de pruebas que demanda nuestra época. Sólo podemos imaginar o suponer a partir de tales o cuales condiciones naturales, o de tales o cuales circunstancias ambientales ya superadas.

CAPÍTULO VI

EL HALCÓN Y LA PALOMA

A la mañana siguiente, estando sir Nathaniel y el señor Salton sentados para tomar el desayuno, Adam entró precipitadamente en la habitación.

—¿Algo nuevo? —preguntó su tío mecánicamente.

—Cuatro.

—¿Cuatro qué? —preguntó ahora sir Nathaniel.

—Serpientes —dijo Adam mientras se servía una ración de riñones asados.

—¿Cuatro serpientes? No entiendo nada.

—La mangosta —dijo Adam, y agregó a modo de explicación—: Estuve fuera con la mangosta hasta las tres de la mañana.

—¡Cuatro serpientes en una noche! Ignoraba que hubiese tantas en el Brow

—nombre local del acantilado occidental—. Espero que nuestra conversación de anoche no haya sido la causa.

—Lo fue, señor. Aunque no directamente.

—¡Dios mío! ¡No esperaba usted encontrar una serpiente como el gusano de Lambton! Además, para que una mangosta pudiera atacar a semejante monstruo, si es que existen, tendría que ser más grande que un almiar.

—Estas eran serpientes comunes, grandes como un bastón.

—Bien, es bueno saber que, grandes o pequeñas, nos hemos librado de ellas. No cabe duda que la mangosta es buena; podrá limpiar la región de semejantes alimañas —dijo el señor Salton.

Adam continuó desayunando tranquilamente. Cazar serpientes por la mañana no era para él una experiencia nueva. Cuando terminó su desayuno, abandonó la habitación y se dirigió al estudio que su tío le había preparado. Sir Nathaniel y el señor Salton comprendieron que quería estar solo, y evitaron hacerle preguntas o referirse a la visita que iba a hacer esa tarde. No volvieron a verlo hasta media hora antes de la cena, cuando entró tranquilamente en la sala de fumar, donde el señor Salton y sir Nathaniel estaban sentados, convenientemente vestidos para la noche.

—Supongo que será inútil esperar. Haríamos mejor en abordar el asunto de una vez por todas —observó Adam.

Su tío, creyendo facilitar las cosas al muchacho, dijo:

—¿Qué asunto?

Al escuchar la pregunta, hubo en su cara una señal de cautela. Comenzó tartamudeando un poco, pero su voz volvió a recuperar su habitual seguridad conforme hablaba.

—Mi visita a Mercy Farm.

El señor Salton esperaba con impaciencia. El viejo diplomático simplemente sonreía.

—Me imagino que ustedes dos se dieron cuenta ayer de que yo estaba muy interesado por los Watford —la afirmación no encontró réplica o defensa. Los dos ancianos se limitaron a sonreír condescendentemente. Adam continuó:

—Tenía la intención de contárselo todo a ustedes dos. A usted, tío, porque es el pariente más cercano que tengo, y sobre todo por su excelente acogida y sus atenciones conmigo, que no podría superarlas aunque fuese mi propio padre.

El señor Salton no dijo nada. Simplemente le tendió la mano, y Adam la

tomó, apretándola durante algunos segundos.

—Y a usted, señor, porque me ha mostrado un afecto que ni aun en mis más descabellados sueños hubiera creído tener derecho a esperar —se detuvo un instante, profundamente conmovido.

Sir Nathaniel respondió suavemente, posando su mano sobre el hombro del joven.

—Tiene usted razón, muchacho; toda la razón. Es la forma más adecuada de enfocar todo esto. Y puedo asegurarle que nosotros, ya ancianos y sin hijos propios, sentimos que nuestros corazones se inflaman cuando oímos palabras como esas.

Entonces Adam apresuró su discurso, como si quisiera llegar cuanto antes al punto crucial.

—El señor Watford no estaba en casa, pero sí Lilla y Mimi, las cuales me recibieron con extrema amabilidad. Sienten ambas un gran aprecio por mi tío. Me alegro de ello, de cualquier modo, porque las dos me gustan mucho. Estábamos tomando el té cuando apareció el señor Caswall, seguido por el negro. Lilla les abrió la puerta. La ventana de la sala de estar de la granja era bastante grande, y es inevitable ver, a través de ella, a cualquiera que se acerque a la casa. El señor Caswall dijo que se había aventurado a llamar porque deseaba conocer a todos sus granjeros, de una manera menos formal y más personal de lo que le había sido posible el día anterior. Las dos jóvenes lo recibieron amablemente; son unas chicas muy dulces, señor, algún día alguien será muy feliz con cualquiera de las dos.

—Y ese hombre podría ser usted, Adam —dijo el señor Salton cordialmente.

Una sombra de tristeza cubrió los ojos del joven, y el fuego que en ellos había visto su tío desapareció. Igualmente, el timbre de su voz cambió, dejando traslucir una profunda nostalgia.

—Eso colmaría toda mi vida. Pero me temo que esa felicidad no será para mí, a no ser después de mucho dolor, perjuicio y aflicción.

—¡Todavía hace escasamente dos días que las conoce! —gritó sir Nathaniel efusivamente.

El joven volvió hacia él sus ojos, inundados de tristeza.

—Ayer, incluso hace unas horas, esa observación me habría dado nuevas esperanzas y entusiasmo, pero desde entonces me he enterado de demasiadas cosas.

El anciano, experto en el corazón humano, no se atrevió a discutirle.

—Es demasiado pronto para abandonar, muchacho.

—No soy de la clase de hombres que abandonan la lucha— replicó el joven seriamente—. Pero, después de todo, lo más sabio es reconocer la verdad. Y cuando un hombre, aunque sea joven, siente lo que yo al ver por vez primera los ojos de Mimi, y desde ayer vengo sintiéndolo, el corazón se le sobresalta. No tiene necesidad de que le digan nada. Ya sabe.

Se hizo un gran silencio en la habitación, durante el cual el crepúsculo comenzó a envolverlos imperceptiblemente. Fue Adam quien rompió de nuevo el silencio.

—¿Sabe usted, tío, si en nuestra familia tenemos algún tipo de segunda visión?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Porque —respondió Adam lentamente— tengo una convicción que parece responder a todos los síntomas de una segunda visión.

—¿A qué se refiere? —preguntó el anciano, muy perturbado.

—Pues, a lo de siempre. Lo que en las islas Hébridias y en otros lugares donde la Visión es un culto, una creencia, se conoce por «el Juicio Final», el tribunal que no admite apelación. He oído hablar a menudo de la segunda visión porque en Australia hay muchos escoceses. Pero esta tarde, en un instante, he aprendido más sobre su verdadero significado que en toda mi vida anterior: he visto ante mí una pared granítica e inescalable, tan alta y tan sombría que ni siquiera la mirada de Dios podría atravesarla. Bien, si el Juicio Final ha de venir, que venga. Eso es todo.

La voz de sir Nathaniel irrumpió afable, dulce y grave.

—¿No es posible luchar contra eso? Suele poder hacerse con la mayoría de las cosas.

—Con la mayoría de las cosas sí, pero no con el «Juicio Final». Haré todo lo que esté al alcance de un ser humano. Habrá, deberá haber, una lucha. Cuándo, dónde y cómo, lo ignoro, pero habrá lucha. Después de todo, ¿qué puede hacer un hombre en semejante situación!

—Adam, somos tres —Salton miró a su viejo amigo mientras hablaba, y los ojos de este centellearon.

—Sí, somos tres —dijo, y su voz resonó.

De nuevo se produjo una pausa, y a continuación sir Nathaniel se esforzó por volver a un terreno menos emocional y más neutro.

—Cuéntenos el resto del encuentro. Recuerde que todos nos hemos

comprometido en el asunto. Es un combate à l'outrance, y no podemos permitirnos malgastar o desperdiciar ninguna oportunidad.

—No desaprovecharemos ni perderemos nada que pueda sernos útil. Luchamos para ganar, y el premio es la vida. Quizá de una vida; ya veremos —y Adam siguió hablando con el mismo tono de voz que había empleado para relatar la llegada de Edgar Caswall a la granja.

—Cuando llegó el señor Caswall, el negro que le seguía se mantuvo a corta distancia. Eso me hizo pensar que esperaba su llamada e intentaba mantenerse visible o al alcance del oído. Mimi cogió otra taza, hizo nuevamente té, y lo tomamos juntos.

—¿Qué tiene eso de extraordinario? ¿No era amistosa la visita? —preguntó sir Nathaniel con voz reposada.

—Totalmente amistosa. No percibí nada fuera de lo común, excepto —y al decir esto su voz se endureció ligeramente— que Caswall miraba fijamente a Lilla, de una manera absolutamente intolerable para cualquier hombre que pueda sentir algún tipo de afecto por ella.

—¿De qué manera la miraba? —preguntó sir Nathaniel.

—No había nada ofensivo en la mirada en sí, pero era imposible no notar algo raro.

—Usted lo notó. Ni la señorita Watford, que fue la víctima, ni el señor Caswall, que fue el ofensor, nos sirven como testigos. ¿Alguien más se dio cuenta?

—Mimi. Su rostro flameó de cólera al ver la mirada.

—¿Qué tipo de mirada fue? ¿Excesivamente ardiente? ¿Admirativa? ¿Era la mirada de un enamorado o la de alguien deseoso de estarlo? ¿Comprende lo que le digo?

—Sí, señor, comprendo perfectamente. No percibí nada de eso. Quizá debido a que me había propuesto conservar la sangre fría, porque así lo prometí.

—Si no era la mirada de un enamorado, ¿cuál fue la amenaza? ¿Dónde está la ofensa?

Adam sonrió benignamente al anciano.

—No fue la mirada de un enamorado. Incluso si lo hubiera sido, era lo esperado. Sería el último hombre sobre la Tierra en ponerle objeciones, dado que yo mismo soy culpable en ese aspecto. Por otra parte, no solamente me han enseñado a luchar con lealtad, sino que creo ser un hombre justo por naturaleza. Sería tan tolerante y liberal con un rival como quisiera que él lo

fuera conmigo. No, la mirada de que hablo no era de esa clase. Y no le faltaba al debido respeto. He de reconocerlo de buen grado. ¿Ha estudiado usted los ojos de un perro?

—¿Parado?

—No, cuando sigue su instinto. O, mejor todavía —prosiguió Adam—, los ojos de un ave de rapiña cuando sigue la pista. No cuando cae sobre su presa, sino cuando la está contemplando desde lejos.

—No —dijo sir Nathaniel—, nunca hice nada parecido. ¿Por qué? ¿Puedo preguntárselo?

—Así era la mirada. De ninguna manera una mirada amorosa o algo por el estilo. Era, y eso fue lo que me impresionó, más peligrosa, por no decir letal, que cualquier amenaza concreta.

Nuevamente se hizo un silencio, que sir Nathaniel rompió al levantarse.

—Creo que lo mejor será que cada uno reflexione por su cuenta sobre todo esto. Después podremos volver a conversar sobre el asunto.

CAPÍTULO VII

ULANGA

El señor Salton tenía una cita en Liverpool a las seis de la tarde. Cuando hubo partido, sir Nathaniel tomó a Adam por el brazo.

—¿Me permite acompañarle un rato hasta su estudio? Quiero hablar con usted en privado sin que su tío se entere, ni siquiera del tema de la conversación. No le importa, ¿verdad? No es curiosidad ociosa. No, no. Se trata del asunto en que estamos comprometidos.

—¿Es necesario dejar a mi tío en la ignorancia de lo que hablemos? Podría ofenderse.

—No es necesario, pero sí aconsejable. Se lo pido precisamente por su bien. Mi amigo es bastante mayor y esto podría preocuparlo excesivamente, o incluso alarmarlo. Le prometo que no habrá nada en nuestro silencio que pueda causarle inquietud o resentimiento.

—Adelante, señor —dijo Adam simplemente.

—Su tío es ya un anciano. Lo sé porque crecimos juntos. Ha llevado una vida tranquila y un tanto retirada, por lo cual el más insignificante de los acontecimientos que ahora están sucediendo podría perturbarlo por su

novedad. De hecho, cualquier novedad es difícilmente soportable para los viejos. Ya tienen sus propias preocupaciones y ansiedades, y ninguna de estas cosas son buenas para las vidas tranquilas que deberían llevar. Su tío es un hombre robusto, de naturaleza risueña y apacible. Con salud y las condiciones favorables, no hay razón para que no viva cien años. Por eso, usted y yo, que lo amamos, aunque de manera diferente, tenemos la obligación de protegerlo de toda influencia que pueda perturbarlo. Creo que estará de acuerdo conmigo en que cualquier esfuerzo conducente a ese fin se dará por bien empleado. De acuerdo, muchacho. Leo la respuesta en sus ojos; no necesitamos decir nada más. Y ahora —y aquí su voz cambió de tono— dígame todo lo ocurrido en la entrevista. Nos enfrentamos con hechos extraños, quizá más extraños de lo que por el momento podemos suponer. Sin duda, con el tiempo, algo de lo que ahora permanece oculto detrás de un velo se nos mostrará a las claras. Mientras tanto, lo único que podemos hacer es trabajar pacientemente, con intrepidez y altruismo, hacia una meta que nos parece justa. Estábamos en el momento en que Lilla abrió la puerta al señor Caswall y al negro. También dijo que Mimi se mostró molesta por la forma en que el señor Caswall miraba a su prima.

—Ciertamente, aunque «molesta» es una palabra demasiado leve para expresar su objeción.

—¿Puede usted recordar la escena, describir los ojos de Caswall y la forma en que Lilla miraba, y lo que dijo o hizo Mimi? ¿Y el comportamiento de Ulanga, el sirviente africano de Caswall?

—Haré lo posible, señor. Caswall miró fijamente a Lilla todo el tiempo; sus ojos estaban inmóviles, pero no en trance. Su frente estaba arrugada, como cuando se quiere ver a través o dentro de algo. Su rostro, que nunca se mostró apacible ni en sus mejores ocasiones, parecía casi diabólico mientras se concentraba en los ojos de Lilla. Todo esto aterrizó tanto a la pobre muchacha que se puso a temblar, y poco después se la veía tan pálida que pensé que iba a desmayarse. Sin embargo, logró resistir y trató de sostener la mirada, aunque débilmente. Entonces Mimi se acercó a ella y le cogió la mano. El gesto la fortaleció y, sin dejar de clavar sus ojos en él, recuperó el color y parecía más ella misma.

—¿Él también la miraba fijamente?

—Más que nunca. Cuanto más se debilitaba Lilla, más fuerte se hacía él, como si se alimentara de la energía de ella. Repentinamente, Lilla dio media vuelta, elevó sus brazos en alto y cayó al suelo desvanecida. No pude ver lo que sucedió en ese preciso momento porque Mimi estaba agachada junto a ella y me la ocultaba. Entonces, algo se interpuso entre nosotros como una sombra. Era el negro, que parecía más que nunca un maligno diablo. Normalmente no

soy un hombre paciente, y la visión de ese feo diablo fue suficiente para que mi sangre se pusiera a hervir. Cuando vio la congestión de mi rostro, pareció darse cuenta del peligro, un peligro inmediato, y se deslizó fuera de la habitación, tan silenciosamente como si hubiera sido barrido por un soplo de viento. Sin embargo, algo aprendí: el negro es un enemigo, como jamás nadie lo ha tenido antes.

—¡Eso hace que seamos tres contra dos! —especuló sir Nathaniel.

—Entonces Caswall se escabulló, como lo había hecho el negro. En cuanto él se fue, Lilla se recuperó inmediatamente.

—Y ahora dígame —dijo sir Nathaniel, ansioso por recuperar la calma—: ¿ha conseguido descubrir algo acerca de ese negro? Me gustaría estar al corriente de todo lo concerniente a él. Temo que tendremos, o podemos tener, serios problemas por su causa.

—Sí, señor, sé bastantes cosas sobre él. No se trata, por supuesto, de información oficial, pero al principio debemos guiarnos por los rumores. Usted conoce a mi secretario particular Davenport, mi hombre de confianza en los negocios y mi factótum habitual. Puedo contar con su lealtad y devoción y, a cambio, tiene toda mi confianza. Le pedí que permaneciera a bordo del West African y que recogiera entre los tripulantes del barco toda la información que pudiera sobre el señor Caswall. Naturalmente, le impresionó el salvaje. Interrogó a uno de los camareros del barco, que había hecho muchas travesías al África del Sur. Conocía a Ulanga, y lo había observado de cerca. Es un hombre que se lleva bien con los negros, y estos suelen abrirle sus corazones. Parece ser que Ulanga era un personaje importante en su país de origen. Poseía las dos cosas que los hombres de su color más respetan: podía aterrorizar a los demás, y era pródigo con el dinero. No sé de dónde sacaba el dinero, pero eso no nos importa ahora. Todos los de su raza estaban siempre dispuestos a proclamar su grandeza. Una grandeza maléfica, por supuesto; pero eso a nadie le importa. En pocas palabras, esta es su historia: Originariamente era un cazador de brujas, la ocupación más baja que existe entre los salvajes aborígenes. Posteriormente ascendió y se convirtió en obi-man, lo que le permitió enriquecerse mediante el chantaje. Por último, alcanzó el más alto honor al servicio del infierno. Se convirtió en usuario del vudú, que parece ser una práctica de extrema vileza y crueldad. Me han contado algunas de sus abyectas hazañas, que son simplemente repugnantes, lo que me hace desear una oportunidad de ayudarlo a volver al infierno. Puede parecer que basta con verlo para darse cuenta de la magnitud de su vileza. Pero sería una vana esperanza. Los monstruos de su tipo pertenecen a un grado de barbarie más antiguo y rudimentario. En este sentido, se puede decir que es un tipo listo; aunque no por ello sea menos peligroso o detestable. La tripulación del barco me ha dicho también que es un coleccionista. Algunos de ellos han visto sus

colecciones. ¡Vaya colecciones! Todo lo que simboliza la potencia del mal, bajo la forma de ave, bestia o pez. Picos que pueden romper y desgarrar y lacerar: todas las aves representadas son depredadoras. Incluso los peces son de variedades nacidas para destruir, herir y torturar. La colección, puedo asegurarle, constituye una abyecta prueba de la malignidad humana. El mal que se refleja en las facciones de este ser bastaría para asustar al más fuerte de los hombres. No es de extrañar que al verlo Lilla sufriera un desvanecimiento.

No pudiendo hacer nada más por el momento, ambos hombres se separaron.

Adam se levantó muy temprano por la mañana y fue a dar un largo paseo por el Brow. Al pasar frente a «La arboleda de Diana», miró en la dirección de la corta avenida de árboles, donde había dejado las serpientes que la mangosta había matado la mañana precedente. Allí estaban en fila, derechas y rígidas, como si hubieran sido colocadas por alguna mano. La piel de los animales parecía húmeda y viscosa, y estaban cubiertas de hormigas y otros insectos. Eran tan repugnantes que, tras la primera ojeada, Adam prosiguió su camino.

Un poco después, mientras sus pasos lo llevaban con toda naturalidad hacia la entrada de Mercy Farm, vio pasar al negro, moviéndose con rapidez para ocultarse en la sombra de los árboles. En uno de sus brazos, rígidamente extendido, llevaba las serpientes muertas, que parecían toallas sucias colgando de un riel. No pareció percatarse de la presencia de Adam. No se veía a nadie en Mercy Farm, con excepción de algunos obreros en el corral. Así es que, después de esperar en vano con la esperanza de ver a Mimi, Adam comenzó un moroso regreso a su casa.

Una vez más, alguien lo alcanzó y pasó de largo en su camino. Esta vez era lady Arabella, que caminaba precipitadamente y parecía tan encolerizada que no lo reconoció ni siquiera cuando él hizo el gesto de saludarla.

Cuando Adam regresó a Lesser Hill, se dirigió a los establos donde había guardado la caja con la mangosta. La cogió pensando en concluir el exterminio que había comenzado la mañana anterior en el Montículo de Piedra. Descubrió que las serpientes se dejaban apresar aún con mayor facilidad que en la víspera. En la primera media hora murieron por lo menos seis. Como no aparecían más, dio por concluido su trabajo por aquella mañana y regresó a casa. En ese tiempo, la mangosta se había acostumbrado a él y estaba dispuesta a dejarse manejar libremente por Adam. Este la recogió del suelo, se la puso sobre el hombro, y de esa manera retomó el camino. Luego, vio a una mujer que avanzaba hacia él y reconoció en ella a lady Arabella.

Hasta ese momento la mangosta había estado tranquila como un gatito faldero; pero cuando se acercaron a la mujer, Adam se horrorizó al notar que la mangosta se enfurecía salvajemente, se le erizaban los pelos del lomo, y,

saltando de su hombro, corría hacia lady Arabella. Parecía tan exaltada y lista a atacar, que Adam gritó advirtiéndola del peligro.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! El animal está enfurecido y tiene intención de atacarla.

Lady Arabella parecía más altiva que nunca y siguió su camino sin inmutarse. La mangosta saltó sobre ella y la atacó. Adam se precipitó enarbolando su bastón, única arma que poseía. Pero en el instante en que se acercaba a la mujer, esta sacó un revólver y disparó contra el animal, partiéndole en dos la espina dorsal. No satisfecha con eso, siguió disparando, un tiro detrás de otro, hasta vaciar el cargador. La frialdad o la arrogancia habían desaparecido ahora de su expresión. Su rostro se había desfigurado en una terrible mueca de odio, y parecía más furiosa y determinada a matar que el propio animal cuando se lanzó al ataque. Adam, sin saber qué hacer, la saludó quitándose el sombrero, y se apresuró a volver a Lesser Hill.

CAPÍTULO VIII

SUPERVIVENCIAS

Durante el almuerzo, sir Nathaniel notó que Adam estaba preocupado por algo, pero no dijo nada. La lección del silencio se recuerda mejor en la edad madura que en la juventud. Cuando llegaron ambos al estudio, donde sir Nathaniel lo había seguido, Adam empezó a contarle a su compañero lo sucedido esa mañana. Según avanzaba la narración, sir Nathaniel adquiría un aspecto cada vez más sombrío, y cuando Adam hubo terminado permaneció en silencio durante varios minutos, antes de hablar.

—Lo que usted me cuenta es muy grave. Todavía no tengo una opinión formada, pero a primera vista me parece que todo esto es peor de lo que yo esperaba.

—¿Por qué, señor? —dijo Adam—. ¿Cree usted que la muerte de una mangosta, no importa por quién, es una cosa tan seria?

Su compañero fumó tranquilamente durante algunos minutos antes de volver a hablar.

—Cuando haya tenido tiempo de reflexionar, quizá cambie de opinión, pero mientras tanto, me parece que detrás de todo esto hay algo temible, algo que podría afectar a nuestras vidas, que podría llegar a significar la muerte de alguno de nosotros.

Adam se incorporó rápidamente.

—Dígame, señor, en qué está pensando, si no tiene objeción en hacerlo, por supuesto, o si no cree que es mejor guardar silencio.

—No tengo ninguna objeción, Adam. De hecho, si la tuviera, tendría que superarla. Me temo que ya no puede haber entre nosotros pensamientos reservados.

—Verdaderamente, señor, sus palabras son muy serias, ¡peor que serias!

—Adam, me temo que ha llegado el momento en que, al menos entre nosotros, debemos hablarnos con franqueza. ¿No le parece que hay algo tremendamente misterioso en todo esto?

—Lo he pensado, señor, todo el tiempo. La única dificultad es saber lo que pensar y por dónde empezar.

—Comencemos por lo que usted acaba de contarme. Tomemos primero el comportamiento de la mangosta. Era tranquila, incluso amigable y afectuosa con usted. Solamente atacaba a las serpientes, que, después de todo, es su misión en la vida.

—¡Exactamente!

—Entonces, debemos encontrar la razón por la que atacó a lady Arabella.

—¿Es posible que una mangosta tenga solamente el instinto de atacar, sin que la naturaleza la haya provisto de la sutileza de razonamiento necesaria para discernir a quién ataca?

—Sin duda, podría ser así. Pero, con todo, ¿no cree que deberíamos averiguar lo que la impulsó a atacar? Si, durante siglos, este animal es conocido por atacar solamente a una especie de animales, ¿no nos vemos obligados a aceptar que si ha atacado a otro animal que no forma parte de aquella especie será porque ha encontrado en él alguna característica en común con su ancestral enemigo?

—Es un buen razonamiento, señor— siguió Adam—, pero muy peligroso. De seguirlo, nos llevaría a creer que lady Arabella es una serpiente.

—Debemos asegurarnos, antes de llegar a semejante conclusión, de no haber pasado por alto ningún punto importante que nos podría ayudar a resolver el enigma que nos preocupa.

—¿Por ejemplo?

—Pues bien, supongamos que los instintos operen sobre una base física, por ejemplo, el olfato. Si hubiera en la persona atacada algo de reciente yuxtaposición que portara el olor, seguramente esto nos proporcionaría la causa que nos falta.

—¡Ciertamente! —dijo Adam con convicción.

—Según lo que usted acaba de decirme, el negro venía justamente de «La arboleda de Diana», llevando consigo las serpientes muertas que la mangosta había matado la mañana previa. ¿Será posible que el olor se haya extendido de esa manera?

—Es muy posible, y probable. No se me había ocurrido pensarlo. ¿Habrá alguna forma de averiguar el tiempo aproximado que persiste un olor? En este caso, como ve, se trata de un olor natural, que puede provenir de un lugar donde ha estado activo durante miles de años. Entonces yo me pregunto, ¿puede el olor de una especie transportar consigo alguna forma o cualidad de otra especie, sea esta buena o mala? Se lo pregunto porque un antiguo nombre de la mansión en que vive la dama que fue atacada por la mangosta era «La madriguera del Gusano Blanco». Si algo de todo esto fuera posible, nuestras dificultades se multiplicarían indefinidamente. Cambiarían de naturaleza. Podríamos enfrentarnos con complicaciones morales, y, antes de darnos cuenta, encontrarnos en el centro mismo de la lucha entre el Bien y el Mal.

Sir Nathaniel sonrió gravemente.

—Con respecto a su primera pregunta, por lo que yo sé, no hay un tiempo fijo para que dure un olor. Pero no creo que debamos suponer que un olor pueda conservarse durante miles de años. En lo concerniente al cambio moral que suele acompañar a todo cambio físico, lo único que puedo decir es que no he encontrado prueba alguna de tales hechos. Al mismo tiempo, debemos recordar que «bueno» y «malo» son términos tan amplios que debemos considerarlos en el esquema total de la creación, con todo lo que es implícito a ellos y a sus mutuas acciones y reacciones. Hablando en términos generales, diría que dentro del esquema de la Causa Primera cualquier cosa es posible. Mientras permanezcan ocultas para nosotros las fuerzas inherentes o las tendencias de cualquier cosa, debemos suponer algún tipo de misterio.

—Hay otro asunto sobre el que me gustaría conocer su opinión. Suponga que existen ciertas fuerzas permanentes, pertenecientes al pasado, a las que podríamos llamar «supervivencias». ¿Podrían estas pertenecer tanto al bien como al mal? Por ejemplo, si el olor de un monstruo primitivo puede conservarse en una medida proporcional a su intensidad original, ¿ocurrirá lo mismo con las cosas que pertenecen a las fuerzas del Bien?

Sir Nathaniel reflexionó durante un rato antes de responder.

—Debemos tener cuidado de no confundir lo físico y lo moral. Veo que usted se interesa principalmente por el aspecto moral del problema, por lo tanto lo mejor será que prosigamos en esa dirección. Desde un punto de vista moral, tenemos cierta justificación para creer en las manifestaciones de la

religión revelada. Por ejemplo, «la ferviente oración de un hombre justo y de provecho» suele ser eficaz. No tenemos nada semejante en el campo del mal. Pero si aceptamos el dictamen, no podemos seguir temiendo a los «misterios»: en adelante, estos se convertirán en simples obstáculos.

Adam abordó, repentinamente, otro aspecto del asunto.

—Y ahora, señor, ¿me permitirá usted volver a las cuestiones puramente prácticas, o más bien a los hechos históricos?

Sir Nathaniel inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ya hemos hablado de la historia, en la medida en que la conocemos, de alguno de los lugares que nos rodean: «Castra Regis», «La arboleda de Diana» y «La madriguera del Gusano Blanco». Me gustaría preguntarle si no existe en la zona algún lugar que no esté necesariamente orientado en la dirección del mal.

—¿Cuál? —preguntó sir Nathaniel astutamente.

—Bueno, por ejemplo esta casa y Mercy Farm.

—Aquí —dijo sir Nathaniel— volvemos al aspecto luminoso de la cuestión. Tomemos primero Mercy Farm. Cuando san Agustín fue enviado por el papa Gregorio para evangelizar Inglaterra, en el tiempo de los romanos, fue acogido y protegido por Ethelbert, rey de Kent, cuya esposa, hija de Charibert, rey de París, era cristiana y le prestó mucha ayuda. Ella fundó un convento de mujeres en memoria de Columba, que era conocido por Sedes Misericordiae (Casa de la Misericordia), y, como la región era Mercia, los dos nombres se confundieron. Columba es el término latino que designa a la paloma, por lo que este animal se convirtió en uno de los significados del convento. La idea fue asumida por la recién creada comunidad, que desde el primer momento se dedicó a la crianza de la paloma a partir de un ejemplar recién descubierto, una variedad mensajera, con la diferencia de que las plumas blancas de su cabeza y cuello formaban una especie de capuchón como el que usaban las religiosas. El convento floreció durante más de un siglo. Después, bajo el reinado de Penda, que encarnó el regreso al paganismo, el convento decayó. Mientras tanto, protegidas por el tacto religioso, las palomas se habían multiplicado poderosamente, y eran conocidas en todas las comunidades católicas. Cuando el rey Offa gobernó en Mercia, unos ciento cincuenta años después, el cristianismo fue restablecido en la región, y bajo su protección, se restauró el convento de Santa Columba, y las palomas volvieron a prosperar. Con el paso del tiempo, el convento caería definitivamente en desuso, aunque, antes de desaparecer, llegó a adquirir un gran renombre por sus buenas obras y especialmente por la piedad de sus miembros. Si las buenas acciones, los rezos, las esperanzas y los deseos fervientes han dejado en alguna parte su

impronta moral, Mercy Farm y su comarca circundante tienen casi el derecho a ser considerados lugares santos.

—¡Gracias, señor! —dijo Adam de todo corazón y se calló. Sir Nathaniel comprendió.

Después de almorzar, Adam pidió a sir Nathaniel que fuera a pasear con él. El agudo y viejo diplomático adivinó que debía de haber alguna razón para la invitación y la aceptó en seguida.

Cuando estuvieron lejos de la casa y fuera de toda posibilidad de ser observados, Adam comenzó a hablar.

—Me temo, señor, que en esta vecindad ocurren más fenómenos extraños de lo que la gente imagina. Esta mañana salí a dar un paseo y descubrí en el bosquecillo el cuerpo de una niña junto al borde del camino. Al principio creí que estaba muerta, y mientras la examinaba descubrí en su cuello algunas marcas que parecían hechas por dientes.

—¿Quizá algún perro salvaje? —aventuró sir Nathaniel.

—Posiblemente, señor, aunque no lo creo. Pero escuche el resto de mi relato. Miré alrededor, y, para mi sorpresa, vi algo blanco moviéndose entre los árboles. Coloqué cuidadosamente a la niña en el suelo y traté de seguir aquella cosa, pero no pude encontrar ni rastro de ella. Volví a donde había dejado la niña y reanudé mi examen comprobando con verdadero placer que todavía vivía. Froté sus manos y gradualmente revivió, pero, para mi desconsuelo, no recordaba nada excepto que algo se había acercado cautelosamente por detrás y se había aferrado a su garganta. Entonces, aparentemente, la niña se había desvanecido.

—¡Algo aferrado a su garganta! Entonces no puede tratarse de un perro.

—No, señor, esa es la dificultad, y explica por qué le he traído aquí, donde nadie pueda escucharnos. Indudablemente, usted se habrá percatado de la manera peculiarmente sinuosa con que se mueve lady Arabella. Pues bien, me da la impresión de que la forma blanca que vi en el bosque era la dueña de «La arboleda de Diana».

—¡Por Dios, muchacho, tenga cuidado con lo que dice!

—Sí, señor, me doy perfecta cuenta de la gravedad de mi acusación. Pero estoy convencido de que las marcas que tenía aquella niña en la garganta eran de procedencia humana, y hechas por una mujer.

El compañero de Adam permaneció en silencio durante algún tiempo, sumido en sus reflexiones.

—Adam, muchacho —dijo, finalmente—, este asunto se me antoja mucho

más serio incluso de lo que usted piensa, y me obliga a romper el secreto que he mantenido a mi viejo amigo, su tío, para protegerlo, como es mi deber. Hace algún tiempo han venido ocurriendo en esta región hechos que le han inquietado horriblemente. Varias personas han desaparecido sin dejar la menor traza; se encontró el cadáver de un niño al borde de un camino sin ninguna señal visible ni aparente de la causa de su muerte; corderos y otros animales fueron encontrados en los campos desangrándose por sus abiertas heridas. Y ha habido otros acontecimientos, muchos de ellos aparentemente triviales por sí mismos, que parecen señalar la presencia de alguna nefasta influencia. Admito que he sospechado de lady Arabella, y por eso le hice tantas preguntas acerca de la mangosta y su misterioso ataque. Quizá usted piense que es extraño que sospeche de la propietaria de «La arboleda de Diana», hermosa mujer de aristocrática cuna. Déjeme explicarle: la residencia de sus padres está cerca de la mía, Doom Tower, y en una época conocí bien a la familia. Cuando todavía era una muchacha, lady Arabella se internó en un bosquecillo que hay cerca de su casa y no regresó. Cuando la encontraron estaba inconsciente y con elevada fiebre. El médico dijo que había recibido una picadura venenosa, y que, como la joven estaba en una delicada y crítica edad, las consecuencias eran tan serias que nadie esperaba su recuperación. Vino a verla un famoso médico de Londres, pero nada pudo hacer. Incluso dijo que la joven no sobreviviría a esa noche. Ya se habían perdido todas las esperanzas cuando, para sorpresa de todos, lady Arabella tuvo una recuperación súbita y asombrosa. A los dos días iba y venía como de costumbre. Pero, para horror de la gente, a partir de aquel momento manifestó una terrible crueldad hacia los animales, mutilando e hiriendo pájaros y animales pequeños, e incluso matándolos. Todo esto se atribuyó a un desorden nervioso debido a su edad, esperándose que su casamiento con el capitán March lo solucionaría todo. Sin embargo, no fue un matrimonio feliz, y un día encontraron a su marido con un disparo en la cabeza. Siempre he pensado que fue un suicidio, pese a no encontrarse ninguna pistola cerca del cadáver. Podía haber descubierto algo, ¡Dios sabe qué!, así que es probable que lady Arabella lo haya matado. Acumulando los muchos detalles que son de mi conocimiento, he llegado a la conclusión de que el maligno Gusano Blanco se apoderó del cuerpo de lady Arabella en el mismo instante en que su alma abandonaba su envoltura terrenal, lo que explicaría su repentino restablecimiento, la extraña e inexplicable ansia por mutilar y matar, así como tantos otros detalles que no necesito mencionarle ahora, Adam. Como ya le he dicho, sólo Dios sabe lo que descubrió el pobre capitán March. Debe de haber sido algo demasiado terrible para los límites humanos, si es cierta mi teoría de que él, en un tiempo, hermoso cuerpo humano de lady Arabella está bajo el control de este espeluznante Gusano Blanco.

Adam inclinó la cabeza.

—Pero, ¿qué podemos hacer entonces, señor? Nos enfrentamos a un problema tremendamente difícil.

—No podemos hacer nada, muchacho, por el momento al menos. Sería imposible pasar a la acción. Lo único que podemos hacer es vigilar con cuidado, especialmente a lady Arabella, y estar listos para actuar de manera rápida y decidida, si la ocasión se presenta.

Adam asintió, y los dos hombres regresaron a Lesser Hill.

CAPÍTULO IX

EL OLOR DE LA MUERTE

Adam Salton hablaba poco, pero no perdía el tiempo en ninguno de los asuntos que llevaba entre manos, o en el que estuviera interesado. Había convenido con sir Nathaniel que no harían nada en relación al misterio de la furia que lady Arabella había despertado en la mangosta, pero prosiguió resueltamente su preparación para actuar en cuanto surgiera la oportunidad. Constantemente hacía planes en su mente en relación a las informaciones o indicios que podían conducir a posibles líneas de acción. Desconcertado por la muerte de la mangosta, buscaba otra pista a seguir. Estaba fascinado por la idea de que había una misteriosa relación entre la mujer y el animal, pero al mismo tiempo ya tenía preparado un nuevo recurso. Su nueva idea era utilizar, en la medida de lo posible, las facultades de Ulanga, al servicio de su investigación. Su primer paso fue enviar a Davenport a Liverpool para entrevistarse con el camarero del West African que le había contado lo que sabían de Ulanga, y recabar más información. Después trataría de inducir al negro, mediante soborno u otros medios, a que viniera al Brow. Pues si hablaba personalmente con el servidor del vudú seguramente podría aprender de él algo útil. Davenport tuvo éxito en todas sus misiones: había comprado otra mangosta, podía confirmar a Adam que se había entrevistado con el camarero, el cual le contó mucho de lo que quería saber, y también había arreglado que Ulanga viniera a Lesser Hill el día siguiente. Al llegar a ese punto, Adam se dio cuenta de que tendría que admitir a Davenport en la confianza, hasta cierto grado. Llegó a la conclusión de que sería mejor, sobre todo al principio, que él no apareciera como parte activa en este asunto, para el que Davenport estaba perfectamente capacitado. Ya tendría tiempo de tomar parte más activa cuando todo se encontrara en una etapa más avanzada.

Si todo lo que se decía con respecto al negro era cierto, este hombre poseía un raro don que podía serles útil en el curso de su investigación. Era capaz,

por decirlo así, de «oler la muerte». Si alguien había muerto o lo habían matado, o si algún lugar había estado relacionado con la muerte, el negro parecía conocer el hecho por intuición. Adam decidió, como primera experiencia, poner a prueba sus facultades en distintos lugares. Naturalmente, estaba impaciente, y el tiempo transcurría lentamente. Su único consuelo fue la llegada, a la mañana siguiente, de una caja cuidadosamente embalada y cerrada, remitida por Ross, cuya llave guardaba Davenport. En la caja había otras dos cajas más pequeñas, ambas cerradas. Una de ellas contenía una mangosta, que reemplazaría a la que había matado lady Arabella; la otra era la mangosta especial que había matado a la cobra gigante en Nepal. Cuando ambos animales fueron guardados en lugar seguro, bajo llave y candado, sintió que podía respirar libremente. Nadie en la casa, excepto él mismo y Davenport, conocía el secreto de la existencia de estos dos animales. Dispuso que Davenport diera un paseo con Ulanga por los alrededores, parándose en ciertos lugares que él había señalado. Debían ir hasta el Brow y volver por el mismo camino, y en el lugar más distante de la casa, más allá de Mercy Farm, se encontrarían con Adam como por casualidad. Davenport se las arreglaría entonces para hacer repetir al negro lo que le hubiera contado durante el paseo.

Los incidentes del día confirmaron en gran medida las hipótesis de Adam. En Mercy Farm, en «La arboleda de Diana», en Castra Regis, y en algunos otros lugares, el negro se detuvo y, abriendo los amplios orificios de su nariz para husmear descaradamente, dijo que olía a muerte, aunque el olor no siempre era el mismo. En Mercy Farm, dijo, había habido muchas muertes insignificantes. Pero en «La arboleda de Diana» su comportamiento fue diferente. Daba la sensación de que experimentaba un placer distinto, especialmente cuando habló de muchos muertos importantes. También, resopló de una manera extraña, como hace un sabueso cuando se detiene súbitamente, y pareció confundido. No pronunció palabra alguna, ni de alabanza ni de desdoro, pero cuando estuvieron en el centro de la Arboleda, donde, escondido entre restos de antiguos robles, había un bloque de granito ligeramente ahuecado en su parte superior, el negro se inclinó y tocó el suelo con la frente. Fue el único lugar donde Ulanga mostró inequívoco respeto. En el Castillo, aunque habló de muchos muertos, no mostró ningún signo de reverencia.

Había algo en torno a «La arboleda de Diana» que a la vez le interesaba y le desconcertaba. Antes de abandonar la Arboleda, la recorrió en todas direcciones insatisfecho, y en un lugar próximo al borde del Brow en donde había una profunda cavidad, pareció asustarse. Después de volver varias veces a ese lugar, dio media vuelta súbitamente y se puso a correr aterrorizado por el pánico hasta alcanzar posiciones más elevadas, sorteando las rocas que afloraban por todas partes. Entonces pareció respirar más libremente, y recobró parte de su desenvuelto descaro.

Todo esto parecía responder a las expectativas de Adam, que regresó a Lesser Hill calmado y sereno. Sir Nathaniel lo siguió a su estudio.

—A propósito, olvidé preguntarle algunos detalles sobre un asunto. Cuando se produjo aquel extraordinario episodio de la mirada del señor Caswall, ¿cuál fue la reacción de Lilla? ¿Cómo lo tomó?

—Parecía aterrorizada y temblaba como he visto hacer a una paloma frente a un halcón, o a un pájaro frente a una serpiente.

—Gracias. Es exactamente lo que esperaba. Ha habido circunstancias en la familia Caswall que le inducen a uno a creer que desde los tiempos más remotos han poseído unas extraordinarias facultades mesméricas o hipnóticas. Verdaderamente, la pericia de un experto podría leerlo en sus fisonomías. La imagen suya de la paloma y el halcón, sea instintiva o intencionada, ha sido especialmente apropiada. Creo que debemos centrarnos en ella como un dato fijo a utilizar a lo largo de nuestra investigación.

Cuando cayó la noche, Adam tomó la nueva mangosta, la que no era de Nepal, y, llevando la caja sobre el hombro, partió hacia «La arboleda de Diana». Cerca de la entrada se encontró con lady Arabella, vestida como de costumbre con un ajustado vestido blanco que hacía resaltar su delgada figura.

Para asombro de Adam, la mangosta se dejó acariciar por la mujer, que la tomó en sus brazos y la mimó. Como ella iba en su misma dirección, caminaron juntos un rato.

A lo largo del camino entre la entrada de «La arboleda de Diana» y la de Lesser Hill, la mayoría de los árboles tenían poco follaje excepto en la copa. Con el crepúsculo vespertino, el lugar era oscuro y los arracimados troncos estorbaban la visión. Con la luz temblorosa e incierta, que caía por entre las copas de los árboles, era difícil distinguir algo con claridad. En un momento, Adam perdió completamente de vista a lady Arabella y volvió sobre sus pasos para buscarla. La volvió a encontrar poco después cerca de la puerta de entrada a su propia casa. Estaba inclinada sobre la empalizada de estacas de roble que cercaba la avenida. Al no ver a la mangosta, Adam le preguntó por su paradero.

—Se deslizó de mis brazos mientras la acariciaba —contestó la mujer— y desapareció debajo de unos setos.

La encontraron en un lugar donde la avenida se ensanchaba para que los coches pudieran dejarse paso. La pequeña criatura pareció totalmente transformada. Había estado llena de vida y movimiento, y ahora aparecía torpe y sin ánimo, como aturdida. Se dejó tomar en brazos nuevamente, pero cuando la llevaba lady Arabella miraba a su alrededor de una extraña manera, como si intentara escaparse. Cuando llegaron al camino, Adam la tomó y aseguró entre

sus brazos, y, después de saludar a su compañera, partió velozmente hacia Lesser Hill. Muy pronto, perdió de vista a lady Arabella entre las espesas tinieblas.

Cuando llegó a casa, Adam metió la mangosta en su caja y cerró con llave la habitación. La otra mangosta, la nepalí, estaba en su propia caja, convenientemente cerrada, y parecía tranquila. Cuando fue al estudio, sir Nathaniel entró, cerrando la puerta tras él.

—Vengo —dijo— mientras tenemos la oportunidad de estar solos, porque quiero confiarle algo relativo a la familia Caswall que creo le interesará. En esta parte del mundo hay, o solía haber, la creencia de que la familia Caswall poseía algún extraño poder de someter a sus dictados la voluntad de otras personas. Hay muchas alusiones al tema en biografías y crónicas de menor importancia. Pero sólo conozco un trabajo que haga una referencia directa. Se trata de Mercia y sus hombres ilustres, escrito por Ezra Toms hace más de cien años. El autor entra en la consideración de este tema al referirse a una estrecha relación entre el Edgar Caswall de aquel entonces y Mesmer, en París. Habla de Caswall como pupilo y colega de Mesmer, y asegura que cuando el primero abandonó Francia se llevó con él una gran cantidad de conocimientos eléctricos y filosóficos, de los cuales nunca se le vio hacer uso. En una ocasión le contó a un amigo que se los había dado su antiguo pupilo. El término que usó fue «legado», lo cual es bien extraño dado que jamás se ha sabido que existiera tal legado de Mesmer. Sea como fuere, los instrumentos desaparecieron y nunca fueron encontrados.

Un criado entró en el estudio para avisar a Adam de que en la habitación cerrada con llave se oía un ruido muy extraño. Adam se precipitó inmediatamente a ese lugar, seguido por sir Nathaniel. Habiendo cerrado la puerta tras él, Adam abrió la caja grande donde se guardaban las cajas de las dos mangostas. En una de ellas no se oía ningún ruido, mientras que en la otra sonaba un misterioso e intranquilo forcejeo. Abriendo las dos cajas, descubrió que el ruido lo producía el animal nepalí el cual, sin embargo, se calmó en seguida. En la otra caja, la nueva mangosta yacía muerta, ¡con todas las apariencias de haber sido estrangulada!

CAPÍTULO X

LA COMETA

Al día siguiente, un poco después de las cuatro de la tarde, Adam partió para Mercy Farm. Estuvo de vuelta en casa en el momento en que el reloj daba

las campanadas de las seis. Estaba pálido y trastornado, pero al mismo tiempo parecía no haber perdido nada de su fuerza y vivacidad. El anciano resumió su aspecto y modales así: «fortificado para la batalla».

—¡Ahora! —dijo sir Nathaniel, mientras se sentaba a escuchar, mirando a Adam, resuelto a no perderse nada de lo que este pudiera contarle, ni siquiera la inflexión de una palabra.

—Encontré a Lilla y Mimi en su casa. Watford estaba ausente, ocupado en sus tareas de la granja. La señorita Watford me recibió con la misma amabilidad que la vez anterior, y Mimi también pareció alegrarse de verme. El señor Caswall se presentó en cuanto yo llegué, como si él o alguien en su nombre me hubiera estado espionando. Le seguía de cerca el negro, que respiraba agitadamente como si hubiera estado corriendo; es probable, por tanto, que fuera él quien me espionó. El señor Caswall estaba muy tranquilo y sereno, pero más que nunca su rostro ofrecía un aspecto férreo que no me gustaba nada. Sin embargo, todo se desarrolló con normalidad. Conversamos agradablemente sobre los más variados temas. El negro esperó un rato y luego desapareció como en la ocasión anterior. Los ojos del señor Caswall, como de costumbre, se clavaron en los de Lilla. Verdaderamente, parecían muy profundos y diligentes, pero no había nada ofensivo en ellos. Si no hubiera sido por el dibujo de las cejas y la firmeza de las mandíbulas yo no lo habría notado al principio. Después, poco a poco, la mirada fue intensificándose. Pude ver cómo Lilla empezaba a ponerse nerviosa, como la primera vez, y luego se recuperaba valerosamente. Sin embargo, cuanto más nerviosa se ponía, más intensa era la mirada de Caswall. Me pareció evidente que había venido preparado para algún tipo de contienda mesmérica o hipnótica. Al cabo de un rato, Caswall comenzó a lanzar miradas furtivas a su alrededor y luego levantó la mano, sin que ni Lilla ni Mimi percibieran la acción. Evidentemente, intentaba hacer alguna señal al negro, pues al momento se presentó este sin hacer ruido, como era su costumbre, y entró tranquilamente por la puerta del vestíbulo que estaba abierta. Los esfuerzos hipnóticos del señor Caswall se intensificaron entonces, y el nerviosismo de la pobre Lilla fue cada vez mayor. Mimi, viendo a su prima en un aprieto, se acercó a ella para ayudarla y darle fuerza mediante su presencia. Esto fue un obstáculo para Caswall, pues sus esfuerzos, sin disminuir en intensidad, parecieron menos eficaces. La situación se prolongó durante un rato, a favor de Lilla y Mimi, hasta que se produjo una inesperada interrupción. Sin ningún ceremonial la puerta se abrió y entró lady Arabella March. Yo ya la había visto llegar a través del gran ventanal. Sin pronunciar palabra, cruzó la habitación y se colocó al lado del señor Caswall. Fue realmente un combate de una naturaleza muy especial, y cuanto más duraba, más grave y cruel se fue haciendo. Esa combinación de fuerzas —el amo, la mujer blanca y el negro— les habría costado algunas vidas (probablemente todas) en el sur de los Estados Unidos.

Para nosotros era, simplemente, horrible. Esta vez, se trataba de, para pedir prestado un término deportivo, un «combate hasta el término», y el grupo mixto no cejó un solo momento en sus esfuerzos. Empezó a notarse que la tensión embargaba a Lilla fatalmente. Se puso más pálida, con una palidez no uniforme, lo cual hacía pensar que tenía los nervios descompuestos. Se agitaba como un álamo temblón, y aunque luchaba con mucha valentía, comencé a darme cuenta de que sus piernas apenas si la sostenían. Una docena de veces pareció estar a punto de desmayarse, pero en cada oportunidad, sostenida por la mirada de Mimi, reanudaba el combate y salía a flote.

»Al llegar a este punto —prosiguió Adam— el rostro del señor Caswall había perdido su aspecto pasivo. En sus ojos brillaba una ardiente luz. Todavía tenía la inflexible determinación de un antiguo romano, pero en ella había también la furia de un berserker. Sus cómplices, en la funesta labor parecían participar, más o menos, de ese sentimiento. Lady Arabella parecía inhumana, sin alma ni piedad, como si encarnara una de aquellas viejas leyendas sobre seres humanos metamorfoseados que han perdido su humanidad en alguna transformación o por regresión a su salvajismo natural. En cuanto al negro, únicamente puedo decirle que sólo la sangre fría que usted admira en mí pudo impedir que lo aniquilara como se merecía, sin advertencia ni deportividad. Lilla permanecía silenciosa y desvalida, presa de un miedo enorme. Resuelta, y despreocupada de su propia suerte, Mimi intentaba que en la lucha anímica en la que estaba inmersa no hubiera lugar para ningún otro pensamiento. Por lo que a mí respecta, mi voluntad estaba tan anonadada que todas mis facultades, salvo la vista y el oído, se mantenían inactivas. Parecíamos atascados en un impasse. Algo debía de ocurrir, aunque las posibilidades de adivinarlo eran nulas. Como en un sueño, vi que la mano de Mimi se movía sin descanso, como si estuviera buscando a tientas algo. Mecánicamente, tocó la mano de Lilla, y en ese instante se transformó. Fue como si un nuevo vigor y juventud penetraran en un ser insensibilizado y aniquilado. Como impulsada por una inspiración, apretó también la otra mano de su prima, con una fuerza que hizo palidecer sus nudillos. Su rostro se iluminó súbitamente, como si una luz divina brillara en él. Su aspecto mejoró considerablemente hasta alcanzar una majestuosidad nunca vista en ella anteriormente. Levantando su mano derecha, avanzó hacia Caswall, y con una resuelta extensión del brazo pareció lanzarle alguna fuerza desconocida. Una y otra vez se repetía la demostración: el hombre se veía forzado a retroceder a cada movimiento de ella. Se retiró hacia la puerta y ella le siguió. Oímos un ruido, parecido al zureo de las palomas, que parecía multiplicarse e intensificarse por momentos. Este sonido, cuya fuente era invisible para nosotros, aumentaba sin cesar mientras Caswall se batía en retirada. Finalmente, explotó en un triunfal fragor, mientras Mimi, con un violento movimiento de su brazo, pareció arrojar algo sobre su enemigo, el cual, protegiendo su rostro con las manos, se precipitó hacia el

exterior, buscando la luz del sol.

»En ese preciso instante —continuó Adam— recuperé mis facultades. Podía ver y escuchar con claridad todo lo que me rodeaba, y era plenamente consciente de lo que había ocurrido. Vi que Lilla se desvanecía, mientras Mimi levantaba sus brazos en señal de triunfo. Cuando miré por el ventanal, el sol inundaba el paisaje con su resplandor, después de haber sido momentáneamente eclipsado por una avalancha de millares de pájaros.

A la mañana siguiente, la luz diurna reveló el peligro efectivo que amenazaba a todos. De todos los rincones de los condados orientales se recibieron informes relativos a la inusitada inmigración de aves. Fueron enviados expertos, por cuenta propia, en nombre de sociedades científicas o como agentes gubernamentales de diversas organizaciones locales e imperiales, para estudiar el fenómeno y proponer remedios.

Los informes locales eran aún más alarmantes. Al parecer, durante todo el día habían estado llegando pájaros desde los cuatro puntos cardinales. Sin duda, muchos volvían a irse como habían venido, pero el número de los que se quedaban era cada vez mayor. Cada pájaro parecía emitir una nota de temor, enojo o desorientación. El ruido de los aleteos ni cesaba ni disminuía. El aire estaba lleno de una sorda palpitación. Ninguna ventana, o barrera del tipo que fuera, podía ahogar el sonido, hasta que los oídos de cualquier oyente, penetrados por el murmullo incesante, ensordecían. Era tan monótono y sombrío, tan desolador y melancólico, que se llegaba a anhelar, aunque en vano, cualquier cambio, por terrible que este pudiera ser.

La segunda mañana, los informes de los distritos circundantes fueron todavía más alarmantes. Los granjeros comenzaron a temer la llegada del invierno al ver sus cosechas totalmente arruinadas. Y esto no era más que el anuncio del mal por venir, no su consumación. La tierra comenzó a parecer desierta, aunque periódicamente algunos paseantes ocasionales espantaban a los pájaros.

Edgar Caswall se torturó, en vano, el cerebro durante algún tiempo, a fin de librarse, él y sus vecinos, de lo que ya se consideraba una plaga de pájaros. Finalmente, recordó un hecho que podía aportar la solución a sus dificultades. Había ocurrido, hacía muchos años, en China, en el interior del país, cerca de las fuentes del Yangtsé, donde sus pequeños afluentes aportaban, en una especie de irrigación natural, las aguas necesarias para vivificar la aridez de los campos arroceros. En la época de maduración del arroz, la llegada de millares de pájaros con la intención de alimentarse de la nueva cosecha constituyó una seria amenaza, no sólo para el distrito, sino para el país en general. Los granjeros, que habían tenido el mismo problema durante años, sabían cómo tratarlo. Construían una inmensa cometa, que hacían sobrevolar

en el mismo sitio donde se produjo la incursión. La cometa tenía la forma de un gran halcón, y en el momento mismo en que se remontaba en el aire los pájaros empezaban a intimidarse y buscar protección. Mientras la cometa surcara los aires, los pájaros serían ahuyentados y la cosecha se salvaría. En consecuencia, Caswall ordenó a sus hombres la construcción de una inmensa cometa con la forma aproximada de un halcón. Después, él y sus hombres la remontaron en el aire, con suficiente longitud de cuerda para mantenerla a gran altura. La experiencia de China se repitió. En cuanto la cometa subía, los pájaros se escondían o buscaban refugio. La mañana siguiente, la cometa todavía volaba a gran altura y ya no podía verse pájaro alguno en toda la zona que rodeaba *Castra Regis*. Pero lo que sucedió después fue peor aún. Todos los pájaros estaban intimidados y habían dejado de piar. No se oía ningún trino o gorjeo. El silencio parecía haber reemplazado a las voces normales de los pájaros. Y eso no fue todo. El silencio se extendió a los demás animales.

El temor y la represión incubados en los habitantes del aire empezó a afectar a las demás formas de vida. No solamente cesaron de gorjear y de chirriar, sino que tampoco volvió a oírse el mugido de las vacas en los pastos, y el resto de sonidos de la vida cotidiana desapareció. En su lugar sólo había un silencio melancólico, mucho más terrible, desalentador e insoportable que cualquier confluencia de ruidos, por espantosos y temibles que fueran. Los más piadosos se pusieron a rezar fervientemente para alivio de su intolerable soledad. Después de poco tiempo, un sentimiento general de depresión se apoderó de todos. Los rostros de hombres y mujeres parecían por igual privados de vida, de interés, de pensamientos, y, sobre todo, de esperanza. Los hombres parecían haber perdido su capacidad de expresar ideas. La atmósfera, privada de ruidos, producía el mismo efecto que las tinieblas universales, que hacen castañetear los dientes de terror a los hombres.

Nadie se libró de este castigo de silencio. La melancolía era la nota dominante de todo. La alegría había dejado de ser un factor esencial de la vida y ningún otro impulso creativo la había sustituido. Aquella gigantesca mancha planeando en las alturas era una plaga de maléfica influencia. Era como si una nueva oleada de misantropía se hubiera apoderado de los seres humanos, trayendo consigo la negación de toda esperanza.

Después de algunos días, la desesperanza fue cada vez mayor. Aquellos hombres y mujeres parecían tener suspendidos los sentidos e incluso la facultad de hablar. Edgar Caswall volvió a torturar su cerebro para encontrar un antídoto o paliativo a este mal, peor aún que el precedente. Hubiera destruido con placer la cometa, o detenido su vuelo; pero en cuanto fuera posada en tierra, los pájaros volverían incluso en mayor número. Todos los que, de una manera y otra, dependían de la agricultura enviaron sus lastimeras protestas a *Castra Regis*.

Era extraña, verdaderamente, la influencia que parecía ejercer esta misteriosa cometa. Incluso los seres humanos se vieron afectados por su presencia, como si existiera algún tipo de relación entre ellos y aquella. Para los habitantes de Mercy Farm era como degustar la muerte misma. Lilla fue la más afectada. No se habría aterrorizado más en el caso de haber sido una verdadera paloma y haberse topado con la cometa en el aire.

Por supuesto, algunos de los ya inmersos en el remolino habían advertido los efectos en cada individuo, y los interesados comparaban sus informaciones. Extrañamente, por lo menos para los demás, la persona menos afectada por el espectral silencio fue el negro. Por naturaleza era insensible y nada nervioso. Sin embargo, estas características no eran suficientes para producir su manifiesta indiferencia, por lo que la gente resolvió descubrir la verdadera causa. Adam llegó muy pronto a la conclusión de que el negro encontraba en ese silencio una compensación de la que los otros no participaban, y que esta compensación consistía, de una forma u otra, en gozar del sufrimiento de los demás. De esta manera, el negro contaba con una inagotable fuente de diversión.

El temperamento frío de lady Arabella la inmunizaba contra cualquier dolor o preocupación con respecto a los demás. Edgar Caswall era demasiado altivo y demasiado severo como para interesarse por los pobres o los desvalidos, y menos aún por el orden más bajo de los simples animales. El señor Watford, el señor Salton y sir Nathaniel estaban, en cambio, muy preocupados por los hechos; en parte por su bondad de corazón (ninguno de ellos podía ver sufrir sin conmoverse, aunque se tratara de una insignificante ave), y en parte por interés propio ya que debían proteger sus propiedades si no querían que la voracidad de los pájaros las arruinara en poco tiempo.

Lilla sufría muy intensamente. A medida que el tiempo transcurría, su rostro se contraía y sus ojos se embotaban por el llanto y la vigilia. Mimi también sufría viendo los sufrimientos de su prima. Pero como no podía hacer nada, decidió resueltamente dominar sus sentimientos y tener paciencia. Las frecuentes visitas de Adam la reconfortaban.

CAPÍTULO XI

EL COFRE DE MESMER

Al cabo de dos semanas, la cometa pareció haber dado a Edgar Caswall nuevas ganas de vivir. Nunca se cansaba de contemplar sus evoluciones en el cielo. Había instalado en la torre de Castra Regis un cómodo sillón, donde

permanecía sentado todo el día, viendo la cometa, como un niño con un juguete nuevo. No parecía haber perdido su interés por Lilla, porque hizo una visita más a Mercy Farm.

En realidad, sus sentimientos hacia ella, sea cuales fuesen al principio, habían cambiado hasta el punto de convertirse en una inclinación puramente animal. Parecía como si la naturaleza de este hombre se hubiera corrompido y sus instintos más bajos, egoístas y desconsiderados se hubieran hecho visibles. No había tanta severidad en su carácter, porque ya no controlaba sus impulsos como antes. La determinación se había convertido en indiferencia.

La visible transformación de Edgar acentuó su morbidez, su tristeza y su soledad. Los vecinos empezaron a pensar si no estaría volviéndose loco. Absorbido constantemente por la cometa, la contemplaba no solamente de día, sino a veces también durante toda la noche. Se había convertido para él en una obsesión.

Caswall estaba personalmente interesado en la vigilancia de la gran cometa voladora. A tal efecto, había hecho adosar al parapeto de la torre un enorme carrete con un cordel muy largo. Un torno, controlado por una manivela, permitía arrollar y desarrollar la cuerda. Invariablemente había al menos un hombre, día y noche, encargado de esta tarea. A la altura en que volaba la cometa, el viento era tan fuerte que, a veces, la elevaba mucho más, trasladándola lateralmente a considerable distancia. De hecho, la cometa se convirtió, en poco tiempo, en una de las curiosidades de Castra Regis y sus alrededores. Edgar comenzó a atribuirle mentalmente casi todas las cualidades humanas. Se convirtió para él en una entidad aparte, dotada de alma e inteligencia propias. Ocioso todo el día, comenzó a dedicar parte de su tiempo sobrante a lo que consideraba el servicio de la cometa, y encontró un nuevo placer, una nueva meta en su vida, en el viejo juego escolar que consiste en enviar «mensajes» a la cometa. El procedimiento consiste en cortar papeles agujereados en el centro y hacerlos pasar por la cuerda de la cometa. La acción natural del viento empuja el papel y hace que se remonte, no importa la altura o la distancia a que haya podido desplazarse la cometa.

Los primeros días Caswall se pasó horas enteras ocupado en esta diversión. Cuando ya flotaban centenares de estos «mensajes» a todo lo largo de la cuerda, se le ocurrió escribir en los papeles para transmitir sus ideas a la cometa. Esto no hizo más que reforzar en su mente atormentada la convicción de que el juguete tenía una entidad e inteligencia propias. De ahí pasó a hablar directamente con la cometa, sin dejar por eso de enviarle «mensajes» escritos. Sin duda, la altura de la torre (que estaba en la parte más elevada de la colina), el rugido incesante del viento, el efecto hipnótico del punto elevado en el cielo en el que tenía concentrada la vista todo el tiempo, y la ascensión de mensajes escritos a lo largo de la cuerda, hasta perderse en la distancia, contribuyeron

aún más a afectar su cerebro, haciéndole ceder a la presión de creencias y circunstancias que eran a la vez estimulantes para la imaginación, posesivas y absorbentes.

El siguiente paso en su declive intelectual fue aplicar a otros objetos circundantes su hipótesis de la identidad consciente de la cometa. Poseía, en *Castra Regis*, una extensa colección de objetos raros y curiosidades, reunidos en épocas anteriores por sus antepasados, de gustos similares al suyo. Había todo tipo de extraños especímenes antropológicos, remotos y recientes, coleccionados al azar en los numerosos viajes efectuados por los Caswall: antiguas reliquias egipcias procedentes de tumbas y momias; curiosidades traídas de Australia, Nueva Zelanda y los mares del Sur; ídolos e imágenes, desde iconos tártaros hasta objetos de culto de los antiguos egipcios, persas e indios; objetos mortíferos y de tortura de los indios americanos; y, sobre todo, una vasta colección de armas letales de todo tipo, provenientes de todos los lugares: largas mazas chinas, puñales dobles, cimitarras afganas de doble filo, hechas para cortar un cuerpo en dos de un solo tajo, pesados puñales de todos los países orientales, espectrales dagas del Tíbet, terribles kukri de los gurkas y otras tribus montañosas de la India, navajas de Italia y España, e incluso el célebre cuchillo que solían llevar los negreros de la región de Mississippi. La muerte y el sufrimiento estaban representados, en sus múltiples variantes, en esta macabra colección.

Ni que decir tiene que la colección fascinaba a Ulanga. Nunca se cansaba de visitar el museo de la torre y dedicaba interminables horas a inspeccionar los objetos exhibidos, hasta familiarizarse por completo con todos y cada uno de sus detalles. Pidió permiso para limpiarlos, lustrarlos y afilarlos, favor que le fue concedido sin esfuerzo. Además de las armas y los restos humanos antes mencionados, había otro tipo de objetos, que también daban miedo. Serpientes disecadas de las más desagradables y horrorosas especies; insectos gigantes de los trópicos, temibles como quiera que se los mirara; peces y crustáceos cubiertos de siniestras púas; pulpos de gran tamaño. Había, también, otros objetos no menos mortíferos pese a su aspecto inofensivo: hongos secos; trampas para cazar aves, bestias, peces, reptiles e insectos; instrumentos de tortura capaces de causar dolor en todas sus formas y grados, cuya única misericordia radicaba en su capacidad de producir rápidamente la muerte.

Caswall, que nunca había visto la colección y por tanto no conocía su contenido a excepción de los objetos aportados por él mismo, encontró en ella una constante diversión e interés. La estudió detenidamente —sus usos, su funcionamiento, y sus lugares de origen— hasta acabar por poseer un conocimiento amplio y detallado de todo lo concerniente a los objetos exhibidos. Muchos poseían mecanismos ocultos e intrincados, pero él nunca cejaba hasta averiguar los secretos. Su interés por esos extraños objetos, y por

la forma de utilizarlos, lo llevó a explorar otros rincones que prometían similares hallazgos. Empezó preguntando a los sirvientes por el lugar donde se guardaban los trastos viejos. Varios sirvientes le hablaron de Simon Chester que, según ellos, conocía todos los secretos de la casa. Por consiguiente, le hizo llamar y se presentó al momento. Era un viejo, de casi noventa años, y achacoso. Nacido en el Castillo, había servido desde entonces a varios de sus señores, presentes o ausentes. Cuando Edgar comenzó a hacerle preguntas sobre el tema que había motivado su llamada, el viejo Simón se mostró muy inquieto. De hecho estaba tan aterrorizado, que su señor, dándose cuenta de que le estaba ocultando algo, le ordenó que le contara inmediatamente todo lo que supiera sobre los restantes objetos ocultos, y el sitio en donde estaban escondidos. Viendo que su secreto había sido descubierto, el anciano, en un lastimoso estado de inquietud, dijo mucho más de lo que su amo esperaba.

—En verdad, en verdad, señor, todo lo que se guardó en mi época está todavía en la torre, excepto... —y aquí empezó a agitarse y temblar— excepto el cofre que el señor Edgar, el correspondiente a la época en que comencé a servir a la familia, trajo de Francia, donde estuvo una temporada con el doctor Mesmer. Por razones de seguridad, el baúl se guardó en mi habitación; pero lo traeré aquí inmediatamente.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Edgar vehementemente.

—Eso no lo sé. Por otra parte, es un baúl muy especial, no tiene ningún mecanismo visible de apertura.

—¿No tiene cerradura?

—Eso creo, señor, aunque no lo sé. No se ve el ojo de la cerradura.

—Haz que lo traigan aquí y vuelve tú con él.

El pesado cofre, rodeado de barras de acero, pero sin cerraduras, fue traído por dos hombres. Poco después, el viejo Simón atendió a su amo. Cuando entró en la habitación, el mismo señor Caswall se encargó de cerrar la puerta; después le preguntó:

—¿Cómo se abre esto?

—No lo sé, señor.

—¿Quieres decir que nunca lo has abierto?

—Con toda certeza, señoría. ¿Cómo iba a hacerlo? Fue confiado a mí con las restantes cosas. Abrirlo habría sido un abuso de confianza.

Caswall dijo entonces con tono burlón y de desprecio:

—¡Verdaderamente admirable! Pero dejemos eso. Cierra la puerta y quédate. Dime: ¿alguien te ha hablado o te ha hecho alguna observación sobre

el cofre?

El viejo Simón palideció y juntó sus temblorosas manos en un gesto de súplica.

—Oh, señor, le suplico que no lo toque. Este baúl contiene, seguramente, los secretos que el doctor Mesmer confió a mi amo, ¡para su ruina!

—¿Qué quieres decir? ¿De qué ruina me hablas?

—Señor, según dicen, él fue el que vendió su alma al Diablo. Yo pensaba que aquella época y los males que trajo sobre nosotros habían pasado...

—Basta ya. Vete; pero quédate en tu habitación o donde puedas oír mis llamadas. Puedo necesitarte.

El anciano se inclinó respetuosamente y salió temblando pero sin pronunciar una sola palabra.

CAPÍTULO XII

EL COFRE ABIERTO

Solo en la habitación de la torre, Edgar Caswall cerró cuidadosamente la puerta y puso un pañuelo para tapar el ojo de la cerradura. Después inspeccionó las ventanas, asegurándose de que nadie podía verle desde ningún ángulo del edificio principal. Entonces examinó con cuidado el cofre, recorriendo toda su superficie con una lupa. Lo encontró intacto: las barras de acero estaban impecables, formando un todo compacto con él. Durante algún tiempo se sentó frente al cofre, y cuando las sombras del atardecer comenzaron a fundirse en tinieblas, dio por terminada su tarea y se fue a su dormitorio, después de cerrar la puerta de la habitación de la torre y llevarse consigo la llave.

A la mañana siguiente le despertó la luz del sol y retomó su paciente pero infructuoso estudio del baúl metálico. Continuó durante todo el día con el mismo resultado: una humillante frustración, que sobreexcitaba sus nervios y le producía dolores de cabeza. La consecuencia de esta prolongada tensión pudo comprobarse después, por la tarde, cuando se encerró en la habitación de la torre, distraído, indiferente y todavía agitado, hundido en una profunda melancolía, con el cofre intacto delante. Cuando volvió a caer el crepúsculo, pidió a su mayordomo que le enviara dos hombres fuertes, y a estos les ordenó llevar el baúl a su dormitorio. Allí permaneció sentado toda la noche, sin pausas ni siquiera para comer. Su razón desvariaba, presa de un remolino de ideas y enfebrecida por la excitación.

Un hecho era evidente. Cuando aquella noche se encerró en su habitación, su cerebro estaba lleno de extrañas fantasías, hasta el punto que le parecía estar al borde de perder la razón. Tumbado sobre su cama en la oscuridad, seguía meditando sobre el misterio del cofre cerrado.

Gradualmente cedió a las influencias del silencio y la oscuridad. Después de descansar tranquilamente unas horas, su cerebro volvió a activarse. Pero esta vez nada logró distraerlo; su cerebro estaba de nuevo activado y dispuesto como nunca a utilizar su espontánea creatividad y su memoria. Mil incidentes olvidados (o solamente conocidos a medias), fragmentos de conversaciones o antiguas teorías hace tiempo arrinconadas, se arremolinaron en su mente. Creía escuchar a su alrededor las legiones de alas vibrantes a las que tan recientemente se había acostumbrado. Hasta él mismo era consciente de que ese esfuerzo de la imaginación estaba fundado en una memoria imperfecta. Se contentaba con hacer trabajar la imaginación con la esperanza de encontrar una solución al misterio que le rodeaba. Y en esa disposición anímica, el sueño comenzó a apoderarse de él cada vez con más éxito. Esta vez disfrutó de un sueño placentero, descansando al mismo tiempo su agotado cuerpo y su sobrecargado cerebro.

Estando dormido se levantó de la cama, y como obedeciendo a una llamada exterior y superior a él mismo, alzó el enorme cofre y lo colocó sobre una resistente mesa que había en una esquina de la habitación, de la que previamente había retirado gran cantidad de libros. Esta acción había exigido de él una cantidad de fuerza física que, lo sabía perfectamente, él no poseía, ni por asomo, en su estado normal. Sin embargo, había sucedido, y pareció bastante fácil; las cosas se sometían a su voluntad antes de que él las tocara. Entonces, se dio cuenta de que de alguna manera, que le resultaba imposible recordar, había abierto el cofre. Inmediatamente después, abrió la puerta de su dormitorio, y poniéndose el cofre sobre las espaldas, lo trasladó a la habitación de la torre, cuya puerta también abrió. Le seguía maravillando su propia fuerza y se preguntaba de dónde provendría. Su mente, perdida en conjeturas, estaba demasiado extraviada para darse cuenta de las cosas más inmediatas. Sabía que el cofre era excesivamente pesado. En una especie de visión que iluminó la oscuridad total que lo rodeaba, le pareció ver a dos robustos sirvientes tambaleándose bajo un gran peso. Se volvió a encerrar en la habitación de la torre frente al cofre abierto sobre la mesa. En la oscuridad comenzó a vaciarlo, colocando sobre otra mesa su contenido, compuesto principalmente de grandes piezas de metal o vidrio, de extrañas formas. Era consciente de que todavía dormía y de que actuaba obedeciendo alguna desconocida e invisible orden antes que siguiendo un plan razonable, cuyos resultados pudiera prever. Completada esta fase, procedió a montar los distintos componentes de algunos grandes instrumentos, compuestos en su mayor parte de vidrio. Sus dedos parecían haber adquirido una nueva y exquisita destreza e incluso una

voluntad propia. Después, una profunda lasitud se apoderó de su cerebro, inclinó su cabeza sobre el pecho y, poco a poco, todo fue oscureciéndose a su alrededor.

Se despertó temprano en su dormitorio y miró asombrado a su alrededor, completamente lúcido. En el sitio habitual, sobre la resistente mesa, yacía el gran baúl enzunchado de acero, sin cerradura. Pero ahora estaba cerrado. Se levantó con calma, y dirigió sus pasos a la habitación de la torre. Allí nada había cambiado desde la tarde anterior. Miró a través de la ventana, y vio sobrevolar, como de costumbre, la cometa gigante. A continuación abrió el postigo en que terminaba la escalera del torreón y salió al tejado. Cerca de él vio el montón de cuerda arrollada en su carrete, que la brisa mañanera hacía murmurar. Cuando la tocó sintió un penetrante estremecimiento que le recorrió todo el brazo, desde la mano. Por ninguna parte se veían señales de haberse producido durante la noche alguna alteración o desplazamiento.

Totalmente desconcertado, volvió a su habitación y se sentó a meditar. Ahora, por vez primera, sintió que había estado dormido y soñando. Después, volvió a dormirse, y así permaneció durante mucho tiempo. Se despertó con apetito y comió abundantemente. Luego, al atardecer, se encerró bajo llave y volvió a dormirse. Al despertar lo rodeaba la más profunda niebla y estaba bastante confuso acerca de su paradero. Comenzó por tantear en la habitación oscura y pronto fue avisado de las consecuencias de su posición, al romper un objeto de vidrio. Consiguió una luz y descubrió que se trataba de una rueda de cristal, parte de un elaborado mecanismo que, durante su sueño, él mismo debió de sacar del cofre, ahora abierto. Otra vez había abierto el cofre mientras dormía, aunque no recordaba las circunstancias.

Caswall llegó a la conclusión de que su mente estaba afectada por una dualidad de acciones, que podía conducirle a la catástrofe o al descubrimiento de sus planes secretos. Así que resolvió renunciar por un tiempo al placer de hacer nuevos descubrimientos en relación al cofre. Para ello, recurrió a otro asunto diferente: la investigación de los tesoros y objetos raros de sus propias colecciones. Se paseaba entre ellos por pura curiosidad natural, siendo su objetivo encontrar algún detalle que pudiera serle de utilidad en sus experimentos con la cometa. Había resuelto ya ensayar el envío de «mensajes» que no fueran de papel. Su idea era que la fuerza del viento sobre la inmensa cometa sujeta por la cuerda era suficiente para hacer ascender por esta objetos más pesados que el papel. Sus primeros ensayos con objetos cada vez más pesados fueron concluyentes. Poco a poco, fue aumentando el peso hasta descubrir que la fuerza de elevación de la cometa era considerable. Decidió, entonces, dar un paso más adelante, y enviar hacia la cometa algunos de los artículos encontrados en el cofre. La última vez que lo abrió, en sueños, no lo había vuelto a cerrar, habiendo insertado además una cuña para poder abrirlo

cuando quisiera. Examinó el contenido pero llegó a la conclusión de que los objetos de cristal eran inadecuados. Eran demasiado ligeros para sus pruebas de peso, y tan frágiles que se corría un riesgo al enviarlos a semejante altura.

Por tanto, buscó en torno suyo algo más sólido con lo que experimentar. Al cabo de un rato, sus ojos se fijaron en un objeto, que inmediatamente lo atrajo. Se trataba de una pequeña reproducción de uno de los antiguos dioses egipcios, Bes, que representaba el poder destructor de la naturaleza. Su aspecto extravagante y misterioso convenía a su loco humor. Al sacarlo de la caja, le sorprendió lo pesado que era en comparación a su tamaño. Examinándolo rigurosamente con la ayuda de algunos instrumentos científicos, llegó a la conclusión de que había sido esculpido en un fragmento de piedra imán. Entonces, recordó haber leído algo acerca de un antiguo dios egipcio tallado en similar material, y, pensando más detenidamente, concluyó que debía de haberlo leído en el libro del siglo XVII Errores populares de sir Thomas Browne. Trajo el libro de la biblioteca y volvió a leer el pasaje:

«He aquí un buen ejemplo, que debemos a las observaciones de nuestro docto amigo el señor Graves, sobre un ídolo egipcio tallado en piedra imán que fue encontrado entre las momias; todavía conserva su poder de atracción, aun cuando, probablemente, fue extraído de la mina hace más de dos mil años».

Le atraía la rareza de la figura y su naturaleza tan parecida a la suya. Con un trozo de madera hizo un «mensajero» circular y sobre él fijó la pesada estatuilla, enviándola hacia la cometa voladora a lo largo de la palpitante cuerda.

CAPÍTULO XIII

LAS ALUCINACIONES DE ULANGA

Durante los últimos días, lady Arabella se había vuelto extremadamente impaciente. Sus deudas, siempre apremiantes, habían aumentado inquietantemente. Su única esperanza de conseguir una vida cómoda consistía en una buena boda. Pero el hombre en el que había puesto los ojos no parecía definirse lo suficientemente rápido, y, de hecho, no daba ninguna muestra de interés por ella. Edgar Caswall no era un pretendiente fogoso. Desde el principio le había parecido difícil y después de su lucha con Mimi Watford apenas había salido de su habitación. En aquella ocasión, lady Arabella le había mostrado, de manera inequívoca, cuáles eran sus sentimientos. Le había hablado, con una sinceridad mayor de lo que su orgullo le permitía, de su

deseo de ayudarlo y apoyarlo. El momento en que cruzó la habitación para ponerse al lado de él en su lucha mesmérica había sido el límite de su acción voluntaria. Sentía toda la amargura de no verlo venir hacia ella, y después de haber hecho semejante avance por su parte, le parecía que una nueva retirada de Edgar equivaldría, para una mujer de su clase, a un maldito insulto. ¿No se había colocado, acaso, junto a su servidor negro, ese incorregible salvaje? ¿No le había demostrado su preferencia en la fiesta de bienvenida? ¿No había...?

Lady Arabella era de sangre fría y estaba dispuesta a soportar la indiferencia, si era necesario, y hasta el insulto, con tal de convertirse en la señora de Castra Regis. Mientras tanto, no debía mostrar urgencia, era conveniente esperar. Ahora lo conocía, y podía adivinar sus intenciones con respecto a Lilla Watford. En posesión de ese secreto, podía ejercer cierta presión sobre Caswall, que este no podría evitar fácilmente. La gran dificultad estaba en acercarse a él. Se había encerrado en su Castillo, protegido por una muralla de convenciones sociales que ella no podía traspasar sin peligro de su reputación. Durante días y noches lady Arabella pensó en todo esto. Por último, decidió que la única manera de llegar hasta él era presentarse abiertamente en Castra Regis. Su rango y posición lo hacía posible, siempre que se tomaran las debidas precauciones. Luego podría explicar sus razones, si fuera necesario. Una vez solos, usaría sus artes y su experiencia para hacer que él mismo se comprometiera. Después de todo, no era más que un hombre, con la misma aversión de todos los hombres por las situaciones difíciles y embarazosas. Y ella tenía suficiente confianza en su propia femineidad como para saberse capaz de superar cualquier dificultad que pudiera surgir.

Desde «La arboleda de Diana» escuchaba todos los días el sonido del gong que, en Castra Regis, llamaba para el almuerzo. Sabía así cuál era la hora en que la servidumbre debía encontrarse en la parte trasera de la casa. Entraría a esa hora y, fingiendo no encontrar a nadie que la atendiera, lo buscaría en sus propias habitaciones. La torre, lo sabía, estaba alejada de los ruidos habituales de la casa, y además, la servidumbre tenía órdenes estrictas de no molestarle cuando estaba en su cámara de la torre. Había descubierto, en parte con la ayuda de unos gemelos de teatro y en parte gracias a las discretas preguntas que había hecho, que recientemente habían llevado y sacado de su habitación varias veces un pesado baúl, y que todas las noches permanecía en ella. Estaba segura de que tenía alguna importante tarea entre manos que le ocupaba la mayor parte del tiempo.

Mientras tanto, otro miembro de Castra Regis hacía sus propios planes, esperando obtener buenos resultados. Quienes están en la posición de sirvientes tienen infinidad de oportunidades de observar a sus superiores y formarse una opinión de ellos. Ulanga, a su modo, era un bribón hábil y sin escrúpulos, y sentía que todo lo que sucedía en esta gran casa podría servirle

algún día en provecho propio. Taimado, salvaje y sin escrúpulos, como era, los medios que concebía eran siempre deshonestos. Dándose cuenta de que lady Arabella preparaba una encerrona para su amo, se mantenía alerta ante el más ligero detalle que pudiera ampliar su conocimiento. Como los demás miembros de la casa, había sabido de las idas y venidas del gigantesco cofre, y se le había metido en la cabeza que las precauciones mostradas al transportarlo indicaban que estaba lleno de tesoros. Rondaba todo el tiempo las habitaciones de la torre, con la esperanza de hacer algún descubrimiento útil. Pero era tan prudente como furtivo, y se cuidaba muy bien de no ser visto por nadie.

Fue así como el negro se dio cuenta de la aventura de lady Arabella en la casa, cuando ella pensaba que nadie podía verla. Ulanga se cuidó muy bien de que las posiciones no se invirtieran. Más que nunca, mantenía abiertos sus ojos y oídos, y cerrada la boca. Viendo que lady Arabella se deslizaba por la escalera que conducía a la habitación de su amo, dio por supuesto que su presencia allí se debía a inconfesables designios, y por tanto redobló su atenta y prudente vigilancia.

Ulanga sufrió una decepción, pero no se atrevió a exteriorizar sus sentimientos para no traicionarse. De nuevo se escabulló silenciosamente escaleras abajo, y esperó su momento más favorable para seguir con sus planes. Se le había metido en la cabeza que el pesado cofre estaba lleno de tesoros y que lady Arabella había venido para intentar robarlos. Su intención de combinar esas dos ideas en su propio beneficio se le ocurriría más tarde. Ulanga siguió secretamente a la mujer hasta su casa. Experto en la materia, logró admirablemente sus propósitos en esta ocasión. La vio entrar en «La arboleda de Diana» por una puerta privada, y luego, tomando otro camino y ocultándose de su vista, la alcanzó, finalmente, en un paraje espeso de la Arboleda donde nadie podía verles.

Lady Arabella se sorprendió bastante. No había visto al negro en varios días y ya casi había olvidado su existencia. Ulanga se habría asustado de haber sabido, y haber sido capaz de comprender, la importancia real que la gente otorgaba a la belleza y al rango social, en comparación con el escaso valor que él concedía a estos asuntos. Sin duda, Ulanga tenía también sus sueños, como cualquier otro hombre. En tales casos, se veía a sí mismo como un joven dios del Sol, de una belleza como los ojos de ninguna mujer, blanca o negra, jamás habían contemplado. Había sido colmado de todas las cualidades nobles y cautivantes, o al menos las consideradas como tales en su África natal. Las mujeres, pensaba, lo amarían y se le declararían en la forma pública y fervorosa que era usual en los asuntos del corazón en las umbrosas profundidades de la selva de Costa de Oro.

Ulanga se acercó a lady Arabella, y con voz apagada, como correspondía a la importancia de su tarea y en deferencia al respeto que sentía por ella y por el

lugar, comenzó a hablarle de su amor. Lady Arabella no era por lo común una persona con sentido del humor, pero ningún hombre o mujer de raza blanca hubiera podido reprimir la risa que espontáneamente surgió de sus labios. Las circunstancias eran demasiado grotescas y el contraste demasiado violento como para evitar la hilaridad. El hombre, un espécimen envilecido y primitivo de una fealdad simplemente diabólica; la mujer, de rango elevado, bella y elegante. A Ulanga le habría bastado un solo instante de reflexión para darse cuenta de la ofensa que significaba a los ojos de ella su propuesta. Pero los instantes siguientes arrojaron nuevas y variadas luces sobre la afrenta. La indignación de lady Arabella era demasiado grande como para encolerizarse; sólo la burla o la sátira podían servirle para hacer frente a la situación. Su temperamento frío y cruel la ayudó, y no vaciló en someter a ese ignorante salvaje al despiadado sarcasmo de su desprecio.

Ulanga era confusamente consciente de que la mujer se estaba burlando de él, pero su ira no era menor a pesar de su ignorancia. Cedió, pues, a este sentimiento, como hubiera hecho una bestia torturada. Rechinó sus enormes dientes, se enfureció, palideció, y juró en idiomas bárbaros empleando imágenes también bárbaras. Lady Arabella pensó que era una suerte encontrarse lo suficientemente cerca para pedir ayuda, porque de otro modo el negro hubiera podido amenazarla con su brutal violencia, o incluso matarla.

—¿He entendido bien —dijo ella con frío desdén, mucho más efectivo para herir que la ardiente pasión— que está usted ofreciéndome su amor? ¿Su... amor?

Como respuesta, Ulanga inclinó la cabeza. El desprecio de su voz, dotada de una especie de silbido funesto, le sonó (y lo sintió) como un latigazo.

—¡Cómo se atreve! ¡Usted, un salvaje, un esclavo, el gusano más vil del mundo! ¡Cuidado! No concedo a su vida mayor importancia de la que concedería a la de una rata o una araña. No vuelva a mostrarme jamás su asqueroso rostro, o libraré a la Tierra de su presencia.

Y mientras hablaba, sacó un revólver y le apuntó con él. Ante la inmediata presencia de la muerte, su insolencia le abandonó y procuró excusarse débilmente. Su discurso fue breve, consistiendo apenas en unas palabras. Para lady Arabella no era más que un balbuceo incomprensible, pero en el dialecto del negro significaba amor, matrimonio, esposa. Por el tono de sus palabras era posible adivinar su significado, sobre todo para la rápida intuición de una mujer. Pero ella se negó a proseguir la conversación, al insistir Ulanga en repetir su cortejo, en el que se mezclaban las más burdas pasiones animales y las amenazas más ridículas. Le advirtió que estaba al corriente de sus intenciones de robar el tesoro de su amo, y que la sorprendería en el acto de hacerlo. Pero, si escogía ser suya, él compartiría sus tesoros con ella, y

vivirían rodeados de lujo en las selvas africanas. Si se negaba, él lo contaría todo a su amo, el cual la azotaría y torturaría, y después la entregaría a la policía, que la haría ejecutar.

CAPÍTULO XIV

UNA NUEVA BATALLA

Las consecuencias de este encuentro en la penumbra de «La arboleda de Diana» fueron duraderas y de mucho alcance, y no solamente para los dos implicados. De Ulanga era de esperar eso, conociendo su carácter. Para él había dos pasiones que eran inagotables e insaciables: la vanidad y aquella otra que se ha convenido en llamar amor. Ulanga abandonó la Arboleda con el corazón lleno de odio. Su deseo y su avidez se habían enardecido, mientras su orgullo había sido herido en lo más profundo. La fría naturaleza de lady Arabella la mantuvo en una relativa calma, aunque interiormente hervía de cólera. Más que nunca, estaba resuelta a poner a sus pies a Edgar Caswall. Los obstáculos que había encontrado y los insultos que había sufrido le bastaban para alimentar el deseo de revancha que la consumía.

Mientras recorría sus propias habitaciones en «La arboleda de Diana», volvió repetidamente al tema, y el rostro de Lilla Watford se le aparecía, todo el tiempo, como la solución al problema que la confundía: orientar los poderes de Caswall, y su misma existencia, al servicio de sus propios designios.

Recluida en su gabinete privado, se puso a redactar una esquela, preocupándose tanto del contenido que la destruyó y la volvió a escribir varias veces, hasta que su delicada papelería estuvo medio llena de hojas rotas de papel. Cuando quedó satisfecha, copió la misiva en la última hoja limpia que le quedaba y quemó cuidadosamente los fragmentos inutilizados. Luego colocó la carta en un sobre con escudo familiar, dirigido a Edgar Caswall en Castra Regis. Después, la envió con uno de sus criados. La carta decía:

Querido Sr. Caswall,

Deseo tener una conversación con usted sobre un tema que creo le interesará. ¿Querría tener la amabilidad de venir a buscarme un día de estos después de comer, digamos a las tres o las cuatro, para dar un paseo juntos? Solamente hasta Mercy Farm, donde quiero ver a Lilla y Mimi Watford. Podríamos tomar una taza de té en la Granja. No traiga con usted a su sirviente africano, porque me temo que su cara asustaría a las muchachas. Después de todo, nadie diría que es bello, ¿no es cierto? Creo que esta vez le complacerá su visita.

Atentamente, ARABELLA MARCH

A las tres y media del día siguiente, Edgar Caswall se presentó en «La arboleda de Diana». Lady Arabella salió a su encuentro al camino. Quería mantener a su servidumbre lo más alejada posible de su secreto. Cuando lo hubo alcanzado dio media vuelta y caminó a su lado en dirección a Mercy Farm, manteniendo el mismo paso los dos. Al aproximarse a Mercy, ella se volvió y miró en torno suyo esperando ver a Ulanga, o señales de su presencia. Sin embargo, no se le veía. Había recibido de su amo órdenes perentorias de mantenerse oculto, lo cual fue para el africano una nueva afrenta de ella. Encontraron a Lilla y Mimi en su casa, y aparentemente contentas de verlos, aunque ambas jóvenes se sorprendieron de esta visita, tan próxima a la anterior.

Lo que sucedió fue una repetición de la batalla mental de la anterior visita. En esta ocasión, sin embargo, ausente Ulanga, Edgar Caswall debía contentarse con la presencia de lady Arabella como único apoyo. A su vez a Mimi le faltaba el apoyo de Adam Salton, que le había prestado tan útil servicio anteriormente. Esta vez la lucha por la supremacía de las voluntades fue más larga y definitiva. Caswall sintió que si no lograba vencer, haría mejor en renunciar del todo a la idea. Así que utilizó todo su orgullo contra Mimi. Mientras esperaban que les abrieran la puerta, lady Arabella, en un súbito arranque, le había dicho en voz baja pero suficientemente convincente:

—Esta vez debe vencer usted. Mimi, después de todo, no es más que una mujer. No le muestre misericordia. Eso sería una debilidad. Luche con ella sin cuartel, golpéela, humíllela, mátelas si es necesario. Ella se ha interpuesto en su camino y la odio por eso. No le quite nunca los ojos de encima. Lilla no importa; tiene miedo de usted. Usted ya la domina. Mimi intentará que usted mire a su prima. Y eso puede significar la derrota. Si siente que ella comienza a doblegarlo, tome mi mano y apriétela lo más fuerte que pueda mientras sigue mirándola fijamente a los ojos. Si es demasiado fuerte para usted, intervendré yo. Provocaré algún incidente que sirva de distracción, y usted podrá retirarse invicto, aunque no victorioso. ¡Silencio! Aquí llegan.

Las dos muchachas vinieron juntas a abrir la puerta. Desde el oeste llegaron extraños sonidos procedentes del Brow. Se trataba de los crujidos y chasquidos de las cañas secas y los juncos de las tierras bajas. Había sido una estación excepcionalmente seca. El fuerte viento del este también contribuía enviando enormes bandadas de pájaros, especialmente palomas blancas con capuchón. No sólo se oía el ruido de las alas al volar, sino que sus arrullos eran también perfectamente audibles. Al provenir de semejante multitud de pájaros, estos sonidos, individualmente despreciables, evocaban el estruendo de una tormenta. Sorprendidos por esta afluencia de pájaros, a los cuales ya no estaban habituados desde hacía algún tiempo, dirigieron sus miradas hacia

Castra Regis, desde cuya elevada torre planeaba, como de costumbre, la gran cometa. Pero, según miraban, la cuerda se rompió y la gigantesca cometa cayó precipitadamente en una serie de rápidos picados. Su propio peso y la fuerza del aire que se le oponía y provocaba su elevación, combinados con la fuerte brisa del este, fueron demasiado para la larga cuerda que la sostenía.

En cierto sentido, el percance de la cometa dio una nueva esperanza a Mimi. Despojada de cualquier otra cuestión secundaria, la principal batalla sería en adelante más simple. Sentía en su corazón como si un acorde religioso la hubiese conmovido de nuevo. El regreso de las aves le había proporcionado un renovado valor, y una nueva seguridad en la victoria final. Después del suplicio del silencio, que todos padecieron durante tanto tiempo, cualquier nuevo hilo de pensamiento era casi recibido como una bendición del cielo. Como continuaba la afluencia de pájaros, golpeando con sus alas contra los crujientes juncos, lady Arabella palideció y estuvo a punto de desmayarse.

—¿Qué es eso? —preguntó súbitamente.

A Mimi, nacida y criada en Siam, el sonido le recordaba extrañamente, sólo que muy ampliado, al que producían los encantadores de serpientes.

Edgar Caswall fue el primero en recuperarse desde la interrupción por la caída de la cometa. En pocos minutos parecía haber recuperado del todo su sang-froid, y estaba dispuesto a regresar a su propósito original. Mimi también se recuperó rápidamente, pero por razones diferentes. Tenía la profunda convicción religiosa de que la lucha en la que estaba inmersa equivalía al eterno enfrentamiento entre el Bien y el Mal, y que el Bien triunfaría. La aparición de esas aves de níveo plumaje con sus capuchones de Santa Columba, reafirmó su impresión. Con esta fuerte convicción prosiguió el extraño combate con renovado vigor. Parecía ser capaz de dominar a Caswall, y de enviarlo de vuelta al lugar en donde se encontraron. Una vez más sus vigorosos pases lo condujeron hasta la puerta. Cuando se disponía a salir, lady Arabella, que había estado mirándolo fijamente, lo tomó de la mano e intentó detener su retirada. Su ayuda, sin embargo, no sirvió de nada, y los dos juntos salieron cogidos de la mano. En ese momento, la extraña música que tanto había alarmado a lady Arabella se detuvo repentinamente, y las dos primas miraron instintivamente hacia Castra Regis y vieron que los obreros habían reparado la cometa, la cual se había vuelto a elevar y empezaba a planear en la misma posición que antes.

Mientras contemplaban la reaparición de la cometa, la puerta se abrió y entró en la habitación Michael Watford. Para entonces las dos habían recuperado ya el dominio de sí mismas, y nada de extraordinario hubiera podido llamar la atención del anciano. Al entrar, sintió concentradas sobre él las inquisitivas miradas de las muchachas y dijo:

—Esta nueva invasión de pájaros no es más que la inmigración anual de palomas procedentes de África. Me han dicho que pronto terminará.

La segunda victoria de Mimi Watford ensombreció a Edgar Caswall más que nunca. Se encerró en sí mismo, y esto, unido a su absorbente interés en asegurar la victoria de sus poderes mesméricos, le llevó a tramar un vasto plan de revancha. El principal objetivo de su animosidad era, por supuesto, Mimi, cuya voluntad le había vencido. Pero también incluía, en mayor o menor grado, a todos aquellos que se le habían enfrentado. Lilla seguía a Mimi en su odio; Lilla, esa joven inofensiva y compasiva, cuyo corazón estaba tan lleno de amor por todas las cosas que en él no tenían cabida las demás pasiones de la vida corriente; cuya naturaleza se asemejaba a las palomas de Santa Columba, tanto por el color de la ropa como por la apariencia de su cuerpo. Adam Salton venía después, pero muy distanciado. Contra él no tenía Caswall ninguna animosidad directa. Lo consideraba un obstáculo, una dificultad de la que es preciso desembarazarse o que hay que destruir. El joven australiano había sido tan discreto que lo único que tenía contra él era su conocimiento de todo lo ocurrido. Caswall no le comprendía, y, para un temperamento como el suyo, la ignorancia era motivo suficiente de alarma o temor.

Caswall retomó su costumbre de contemplar la gran cometa tirando de la cuerda, alternando esa ocupación con un registro adicional de los misteriosos tesoros de la casa, especialmente el cofre de Mesmer. Se solía sentar en el tejado de la torre, rumiando su contrariada pasión. La vasta extensión de sus posesiones, visible desde esa altura, hubiera podido devolverle —pensaría alguno— parte de su antigua complacencia. Pero la misma extensión de su propiedad, aunque él no hubiera contribuido a formarla, le creó un nuevo sentimiento de agravio. ¿Cómo era posible, pensaba él, que teniendo a su disposición tantas cosas que otros envidiaban, no pudiera llevar a cabo el más querido deseo de su corazón?

En ese estado de depravación intelectual y moral, encontró un alivio en la continuación de sus experimentos sobre los poderes mecánicos de la cometa. Durante dos semanas no volvió a ver a lady Arabella, que estaba todo el tiempo al acecho de alguna oportunidad de encontrarse con él, ni a las Watford, que premeditadamente se apartaban de su camino. Adam Salton simplemente dejaba pasar el tiempo, manteniéndose listo para actuar contra quienquiera que molestara a sus amigas. Visitó la granja y escuchó de labios de Mimi el relato de la última batalla de voluntades. Su única reacción fue encargar a Ross varias mangostas más, incluyendo una segunda matadora de cobras, que generalmente llevaba consigo en su caja adondequiera que fuese.

Los experimentos de Caswall con la cometa prosiguieron con éxito. Cada día trataba de elevar objetos más pesados, y notaba que la máquina tenía una sensibilidad propia, que iba en aumento con los obstáculos que se le ponían.

Ahora la cometa flotaba en el cielo a una gran altura. Como el viento soplaba regularmente del norte, la dirección de la cometa era hacia el sur. A lo largo del día se enviaban hacia arriba mensajeros de peso cada vez mayor. Algunos eran de papel o cartón delgado, cuando no de cuero y otros materiales flexibles. El gran peso del que colgaba la cometa formaba sobre la cuerda una gran curva cóncava, por lo que los mensajeros al ascender producían un ruido como de batido de alas. Si se posaba un dedo sobre la cuerda, se oía una especie de intermitente murmullo sepulcral como respuesta al aleteo de los mensajeros. Edgar Caswall, que ahora estaba completamente obsesionado por la cometa y todo lo relativo a ella, encontró una inequívoca semejanza entre ese intermitente retumbo y la música para encantar serpientes producida por las palomas al volar a través de las reseca cañas.

Un día hizo un descubrimiento en el cofre de Mesmer, que pensó le sería útil en lo tocante a los mensajeros. Era un largo trozo de alambre «fino como un cabello humano», enrollado alrededor de un disco finamente trabajado, que corría libremente y con gran ligereza hasta una distancia prodigiosa. Caswall intentó utilizarlo para sus mensajeros y descubrió que funcionaba a la perfección. Funcionaba igual de bien si el mensajero iba solo que si llevaba algún objeto mucho más pesado que él mismo. Además, era lo bastante resistente y ligero como para tirar del mensajero sin que el aumento de tensión fuera excesivo. Lo probó varias veces con éxito, pero al llegar la noche le resultaba difícil distinguir al mensajero. Así que buscó algo que fuera lo bastante pesado como para mantenerlo inmóvil. La solución fue la estatuilla egipcia de Bes, cuya repisa de madera, que la protegía, envolvió con el fino alambre. Entonces, como la oscuridad se había adueñado del entorno, olvidó todo el asunto y regresó a sus habitaciones.

Esa noche experimentó una extraña sensación de desazón, que no era insomnio, porque parecía consciente de estar dormido. Se levantó al amanecer y, como era su costumbre, se asomó a la ventana para contemplar la cometa. Al no verla en su posición habitual sobre el cielo, la buscó en todas las direcciones de la brújula. Su asombro fue grande cuando al poco rato vio a la desaparecida cometa forcejeando como de costumbre contra la cuerda que la controlaba. Se había ido a la esquina más lejana de la torre y ahora planeaba hacia el norte, tirando de la cuerda contra la dirección del viento. Tan extraño le pareció que determinó examinar el fenómeno y no decir nada entretanto.

En sus muchos viajes, Edgar Caswall se había acostumbrado a usar el sextante, y ahora era un experto en la materia. Con la ayuda de este y otros instrumentos, estuvo en condiciones de fijar la posición de la cometa y el lugar desde donde planeaba. Y le sorprendió descubrir que —en la medida que pudo comprobarlo— la cometa estaba exactamente debajo de «La arboleda de Diana». Su primera reacción fue un impulso de confiar a lady Arabella lo que

estaba sucediendo, pero se lo pensó mejor y sabiamente se abstuvo. Por alguna razón que ni él mismo trató de explicarse, se alegró de su silencio cuando, a la mañana siguiente, descubrió al mirar a la cometa que el lugar desde donde ahora revoloteaba era Mercy Farm. Cuando lo verificó con sus instrumentos, se sentó frente a la ventana de la torre para reflexionar sin dejar de observar a aquella. La nueva localización era más de su agrado que la otra; pero el porqué de ello le confundía a pesar de todo. El resto del día lo pasó en la habitación de la torre, que no abandonó para nada en toda la jornada. Le parecía estar siendo arrastrado por fuerzas que no podía controlar —o que en realidad desconocía— en una dirección incomprensible y contraria a su propia voluntad. En su cabal e impotente incapacidad para resolver el problema satisfactoriamente, llamó a un sirviente y le ordenó que hiciera venir inmediatamente a Ulanga a la habitación de la torre. La respuesta que recibió fue que el africano no había sido visto desde la noche anterior.

Caswall se había vuelto tan irritable que aun ese hecho sin importancia lo trastornó por completo. Como estaba distraído y quería hablar con alguien, mandó llamar a Simón Chester, que vino inmediatamente, casi sin aliento por la prisa y trastornado por lo inesperado de la llamada. Caswall le ordenó sentarse y, cuando se hubo tranquilizado un poco, le preguntó de nuevo si había visto el contenido del cofre de Mesmer o había oído hablar de él. Chester admitió que en una ocasión, en tiempos del «señor Edgar de entonces», había visto el cofre abierto, y conociendo de oídas su historia y adivinando el resto, se trastornó tanto que sufrió un desvanecimiento. Cuando se recuperó, el cofre estaba cerrado. Desde aquel día, el «señor Edgar de entonces» nunca había vuelto a hablar de él.

Cuando Caswall le pidió que le describiera lo que había visto en el cofre abierto, Chester se agitó, y, pese a todos sus esfuerzos por conservar la calma, perdió súbitamente el conocimiento. Caswall llamó a sus sirvientes, que aplicaron al anciano los remedios acostumbrados. Sin embargo, el pobre Simón Chester no se recuperaba. Después de un buen rato, hizo su aparición el médico que habían hecho venir. Le bastó una ojeada para dictaminar su diagnóstico. Con todo, se arrodilló junto al anciano, lo examinó cuidadosamente y, volviéndose a poner de pie, dijo con voz ahogada:

—Lamento decirle, señor, que este hombre ha muerto.

CAPÍTULO XV

SOBRE LA PISTA

Los que habían visto regularmente a Edgar Caswall desde su llegada, y habían estimado su sangre fría como algo verdaderamente valioso, quedaron sorprendidos al verlo tomar tan a pecho la muerte del viejo Chester. En realidad, ninguno de ellos había entendido correctamente su carácter. Los más pensaban que el dolor que sentía era el de un amo por cualquier viejo y fiel servidor de su familia. Pocos pensaron que era simplemente la expresión egoísta de su frustración por la pérdida del único superviviente de un interesante período de la historia de su familia, condenado para siempre al misterio. Caswall sabía lo suficiente sobre la vida de su antepasado en París como para desear conocer más a fondo el resto. El período cubierto por la vida de su antepasado en París fue de esos capaces de suscitar cualquier clase de curiosidad.

Lady Arabella, que tenía sus propios planes a realizar, utilizó el métier de amiga compasiva para visitar regularmente al hombre que quería asegurarse. La primera vez que puso en práctica su idea fue el día siguiente a la muerte del viejo Chester. Realmente, en cuanto la noticia se filtró por la puerta de servicio de «La arboleda de Diana». Durante el encuentro, ella desempeñó tan bien su papel que impresionó a Caswall, a pesar de su frialdad de carácter.

Ulanga fue el único a quien no engañaron los sentimientos de lady Arabella. En lo emocional, como en otras cosas, Ulanga era eminentemente práctico, y no podía entender otro sentimiento de pena que el derivado de su propia aflicción, dolor, o falta de dinero. No entraba en sus esquemas mentales que nadie pudiera simular tales emociones sin estar movido por propósitos engañosos. Pensó que había vuelto a Castra Regis con el fin de robar algo, y se prometió en esta ocasión no desaprovechar la oportunidad de utilizar su ventaja sobre ella. Sabía, por lo tanto, que era la ocasión para extremar los cuidados en la vigilancia de todo cuanto sucediera. Desde que llegó a la conclusión de que lady Arabella se proponía robar el tesoro del cofre, comenzó a atribuir similares designios prácticamente a todos, e insistió en la vigilancia de personas y lugares sospechosos. Como Adam estaba ocupado en sus propias investigaciones acerca de lady Arabella, era natural que en algún punto se cruzaran las pistas de ambos. Eso fue lo que realmente ocurrió.

Adam había ido muy temprano por la mañana a inspeccionar el lugar que le interesaba, llevando consigo la mangosta dentro de su caja. Llegó junto a la verja de entrada a «La arboleda de Diana» cuando lady Arabella se preparaba para salir en dirección a Castra Regis, a cumplir lo que ella consideraba su misión de condolencia. Viendo por la ventana que Adam se paseaba entre las sombras de los árboles que rodeaban la verja, pensó que debía de albergar propósitos similares a los suyos. Por eso, terminó rápidamente de acicalarse, salió silenciosamente de la casa, y, recurriendo a cualquier sombra u objeto que pudiera ocultarla, siguió al joven en su paseo.

Ulanga, experto en seguir huellas, iba detrás de ella, y ocultaba sus movimientos mucho mejor. Vio que Adam llevaba sobre el hombro una misteriosa caja, y la imaginó llena de objetos valiosos. Le confirmó en su idea el hecho de que lady Arabella siguiera a Adam secretamente. Estaba obsesionado con que ella intentaría robar y pensó que ahora estaría haciendo uso de esta nueva oportunidad.

En su marcha, Adam llegó hasta las tierras de Castra Regis, seguido furtivamente por lady Arabella. Ulanga tenía miedo de acercarse más porque ahora podían descubrirle. Cuando se dio cuenta de que lady Arabella se dirigía al castillo, se dedicó a seguirla con un solo propósito. Por eso no advirtió que Adam cambiaba de rumbo y volvía al camino principal.

Aquella noche Edgar Caswall había dormido mal. El trágico acontecimiento del día no se le apartó de la mente, y lo mantuvo despierto y pensativo. Después de un rápido desayuno, se sentó frente a la ventana abierta, contemplando la cometa y pensando en distintas cosas. Desde su habitación podía ver toda la vecindad, pero los dos lugares que más le interesaban eran Mercy Farm y «La arboleda de Diana». Al principio, las actividades en esos dos sitios eran bastante humildes: tareas domésticas y agrícolas, apertura de puertas y ventanas, cepillado y barrido, y generalmente la restauración del orden habitual.

Desde su ventana, cuya altura le ocultaba de la observación de los demás, se dio cuenta de la presencia, en sus tierras, de las tres personas que se aproximaban. De pronto, el grupo se separó: Adam Salton tomó una dirección y lady Arabella, seguida por el negro, tomó otra. Después Ulanga desapareció entre los árboles, aunque Caswall podía ver que todavía estaba espionando. Lady Arabella, después de mirar en torno suyo, se deslizó por la puerta abierta del Castillo, y, por supuesto, quedó fuera de su campo visual.

Sin embargo, al poco rato, escuchó un ligero golpe en la puerta, la cual se abrió lentamente para dejar pasar a lady Arabella, cuyo vestido blanco fue, en la semipenumbra, como un destello de sol.

CAPÍTULO XVI

UNA VISITA DE CONDOLENCIA

Caswall quedó sinceramente sorprendido cuando vio a lady Arabella, aun cuando no tenía motivos para ello después de lo ocurrido entre ambos. La expresión de sorpresa en su rostro fue mucho mayor de lo que lady Arabella esperaba, y aunque creía estar preparada para enfrentarse con cualquier cosa,

quedó paralizada de asombro. Pese a su sangre fría y a su habilidad para salir airoso de cualquier emergencia, estaba perpleja y no podía reaccionar. Sin embargo, era una mujer animosa y empezó a hablar en seguida, aunque no tuviera la menor idea de lo que iba a decir.

—He venido a presentarle mi más sincera condolencia por la aflicción que acaba de experimentar tan recientemente.

—¿Qué aflicción? Me temo que debo de ser un estúpido, pero no comprendo lo que me dice.

Sintiendo que había perdido su ventaja inicial, lady Arabella vaciló.

—Me refería al anciano que murió tan repentinamente, vuestro viejo... servidor.

El rostro de Caswall perdió algo de su perpleja concentración.

—¡Bah! Era sólo un criado. ¡Y tenía más de noventa años!

—Sin embargo, siendo un viejo servidor...

Las palabras de Caswall no fueron tan frías como la entonación de su voz.

—Nunca me he inmiscuido en la vida de mis servidores. Lo conservé simplemente porque hacía mucho tiempo que formaba parte de la heredad. Me imagino que el mayordomo no lo despidió por miedo a hacerse impopular.

¿Cómo diablos iba a proseguir ella la tarea que se había propuesto, si la conversación tomaba esos derroteros? En consecuencia, ensayó inmediatamente otra táctica, esta vez personal.

—Lamento haberle molestado. Respeto las convenciones, aunque ciertamente no soy esclava de ellas. De todos modos, hay límites... es bastante impropio introducirse de esta manera en la casa de otro y no sé qué puede usted decir o pensar de la hora elegida para la intrusión.

Después de todo, Edgar Caswall era un caballero, por costumbre y educación, así es que se sintió con fuerzas para la ocasión.

—Solamente puedo decirle, lady Arabella, que usted es siempre bienvenida, sea cual fuere el momento en que se digne honrar mi casa con su presencia.

Ella le sonrió dulcemente.

—Muchas gracias. Usted sabe cómo hacer para que una mujer se sienta cómoda en su presencia. Mi infracción de las convenciones me alegra en lugar de pesarme. Siento que puedo abrirle mi corazón.

Inmediatamente procedió a hablarle de Ulanga y de sus extrañas sospechas

acerca de su honradez. Caswall rio de buena gana y le hizo explicar todos los detalles. Su comentario final fue revelador.

—Permítame que le dé un consejo: si tiene la más insignificante falta que reprocharle a ese negro infernal, mátelo en cuanto lo vea. Un negro soberbio, con una idea fija en la mente, es una de las peores dificultades con que se puede uno enfrentar. ¡Por eso lo mejor es hacer un trabajo limpio y destruirlo de una vez!

—Pero, señor Caswall, ¿y la ley?

—¡Oh! A la ley no le preocupa demasiado la muerte de negros. Unos pocos más o menos, no importa. Para mí sería más bien un alivio.

—Usted me da miedo —fue el único comentario de lady Arabella, pronunciado con una dulce sonrisa y una voz suave.

—De acuerdo —dijo él—, dejémoslo así. De cualquier modo, nos libraremos de uno de ellos.

—No me gustan los negros más que a usted —replicó lady Arabella— y supongo que no hay que complicar las cosas porque uno de ellos desaparezca.

Después, cambiando el tono de voz y su expresión, le dijo afablemente:

—Y ahora dígame si estoy perdonada.

—Lo está mi querida señora, si es que había algo que perdonar.

Mientras hablaba, Caswall vio que lady Arabella se aprestaba a partir y fue con ella hasta la puerta, acompañándola escaleras abajo de la manera más natural. Atravesó con ella el hall de entrada y descendió por la avenida. Mientras Caswall regresaba a casa, ella sonrió interiormente.

—Bueno, todo ha salido a pedir de boca. No creo que la mañana haya sido enteramente desperdiciada.

Y caminó lentamente de vuelta a «La arboleda de Diana».

Adam Salton recorría el Brow y refrescaba su memoria a propósito de los diferentes lugares que rodeaban la propiedad de su tío. Volvió a Lesser Hill en el momento en que sir Nathaniel empezaba a almorzar. El señor Salton se había ido a Walsall para una cita previa, así es que estaba solo. Cuando finalizó la comida, viendo en la cara de Adam que tenía algo que decirle, lo siguió hasta el estudio y cerró la puerta.

Cuando los dos hombres hubieron encendido sus pipas, sir Nathaniel comenzó:

—He recordado un hecho interesante relativo a «La arboleda de Diana». Se trata de un extraño misterio sobre esta casa, del que tuve conocimiento hace

mucho. Puede ser de algún interés, o por el contrario trivial, en este embrollo tan complejo que estamos intentando desenredar.

—Por favor, cuénteme todo lo que sepa o sospeche. Para empezar, ¿de qué naturaleza es el misterio? ¿Física, mental, moral, histórica, científica, sobrenatural? Cualquier tipo de pista me ayudará.

—Muy bien. Procuraré contarle lo que pienso; pero debo advertirle que no he conseguido ordenar lógicamente mis idas, y tendrá que perdonarme el posible desorden del relato. Imagino que usted ya conoce la casa de «La arboleda de Diana».

—Solamente el exterior; pero la tengo bien presente y puedo guardar en mi memoria cualquier cosa que usted mencione.

—La casa es muy vieja; probablemente ya existía en tiempos de los romanos. Evidentemente fue restaurada, quizá varias veces, en épocas posteriores. Se sabe que la casa estaba ya cuando Mercia era un reino independiente, y no creo que los cimientos sean posteriores a la conquista normanda. Hace algunos años, cuando era presidente de la Sociedad Arqueológica de Mercia, la examiné cuidadosamente. El capitán March acababa de comprarla, y la casa había sido restaurada de nuevo, para acomodarla a los gustos de su esposa. Los cimientos eran muy sólidos, casi tan sólidos y pesados como los de una fortaleza. En ellos había toda una serie de habitaciones subterráneas. Una de ellas me impresionó en particular. Era de considerables dimensiones y de albañilería maciza. En el centro había un pozo, abierto a ras del suelo, y evidentemente profundo. No había polea, ni rastro de que la hubiera habido; ni cuerda, ni nada. Sabido es que los romanos cavaban pozos muy profundos, de los que extraían el agua con una cuerda hecha de trapos viejos. En Woodhull se encontró una que medía cerca de trescientos metros. Aquí, sin embargo, solamente teníamos el agujero del pozo enormemente profundo. La puerta de la habitación era maciza y tenía una cerradura de casi treinta centímetros cuadrados. Evidentemente estaba destinada a proteger de alguna manera a alguien o algo; pero en aquellos días no se supo de nadie que hubiera visto la habitación. Todo esto viene à propos de una idea que se me había ocurrido: el pozo era la vía de entrada y salida del Gusano Blanco, si es que existió. En aquella época pretendí hacer investigaciones, incluso excavaciones si era necesario, costeándomelas yo mismo, pero todas mis sugerencias recibieron una pronta y explícita negativa. Por supuesto, no seguí con el asunto. Después, todo el episodio fue borrándose de las memorias, inclusive de la mía.

—¿Recuerda, señor —preguntó Adam—, el aspecto de la habitación donde estaba el agujero del pozo? ¿Había muebles o algún tipo de objeto en ella?

—Lo único que recuerdo es una especie de luz verde, muy brumosa y

mortecina, que provenía del pozo. No era una luz fija, sino intermitente e irregular, y no se parecía a nada conocido.

—¿Recuerda usted cómo llegó a esa habitación del pozo? ¿Se entraba por una puerta desde el exterior o desde otra habitación o corredor interior?

—Me parece que era una habitación a la que se llegaba por un pasadizo. También recuerdo haber descendido algunos escalones muy empinados. Estaban muy desgastados, por el uso o algo por el estilo, porque difícilmente podía mantener mis pies mientras descendía. En uno de ellos tropecé y casi me caí en el pozo.

—¿Había algo raro en ese lugar? ¿Un olor extraño, por ejemplo?

—¿Olor extraño? ¡Sí! Parecido al de la bodega de un barco o al de un pantano putrefacto. Era inequívocamente nauseabundo; estuve a punto de descomponerme y vomitar. Procuraré repasar mentalmente aquella visita por si puedo recordar algo más de lo que vi o sentí.

—De acuerdo, señor; espero que al final del día me contará todo lo que tenga ocasión de recordar.

—Estaré encantado, Adam. Si por entonces su tío no ha regresado, nos volveremos a encontrar en el estudio después de cenar para continuar esta interesante conversación.

CAPÍTULO XVII

EL MISTERIO DE «LA ARBOLEDA»

Aquella tarde, Adam decidió hacer una pequeña exploración. Mientras atravesaba los bosques situados frente a la verja de «La arboleda de Diana», creyó ver por un instante la cara del africano. Por tanto se adentró más en la maleza y siguió una ruta paralela a la avenida de la casa. Le alegró comprobar que no había obreros ni sirvientes, porque no quería que la gente de lady Arabella lo encontrara vagando por sus tierras. Aprovechando la espesura de los árboles, se acercó a la casa y la bordeó. Sus esfuerzos fueron recompensados, porque en la parte más alejada de la casa, cerca de donde caía a pico la pared rocosa del acantilado, vio a Ulanga agachado detrás del irregular tronco de un enorme roble. El hombre estaba tan concentrado en la vigilancia de alguien, o algo, que no se daba cuenta de que era a su vez vigilado. Esto favoreció a Adam, pues le permitió escudriñar a discreción.

El espeso bosque proyectaba una tupida sombra, aunque la mayoría de los árboles eran de pequeño grosor. El abrupto declive frente al que crecían los

árboles detrás de los cuales acechaba el africano, estaba casi en la oscuridad. Adam se acercó todo lo que pudo y se asombró al ver una mancha de luz en el terreno que había ante él. Cuando se dio cuenta de lo que era, más decidido estuvo a proseguir, a toda costa, su investigación. El negro tenía en la mano una linterna sorda, y dirigía la luz hacia la parte más baja de la escarpada pendiente. El deslumbrante fulgor reveló la existencia de unos tramos de escaleras de piedra, que terminaban en una pesada puerta de hierro, situada por debajo del nivel de la casa, sobre la pared de piedra de sus cimientos. Todas las cosas extrañas que sir Nathaniel le había contado, y todas las que él mismo había observado, pequeñas o grandes, se arremolinaron en su cerebro de forma caótica. Instintivamente se refugió detrás del grueso tronco de un roble, para poder observar sin ser visto lo que sucedía en la casa.

Después de un rato, se hizo evidente que el propósito del africano era descubrir lo que se escondía tras la pesada puerta. No había forma de espiar el interior, porque la puerta estaba herméticamente ajustada a sus goznes de piedra maciza. La luz sólo podía penetrar en el interior a través de una ranura entre las grandes losas del dintel. Pero ese agujero estaba demasiado alto, como para mirar a su través desde el nivel del suelo. Ulanga, elevándose sobre la punta de sus pies y sosteniendo la linterna lo más alta que pudo, dirigió la luz hacia el marco de la puerta, buscando alguna otra grieta o agujero en el metal, a través del cual pudiera echar una ojeada. Fracasado su intento, trajo del bosque una tabla de madera, que apoyó contra el dintel de la puerta, y trepó por ella con gran destreza. Pero aquello tampoco le llevó lo suficientemente cerca de la ranura como para permitirle mirar, ni siquiera dirigir la luz de la linterna a través de ella. Entonces descendió y volvió a llevar la tabla al lugar de donde la había cogido. Luego, se ocultó cerca de la puerta de hierro, intentando manifiestamente permanecer allí hasta que alguien pasara por el lugar. Al poco rato, lady Arabella se aproximó a la puerta, desplazándose silenciosamente en la penumbra. Cuando Ulanga la vio tan cerca de él que podía tocarla, dio un paso hacia delante abandonando su escondite, y habló en un susurro, que a través de las tinieblas sonó como un silbido.

—Quisiera hablar con usted, señita, ahora mismo y en secreto.

—¿Qué quieres?

—Usted lo sabe muy bien, señita, ya se lo dije.

Ella lo miró echando chispas por los ojos, que por su color verde refulgían como esmeraldas.

—Nada de eso. Si tienes algo sensato que decirme, me encontrarás en este mismo lugar a las siete en punto.

El negro no replicó con palabras, pero, juntando las palmas de las manos, se inclinó poco a poco hasta tocar con la frente el suelo. Después se irguió y se alejó silenciosamente.

Adam Salton vio la escena desde su escondite y quedó muy sorprendido. Al cabo de pocos minutos, abandonó el lugar y regresó a Lesser Hill, decidido a volver a las siete en punto a «La arboleda de Diana» para asistir, escondido, al nuevo encuentro entre lady Arabella y el negro.

Un poco antes de las siete, Adam salió furtivamente de la casa y tomó el camino de regreso a la parte trasera de «La arboleda de Diana». El lugar parecía silencioso y desierto, lo que aprovechó para esconderse más cerca del sitio en donde había visto a Ulanga tratando de descubrir lo que se ocultaba tras la puerta de hierro. Esperó, completamente quieto, y finalmente vio como un destello blanco atravesando silenciosamente la maleza. No se sorprendió de reconocer el color del vestido de lady Arabella. La mujer se acercó y se detuvo frente a la puerta de hierro, como esperando. De algún escondite cercano apareció Ulanga y se aproximó a la mujer. Adam advirtió, con divertida sorpresa, que llevaba al hombro la caja de la mangosta. Naturalmente, el africano no sabía que estaba siendo espiado, y menos aún por el hombre al que había robado.

Pese a sus andares silenciosos, lady Arabella le oyó llegar y se dio la vuelta para encontrarse con él. Era difícil distinguirlo en la oscuridad, pues, como de costumbre, vestía completamente de negro, a excepción del cuello de la camisa y los puños, de un blanco reluciente. Lady Arabella inició la conversación:

—¿Qué quieres de mí? ¿Robarme o matarme?

—No, ¡quiero amarla!

La respuesta la estremeció un poco, por lo que procuró cambiar el tono de la conversación.

—¿Es un ataúd eso que llevas al hombro? Si es así, estás perdiendo el tiempo. No podría contenerme.

Cuando un negro imagina que se están riendo de él, toda la ferocidad de su naturaleza aflora a la superficie; y este hombre era de la peor especie.

—No es el ataúd de «naide». Esa caja es pa usted. Algo que le gustará. Se la regalo.

Interesada en apartarlo del tema de ese amor insensato que, según ella creía, le había quitado la razón, lady Arabella hizo un nuevo esfuerzo por ocupar su mente con otra cosa.

—¿Es esa la razón por la que quieres verme? —él asintió—. Entonces ven

por la otra puerta. Pero en silencio. No deseo ser vista cerca de mi propia casa conversando con un... un negro como tú.

Eligió la palabra deliberadamente. Deseaba combatir la pasión de Ulanga de otra manera. En todo caso, eso le ayudaría a mantenerse tranquilo. En las profundas tinieblas que los rodeaban, ella no podía ver la cólera que encendía el rostro del negro. Ojos desorbitados y rechinar de dientes son, sin embargo, suficientes muestras de cólera, aun en la oscuridad. Lady Arabella rodeó la casa por la derecha. Ulanga la siguió hasta que ella le detuvo alzando la mano.

—No, por esa puerta no —dijo—, no es para negros. La otra puerta será suficiente para ti.

Lady Arabella tomó una pequeña llave que pendía de la cadena de su reloj, y se dirigió hacia una pequeña puerta, a muy baja altura, situada a la vuelta de la esquina sobre un suave declive en la cima del Brow. Ulanga, obediente a su gesto, regresó a la puerta de hierro. Adam miró cuidadosamente la caja de la mangosta que el africano llevaba consigo, y se alegró al notar que estaba intacta. Al mismo tiempo, palpó inconscientemente la llave de la caja, que llevaba en el bolsillo del chaleco. Cuando Ulanga desapareció de la vista, Adam corrió hacia lady Arabella.

CAPÍTULO XVIII

EL FIN DE ULANGA

La mujer giró velozmente cuando Adam le tocó el hombro.

—Ahora que estamos solos, permítame aconsejarle que desconfíe del negro —murmuró él.

La respuesta de lady Arabella fue seca y cortante.

—Lo hago.

—Hombre prevenido vale por dos. Cuénteme si lo desea; es por su propia seguridad personal. ¿Por qué desconfía de él?

—Amigo mío, no tiene usted idea de la insolencia de ese hombre. ¿Creeríais que me ha propuesto casarme con él?

—¡No! —dijo Adam incrédulamente, divertido a su pesar.

—Sí, y quería sobornarme para que consintiera, compartiendo conmigo el cofre robado al señor Caswall, que él cree lleno de tesoros. ¿Por qué desconfía usted de él, señor Salton?

—¿Vio usted esa caja que lleva al hombro? Es mía. La dejé en la sala de armas cuando me fui a comer. Debe de haber entrado furtivamente para robarla. Sin duda cree, también, que está llena de tesoros.

—¡Lo cree, ciertamente!

—¿Cómo diablos puede usted saberlo? —preguntó Adam.

—Acaba de ofrecérmela como regalo; otro soborno para que le acepte. ¡Puf!, me da vergüenza decirle todo esto. ¡El muy animal!

Mientras hablaban, lady Arabella abrió la angosta puerta de hierro. Se conservaba bastante bien pues se abría con facilidad y volvía a cerrarse herméticamente sin hacer ruido de ningún tipo. El interior estaba a oscuras, pero lady Arabella entró sin vacilaciones ni recelos como si lo iluminara la luz del día. Bastó un reflejo verde, cuya fuente no podía percibir, para que Adam advirtiera la presencia de una escalera de piedra sólida que conducía hacia arriba. Lady Arabella cerró la puerta detrás de ella, y comenzó a ascender los escalones ligera y velozmente. Durante un instante todo estuvo en tinieblas. Después volvió la mortecina luz verde de antes, permitiéndole distinguir los contornos de las cosas. Otra puerta de hierro, angosta como la primera y bastante alta, conducía a una habitación bastante espaciosa, cuyas paredes eran de piedras enormes, tan finamente ajustadas entre sí que presentaban una superficie prácticamente lisa al tacto. Daba la impresión de que estas paredes habían sido pulidas alguna vez. En el lado opuesto, tan lisa como las paredes, aparecía otra puerta de hierro, ancha pero poco elevada. Allí había un poco más de luz, gracias a una abertura practicada en la parte superior, que daba al exterior.

Lady Arabella tomó de su cinturón otra llave pequeña, que insertó en la cerradura de un inmenso candado. Los grandes cerrojos giraron silenciosamente y la puerta de hierro se abrió. Afuera, sobre los escalones de piedra, esperaba Ulanga, con la caja de la mangosta al hombro. Lady Arabella se detuvo un momento a un lado de la puerta, y el africano, interpretando el gesto como una invitación, entró servilmente. Sin embargo, cuando estuvo en el interior, miró a su alrededor con inquietud.

—Mucha muerte aquí; por todo lo grande. Muchas muertes. ¡Bien! ¡Bien!

El negro olfateó a su alrededor como si saboreara el olor. El tono y el significado de sus palabras habían sido tan inquietantes que, instintivamente, Adam llevó su mano al revólver que traía consigo y, con el dedo en el gatillo, esperó, satisfecho de estar preparado para cualquier emergencia.

El placer que aparentemente expresaba el negro tenía su razón de ser. La boca de un pozo abierto, que estaba prácticamente debajo de sus narices, despedía tal hedor que Adam estuvo a punto de descomponerse, aunque a lady

Arabella no parecía afectarla. Jamás había sentido Adam un olor semejante en toda su vida. Lo comparó con otros olores nocivos que había conocido: el drenaje de los hospitales de campaña, los mataderos, los despojos de las salas de disección. Ninguno de ellos se parecía, aunque tenía algo de todos con el añadido de la agrura de los desechos químicos y los efluvios venenosos de las sentinas de los barcos inundados, repletas de miles de ratas ahogadas.

Inesperadamente, el negro se dio cuenta de la presencia de una tercera persona: Adam Salton. Sacó una pistola y le disparó, fallando, afortunadamente. Adam era normalmente un tirador rápido pero esta vez se había distraído y no estaba listo. Sin embargo, era rápido en decidirse y no le faltaba valor. Al momento, los dos hombres se enzarzaron en una lucha. A su lado se abría el oscuro agujero del pozo, de cuyas misteriosas profundidades emanaban esos horribles efluvios.

Adam y Ulanga llevaban pistola. Lady Arabella no la llevaba, aunque, al menos en teoría era la más diestra en tiro de los tres. Pero como tenía un gran deseo de intervenir en la lucha, lo hizo de otra forma. Deslizándose hacia ellos, intentó agarrar al africano; pero él consiguió librarse de sus manos, estando a punto, al hacerlo, de caer en el misterioso agujero. Se inclinó hacia atrás, para recuperar el equilibrio, y, girando su arma hacia lady Arabella, disparó. Instintivamente, Adam saltó sobre el asaltante; los dos se agarraron fuertemente y cayeron en el mismo borde del pozo.

La ira de lady Arabella, ahora totalmente desencadenada, se dirigía exclusivamente contra Ulanga.

Con las dos manos extendidas, se acercó a él y lo agarró, cuando el cerrojo de la caja saltó, debido a los movimientos que en el interior hacía la mangosta. La matadora de cobras se lanzó sobre ella con una furia venenosa imposible de describir. Mientras el animal intentaba morderle la garganta, lady Arabella lo cogió con sus manos y, con furia todavía mayor, lo desgarró en dos como si se tratara de una hoja de papel. La fuerza requerida para este acto debió de haber sido terrorífica. Seguidamente, arrojó al agujero del pozo los trozos de la mangosta. Sin dejar pasar un instante, lady Arabella cogió a Ulanga, rodeándole con sus blancos brazos, y de un rápido empujón lo arrojó por la profunda abertura.

Adam vio una mezcla de luces verdes y rojas que brillaban en un remolino que descendía por el pozo, y luego, un par de llameantes ojos verdes que miraban fijamente. Después, los vio caer con espantosa rapidez y desaparecer, arrojando hacia arriba un resplandor verde cada vez más intenso. Cuando la luz desapareció en las apestosas profundidades del pozo, se oyó un chillido que heló la sangre de Adam. Era el clamor de una prolongada agonía de sufrimiento y terror que parecía no tener fin.

Adam Salton sintió que jamás podría olvidar esos terribles instantes: las tinieblas que rodeaban ese horrible pozo sepulcral que parecía llegar hasta las mismísimas entrañas de la tierra, desde donde transmitían las visiones y sonidos del más delirante infierno; la pavorosa suerte del africano que descendía hacia su terrible destino, su rostro negro vuelto gris por el terror, con los ojos inyectados en sangre y girando enloquecidos por la extrema magnitud del miedo. La misteriosa luz verde era en sí misma un milieu de horror. Y además estaba el atroz grito venido del insondable pozo, cuyo orificio de entrada estaba salpicado de manchas de sangre fresca. Incluso la muerte de la pequeña e intrépida matadora de serpientes —tan feroz y espantosa, que no parecía provocada por seres que viven sobre la faz de la tierra sino por los demonios del pozo— fue solamente un accidente. Adam se encontraba en un estado de perturbación mental, sin paralelo en toda su experiencia, por lo que intentó huir del siniestro lugar. La funesta luz verde que ascendía del lóbrego pozo desaparecía gradualmente, como si su fuente se hundiera más profundamente en el prístino cieno. Por tanto, las tinieblas volverían a cerrarse sobre él con abrumadora densidad. ¡Oscuridad en un lugar como ése, y con el recuerdo reciente de tan terribles incidentes!

Adam Salton se precipitó salvajemente hacia adelante, resbaló en los escalones sobre una masa viscosa de olor agrio y, cayendo de frente, encontró el camino a la habitación interior, donde no había pozo.

Entonces se frotó los ojos sin dar crédito a lo que veía. Delante de él, en lo alto de los escalones de piedra que conducían a la estrecha puerta por la que había entrado, se deslizaba la figura vestida de blanco de lady Arabella, sobre la que destacaban las manchas de sangre en el rostro, manos y garganta. Fuera de eso la mujer estaba tranquila y serena, como cuando antes de la tragedia se apartó de él para pasar a través de la angosta puerta de hierro.

CAPÍTULO XIX

UN ENEMIGO EN LA OSCURIDAD

Adam Salton caminó un rato antes de regresar a Lesser Hill; sentía que era lo mejor, no sólo para calmar sus nervios, excitados por la terrible escena, sino para poner en orden sus pensamientos, antes de confiar a sir Nathaniel todo lo sucedido. Se sentía un poco embarazado frente a su tío, pues las cosas habían evolucionado tanto desde su llegada que no era capaz de prever la reacción del anciano caballero al enterarse por vez primera de los extraños sucesos en que se habían visto envueltos sir Nathaniel y él. El señor Salton se sentiría molesto por haber sido mantenido en la ignorancia de tales hechos, la mayor parte de

los cuales se relacionaban con personas de su propia casa. Adam experimentó un inmenso alivio cuando se enteró de que su tío había telegrafiado al ama de llaves diciendo que se veía retenido por sus negocios en Walsall, donde pasaría la noche, y que regresaría la mañana siguiente a la hora del almuerzo.

Al entrar en casa, después del paseo, Adam encontró a sir Nathaniel preparándose para ir a dormir. No le dijo nada de lo sucedido, limitándose a concertar con él una cita para la mañana siguiente, ya que tenía mucho que contarle y requería toda su atención.

Por extrañamiento que parezca, Adam durmió bien y despertó al alba con la mente despejada y los nervios templados, como era en él usual. La doncella le entregó, con su temprana taza de té, una nota que había encontrado en el buzón de la correspondencia. Era de lady Arabella, y evidentemente pretendía ponerle en guardia en cuanto a lo que debía contar sobre la noche anterior. Leyó la carta varias veces, hasta asegurarse de no haber omitido ningún detalle. La carta decía así:

ESTIMADO SEÑOR Salton,

No puedo irme a la cama sin antes escribirle. Me disculparé si le molesto en un momento poco oportuno. En realidad, deberá perdonarme también si, procurando hacer lo que creo justo, me equivoco diciendo más (o menos) de lo necesario. El hecho es que estoy profundamente perturbada y desconcertada por todo lo sucedido en esta terrible noche. Incluso tengo dificultades para escribir; mis manos tiemblan de tal manera que no puedo controlarlas, y aún me estremezco recordando los horrores que se han desarrollado ante nuestros ojos. Me aflige a más no poder haber sido, aunque remotamente, una de las causas de este horror que se le ha venido encima. Perdóneme si puede, y no piense demasiado mal de mí. Le pido esto confiada, porque después de haber compartido los peligros —y aun la agonía— de la muerte, siento que deberíamos ser más que simples amigos y que puedo apoyarme y confiar en usted, en la seguridad de que su simpatía y su piedad están de mi lado. Permítame agradecerle la amistad, la ayuda, la confianza y el verdadero socorro que usted ha sabido ofrecerme en un momento de peligro y de terror mortal. Ese atroz hombre poblará ya siempre mis pesadillas. Su maligno rostro negro borraré de mí cualquier recuerdo de alegría y felicidad. Eternamente veré sus infernales ojos cuando se arrojó él mismo al pozo, en un vano esfuerzo por escapar a las consecuencias de su propia maldad. Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que había premeditado todo, excepto, por supuesto, su horrible muerte.

Quizá haya notado usted ese cuello de piel que suelo llevar a veces. Es uno de mis más preciados tesoros: un cuello de armiño tachonado de esmeraldas. A menudo pude ver cómo los ojos del negro se iluminaban codiciosamente al

mirarlo. Desgraciadamente, lo llevaba puesto ayer. Él puede haber sido la causa que condujo al pobre hombre a su perdición. En el mismo borde del abismo lo arrancó de mi cuello; eso fue lo último que vi de él. Cuando se precipitó en el agujero, yo corría hacia la puerta de hierro, que cerré tras de mí. Al escuchar su espantoso grito, con el que fue trazando su caída en el abismo, me alegró, más de lo que podría expresarle, que mi vista se ahorrara el sufrimiento y el horror que mis oídos tuvieron que padecer.

Cuando conseguí librarme del ataque del negro en el momento en que se precipitaba al pozo, pude darme cuenta del significado de la palabra libertad. ¡Libertad! ¡Libertad! No solamente de esa nociva casa-prisión, que quedará impresa en mi memoria, sino del más nocivo abrazo de ese repugnante monstruo. Mientras viva, le agradeceré siempre mi libertad. Una mujer debe expresar a veces su gratitud; de otro modo, se hace demasiado difícil de soportar. No soy una muchacha sentimental que simplemente le gusta dar las gracias a los hombres; soy una mujer que conoce todo el bien y el mal que la vida puede ofrecer. He sabido lo que significa amar y perder al ser amado. Pero no debe permitirme que lleve infelicidad a su vida. Es necesario que siga viviendo sola, como hasta ahora, soportando, además de otros infortunios, el recuerdo de este último insulto y horror. Por el momento, abandonaré «La arboleda de Diana» tan pronto como pueda. Por la mañana iré a Londres, donde pienso quedarme una semana, no haciéndolo por más tiempo debido a que mis asuntos requieren mi presencia aquí. Pienso, sin embargo, que una semana en medio de la agitación de la bulliciosa Londres, rodeada de multitudes de gente normal, me ayudará a suavizar —no puedo esperar un borrado total— las terribles imágenes de esta noche pasada. Cuando pueda conciliar el sueño con facilidad, que será, eso espero, dentro de uno o dos días, estaré en condiciones de regresar a casa y soportar la carga que, supongo, nunca me abandonará.

Me alegrará mucho verlo a mi regreso, o aun antes si mi buena fortuna le envía a usted a un recado a Londres. Me alojaré en el Hotel Mayfair. En ese agitado lugar podremos olvidar algunos de los peligros y horrores que acabamos de compartir. Adieu, y gracias, una y mil veces, por su bondad y consideración hacia mí.

ARABELLA MARCH

Adam quedó sorprendido por esta efusiva epístola, pero decidió no decir nada a sir Nathaniel, hasta no haber reflexionado sobre ella. Cuando Adam volvió a ver a sir Nathaniel, durante el desayuno, le alegró haberse dado tiempo para ordenar las ideas en su cerebro. Ahora, no solamente se había familiarizado con los hechos en todas sus múltiples facetas, sino que se había distanciado tanto de ellos que podía ordenarlos en su propia mente, según su importancia relativa. Almorzaron en silencio, sin que nada perturbara el curso

de sus pensamientos.

Tan pronto como se cerró la puerta del estudio de Adam, sir Nathaniel empezó a hablar.

—Veo, Adam, que algo nuevo ha sucedido y que tiene usted mucho que contarme.

—Así es, señor. Creo que lo mejor será que empiece por contarle todo lo que sé; todo lo sucedido desde que le dejé a usted ayer.

Por consiguiente, Adam le dio detalles de todo lo que había sucedido durante la noche anterior. Se limitó rígidamente a los hechos escuetos, tomando buen cuidado en no adornarlos con apreciaciones personales o juicios acerca del significado de aquellas circunstancias que todavía le resultaban incomprensibles. Al principio, sir Nathaniel parecía dispuesto a hacer preguntas, pero luego abandonó la idea, al darse cuenta de que la narración era concisa y elocuente. En adelante, se contentó con rápidas miradas, de fácil interpretación, o gestos de conformidad con las manos, cuando venían a cuento, para recalcar que aprobaba sus deducciones. Hasta que Adam cesó de hablar, cuando hubo terminado de contar su parte de la historia, el anciano no hizo el menor comentario. Incluso cuando Adam sacó de su bolsillo la carta de lady Arabella, con manifiesta intención de leerla, sir Nathaniel permaneció callado. Finalmente, cuando Adam volvió a plegar la carta y la metió dentro de su sobre, en el bolsillo, como una insinuación de que había concluido su exposición, el anciano diplomático escribió cuidadosamente unas notas en su agenda.

—Su relato, mi querido Adam, es admirable. Creo que ahora podemos considerarnos bien versados en los hechos y que nuestra conversación deberá asumir la forma de un mutuo intercambio de ideas. Planteémonos las preguntas según vayan presentándose, y no dudo de que llegaremos a conclusiones reveladoras.

—¿Tiene usted la amabilidad de empezar, señor? Estoy seguro de que su experiencia nos ayudará a disipar la bruma que envuelve a algunos de los hechos que estamos considerando.

—Eso espero, querido muchacho. Para empezar, pues, permítame decirle que la carta de lady Arabella revela no solamente algunas de las cosas que ella pretende, sino también algunas de las que desea evitar. Pero, antes de empezar mis deducciones, permítame que le haga algunas preguntas. Adam, ¿es usted sincero, completamente sincero, en lo tocante a lady Arabella?

Su compañero contestó inmediatamente, mirándose directamente a los ojos ambos interlocutores durante la pregunta y la respuesta.

—Lady Arabella, señor, es una mujer cautivadora, y considero un privilegio el poder encontrarme con ella, hablarle y, puesto que estoy en el confesionario, cortejarla un poco. Pero si usted quiere saber si mis inclinaciones afectivas están de alguna manera comprometidas con ella, puedo contestarle enfáticamente que no, como comprenderá después cuando le revele la razón. Aparte de eso, quedan los desagradables detalles que discutimos el otro día.

—¿Puede usted confiarme la razón ahora mismo? Nos ayudará a comprender algunas de las dificultades con las que nos enfrentamos.

—Ciertamente, señor. La razón en que me apoyo es que amo a otra mujer.

—Eso lo resuelve todo definitivamente. Permítame ofrecerle mis mejores deseos y, si cabe, mis felicitaciones.

—Sus deseos me enorgullecen, señor, y los agradezco. Pero creo que es demasiado pronto para felicitaciones; ni siquiera la dama conoce mis intenciones todavía. En realidad, yo mismo no estaba del todo seguro hasta este momento.

—Espero, Adam, que a su debido tiempo me permita usted conocer el nombre de su dama.

Adam rio por lo bajo, con una dulzura que expresaba los latidos de un corazón feliz.

—No necesitamos esperar ni una hora ni un minuto. Me alegrará compartir mi secreto con usted, señor. La dama a la que felizmente amo, y en la que están centrados todos mis sueños de felicidad para el resto de mi vida, es Mimi Watford.

—En ese caso, mi querido Adam, no necesito esperar para presentarle mis felicitaciones. Es, realmente, una joven encantadora. No creo haber conocido jamás una joven que reuniera de manera tan armoniosa las cualidades de fuerza de carácter y temperamento dulce. Lo felicito de todo corazón. ¿Puedo considerar, entonces, que mi pregunta tiene una respuesta afirmativa?

—Sí; y ahora, señor, ¿puedo preguntarle, a mi vez, el porqué de esa pregunta?

—¡Ciertamente! Le pregunté acerca de sus sentimientos por lady Arabella porque consideraba que estábamos llegando a un punto en que mis preguntas podían ser dolorosas para usted.

—Y no solamente es que amo a Mimi, sino que tengo razones para considerar a lady Arabella como su enemiga —continuó Adam.

—¿Su enemiga?

—Sí. Una enemiga feroz y sin escrúpulos, empeñada en su destrucción.

Sir Nathaniel fue hacia la puerta, miró al exterior y volvió a cerrarla tras él.

CAPÍTULO XX

METABOLISMO

—¿Parezco preocupado? —preguntó sir Nathaniel, al volver a entrar en la habitación, sin que viniera realmente al caso.

—Ciertamente lo está, señor.

—Al principio no pensábamos que algún día nos veríamos arrastrados a semejante torbellino. Hasta ahora estamos mezclados en un robo, y probablemente en un asesinato. Pero mil veces peor que todos los crímenes del mundo es nuestra relación con este horrible misterio que no tiene principio ni fin, poblado de desconcertantes seres que se remontan a una época en la que el mundo era diferente del que hoy conocemos. Regresamos al origen de la superstición, a una época en la que los dragones se despedazaban entre sí en su propio légamo. No debemos desechar ninguna conclusión, por improbable o increíble que nos parezca. De nuestro buen juicio depende la vida o la muerte, no sólo nuestra, sino también de los que amamos. Recuerde que cuento con usted, como espero que usted cuente conmigo.

—Lo haré, con toda confianza.

—Entonces —dijo sir Nathaniel— dejemos que nuestros pensamientos se expresen con lealtad y osadía, y no temamos a nada por más terrorífico que pueda parecer. ¿Puedo tomar como exacto, hasta en sus mínimos detalles, su relato sobre las extrañas cosas que sucedieron mientras estuvo en «La arboleda de Diana»?

—Hasta donde se me alcanza, sí. Por supuesto, puedo haberme equivocado al evocar algún que otro detalle, pero tengo la certeza de que, en su conjunto, todo lo que le he contado es fiel a los hechos.

—¿Está seguro de haber visto que lady Arabella agarraba al negro por el cuello y lo arrastraba con ella hacia el pozo?

—Absolutamente seguro, señor; de otro modo, habría acudido en su auxilio.

—Tenemos, entonces, un testimonio de lo sucedido proveniente de un testigo ocular en cuya veracidad confiamos. Me refiero a usted. Pero también poseemos otra relación, escrita por lady Arabella de su propio puño y letra.

Estos dos testimonios no concuerdan. Por lo tanto, debemos concluir que uno de los dos miente.

—Aparentemente, señor.

—¡Y que lady Arabella es la mentirosa!

—Aparentemente, porque yo no he mentado.

—Debemos, por consiguiente, encontrar una razón para su mentira. Nada tiene que temer de Ulanga, que está muerto. Por lo tanto, la única razón que puede impulsarla es el deseo de convencer a alguna otra persona de su inocencia. Esa otra persona no puede ser usted, porque lo vio todo con sus propios ojos. Como nadie más estaba presente, debe de tratarse de alguna persona ausente.

—Eso parece indiscutible, señor.

—Sólo hay otra persona cuya buena opinión puede ella desear conservar: Edgar Caswall. Él es el único que cumple los requisitos. La mentira de lady Arabella apunta en otras direcciones, aparte la muerte del africano. Es evidente que pretende que la caída del negro en el pozo sea interpretada como un accidente provocado por la propia víctima. No creo que espere convencerle a usted, que ha sido testigo ocular de los hechos. Pero si más adelante quisiera difundir la historia, sería muy acertado de su parte conseguir de usted que la confirmara.

—¡Es por eso!

—Además, hay otras falsedades. Por ejemplo, lo del cuello de armiño bordado de esmeraldas. Si hay una razón que justifique esta segunda mentira, sería la de quitar importancia a las luces verdes que se vieron en la habitación subterránea y, más particularmente, en el pozo. Cualquier persona imparcial aceptaría que las luces verdes son los ojos de una gigantesca serpiente, como la que, según la tradición, vive en el pozo. En pocas palabras, lady Arabella está interesada en establecer la creencia general de que no hay tal serpiente en «La arboleda de Diana». Por mi parte, no creo en el mentiroso parcial; con ese arte no valen las medias tintas; el mentiroso miente hasta el final. El egoísmo puede incitar a incurrir en ciertas falsedades, pero si se confirma que alguien es mentiroso, nada de lo que diga podrá creerse jamás. Esto nos lleva a la conclusión de que al decir o sugerir ella que no existe ninguna serpiente, debemos buscarla, y esperar también que la encontraremos.

—Ahora —continuó sir Nathaniel— permítame hacer una digresión. Vivo, y he vivido durante muchos años, en el Derbyshire, un condado célebre por sus cuevas más que ningún otro en toda Inglaterra. Las he recorrido todas, y conozco cada uno de sus vericuetos; como también hice con otras de

Kentucky, Francia, Alemania, y un sinnúmero de otros lugares. En la mayoría de estos lugares hay cavernas subterráneas terriblemente profundas con angostas aberturas, de gran interés para los exploradores intrépidos que descienden por estrechas gargantas de profundidad abismal, y a veces no regresan. Tengo la certeza de que en varias cavernas del Peale algunos de los pasadizos más pequeños fueron utilizados en tiempos primitivos como madrigueras de estas grandes serpientes de que nos habla la leyenda y la tradición. Tales cavernas deben de haberse formado por los procesos geológicos usuales —contracción y solidificación de la corteza terrestre— y después fueron usadas por los monstruos del nuevo mundo. Es posible, por supuesto, que algunas de ellas estuvieran originariamente inundadas por las aguas. Pero con el tiempo se convirtieron en lugares aptos para la supervivencia de estos monstruos.

»Esto nos conduce —prosiguió el anciano— a otro punto, más difícil de admitir y comprender que ningún otro, porque responde a una opinión no aceptada usualmente ni verdaderamente asentada. Me refiero a la posibilidad de que estas formas de vida hayan podido cambiar de naturaleza a causa de su anormal crecimiento. Algún día, el estudio del metabolismo habrá avanzado lo suficiente como para permitirnos aceptar la idea del cambio de estructura impulsado por fuerzas intelectuales o morales. Podemos concluir que una inmensa fuerza animal es capaz de suministrar una sólida base para todo tipo de mutaciones. Si esto es así, ¿quién podría ser más apropiado que estos monstruos prístinos, cuya fuerza tan extraordinaria les ha permitido sobrevivir durante miles de años? No sabemos todavía si el cerebro puede crecer y desarrollarse independientemente de las otras partes de la estructura viviente.

»Después de todo —insistió sir Nathaniel— la creencia medieval en la Piedra Filosofal, que era capaz de transmutar los metales, tiene su contrapartida en la aceptada teoría del metabolismo que transforma los tejidos vivos. En una época de investigaciones como la nuestra, cuando volvemos a la ciencia como punto de partida de muchos prodigios (casi verdaderos milagros), sería un retraso negarse a aceptar los hechos, por imposibles que puedan parecer.

«Imaginemos —añadió el anciano— un monstruo de las primeras eras de la tierra, un dragón primigenio cuya vasta edad abarcara miles de años, al cual, de alguna manera que no viene ahora al caso, se le hubiera transferido un cerebro suficiente para empezar a crecer. Supongamos que el monstruo fuera de incalculable tamaño, y de fuerza totalmente anormal, una verdadera encarnación de la fuerza animal. Supongamos, asimismo, que este monstruo se hubiera mantenido oculto en algún lugar, donde ningún peligro amenazara su desarrollo. ¿No sería posible que, con el decurso de cientos y aun miles de años, esta criatura hubiera desarrollado su rudimentaria inteligencia? No es

imposible; se trata, simplemente, del curso normal de la evolución. Al principio, los instintos de los animales se limitaban a la alimentación, la autoprotección y la multiplicación de sus especies. Con el correr del tiempo, las necesidades de la vida se vuelven cada vez más complejas, y el poder se impone a la necesidad. Durante mucho tiempo hemos estado acostumbrados a considerar el crecimiento aplicado casi exclusivamente al tamaño en sus variados aspectos. Pero la Naturaleza, que no está limitada por concepciones doctrinarias, puede igualmente aplicarlo a la concentración. Todo ser vivo en fase de desarrollo puede expandirse en cualquier dirección o forma dada. En la actualidad, se admite ya científicamente que el crecimiento implica tanto beneficio como pérdidas de diferente cuantía; lo que se gana en una dirección puede perderse en otra. ¿No es perfectamente posible que la Madre Naturaleza estimule deliberadamente la mengua tanto como el crecimiento y haga bueno el axioma de que lo que se gana en concentración se pierde en tamaño? Tome, por ejemplo, los monstruos que la tradición ha aceptado y localizado, como el Gusano de Lambton o el de Spindleton Heugh. Si tales criaturas, por su propio proceso de metabolismo, hubiesen cambiado una gran parte de su volumen en favor de un mayor crecimiento intelectual, nos encontraríamos frente a una clase de criaturas, más peligrosas, quizá, que todo lo conocido por el mundo: una fuerza pensante, sin alma ni moral, y en consecuencia totalmente irresponsable. La serpiente sería una buena ilustración de esta clase de monstruo inteligente, por su sangre fría que la aleja de las tentaciones que a menudo debilitan o restringen a las criaturas de sangre caliente. Supongamos, por ejemplo, que el Gusano de Lambton —si es que existió— hubiera sido guiado en su propio provecho por una inteligencia superior capaz de expandirse. ¿Qué forma de criatura podríamos imaginar que la igualara en sus funestas potencialidades? Porque un ser así podría devastar un país entero. Pero todas estas cosas requieren mucha reflexión, si queremos aplicar su conocimiento en provecho nuestro y sacar conclusiones exactas. ¿No sería mejor que volviéramos a conversar sobre este tema más tarde, a lo largo del día?

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señor. Siento que la cabeza me da vueltas, y quisiera poder seguir con la mayor atención lo que usted me está diciendo, y hacer todo lo posible para asimilarlo.

Los dos hombres parecían más despejados y dispuestos para lo «fácil», y cuando volvieron a encontrarse cada uno de ellos tenía algo que agregar al fondo común de datos que habían ido acumulando. Adam, que por naturaleza tenía una disposición mucho más belicosa que la de su anciano amigo, se alegró al ver que la conversación tomaba por fin una orientación más práctica. Sir Nathaniel lo notó y, como viejo diplomático, dirigió la charla hacia fines inmediatos.

—Dígame ahora, Adam, ¿qué conclusiones ha sacado usted de nuestra conversación?

—Que todas las dificultades asumen ya una forma práctica, y encierran peligros que al principio no imaginé.

—¿Cuál es la forma práctica, y cuáles son los peligros? No busco una discusión, entiéndame bien, sino que procuro esclarecer mis propias ideas en consideración de las suyas...

Adam prosiguió:

—En el pasado, cuando se vivían los primeros días sobre la Tierra, hubo monstruos de tales dimensiones que pudieron existir durante miles de años. Algunos de estos es posible que hayan sobrevivido hasta la Era Cristiana, y que en el curso de sus dilatadas vidas hayan podido desarrollar su inteligencia. Si realmente hubieran evolucionado de alguna manera o hubieran adquirido la más rudimentaria forma de inteligencia, serían las criaturas más peligrosas que jamás hayan existido en el mundo. La tradición quiere que uno de estos monstruos, que vivió en los pantanos del este, se refugió en una caverna subterránea de «La arboleda de Diana», también llamada «La madriguera del gusano blanco». Tales criaturas han podido menguar de cuerpo a la vez que aumentaba su cerebro. Han podido, incluso, volverse seres humanos, o algo parecido. Lady Arabella March posee una naturaleza de serpiente. Según nuestra información, ha cometido crímenes. Conserva algo de la vasta fuerza de su ser primitivo, puede ver en la oscuridad, y tiene ojos de serpiente. Se valió del negro y luego lo arrastró hasta el pozo de la serpiente y lo arrojó al pantano subterráneo. Está consagrada al mal, y odia a alguien que amamos. En conclusión...

—Sí, ¿cuál es su conclusión?

—En primer lugar, Mimi Watford debe ser alejada de aquí inmediatamente, luego...

—¿Sí?

—¡El monstruo debe ser destruido!

—¡Bravo! Es una conclusión sincera y valiente. Debe cumplirse, no importa a qué precio.

—¿Inmediatamente?

—Lo más pronto posible, a todos los efectos. La existencia misma de esta criatura es un peligro y su presencia en esta vecindad convierte la amenaza en permanente.

Mientras hablaba, la boca de sir Nathaniel se endureció y sus cejas se

inclinaron hasta juntarse. No había duda de que aceptaba la resolución, y estaba dispuesto a ayudar a llevarla a cabo. Pero era un anciano de mucha experiencia y sólido conocimiento de las leyes y la diplomacia. Consideraba que su deber era impedir que sucediera algo irremediable hasta haber tenido en cuenta esos factores y estar preparados. Debían tenerse en cuenta diversos tipos de problemas legales; no solamente el problema de quitar la vida a alguien, aun cuando fuera una monstruosidad con forma humana, sino también el relativo a la propiedad. Lady Arabella, fuera mujer, serpiente o demonio, era la propietaria legal de las tierras por donde se desplazaba, y la ley británica es celosa y rápida en castigar los errores cometidos dentro de su jurisdicción.

—Semejantes dificultades deberían evitarse, por el bien del señor Salton, de usted mismo, Adam, y sobre todo, de Mimi Watford.

Antes de volver a hablar, sir Nathaniel había decidido interiormente hacer todo lo posible por posponer una acción decisiva, hasta que las circunstancias de las que dependían —que, después de todo, eran únicamente problemáticas— hubieran sido examinadas satisfactoriamente en una forma u otra. Cuando por fin habló, Adam creyó al principio que el anciano vacilaba en su intención, o «temía» la responsabilidad. Sin embargo, su respeto por sir Nathaniel era tan grande que no quiso actuar, ni siquiera llegar a una conclusión sobre nada que fuera vital, sin su aprobación.

Por lo tanto se acercó al anciano y le susurró al oído:

—Prepararemos nuestros planes de lucha y destrucción de la horrible amenaza cuando hayamos esclarecido alguno de los aspectos más desconcertantes del problema. Mientras tanto, debemos esperar a que llegue la noche... Oigo los pasos de mi tío resonando en el vestíbulo.

Sir Nathaniel indicó su aprobación con una inclinación de cabeza.

CAPÍTULO XXI

LA LUZ VERDE

Cuando el anciano señor Salton se retiró por la noche a sus habitaciones, Adam y sir Nathaniel regresaron al estudio. La normalidad con que todo transcurría en Lesser Hill les aseguraba que no habría interrupciones en su conversación.

Después de encender ambos sus cigarros, sir Nathaniel comenzó:

—Espero, Adam, que no piense que soy negligente o inconstante en mis propósitos. Quiero llevar este asunto hasta el fin, por más amargo que pueda

ser. Le garantizo que mi primer cuidado es, y será, la protección de Mimi Watford. He empeñado mi palabra en ello. Mi querido muchacho, todos los que estamos interesados en este asunto, nos enfrentamos con el mismo peligro. Ese monstruo semihumano, salido de su guarida, nos odia y tiene intenciones de destruirnos a todos, a usted y a mí con toda seguridad, y probablemente a su tío. Quería hablar con usted esta noche especialmente, porque he llegado a la conclusión de que está llegando el momento —si es que no ha llegado ya— en que debemos depositar nuestra confianza en su tío. Era muy distinto cuando los males que nos acechaban parecían imaginarios: pero ahora él, como nosotros, probablemente está amenazado de muerte y es conveniente que lo sepa todo.

—Estoy con usted, señor. Las cosas han cambiado desde que decidimos mantenerlo al margen del conflicto. Ahora sería arriesgado; nuestra consideración hacia sus sentimientos podría costarle la vida. Es el nuestro un deber, ni fácil ni agradable. No me cabe la menor duda de que él querrá aunar sus fuerzas con las nuestras en este asunto. Pero recuerde que somos sus huéspedes y hemos de preocuparnos de su buen nombre y de su honor tanto como de su seguridad.

—Todo será como usted lo desee, Adam. Y ahora, ¿qué vamos a hacer? No podemos matar de improviso a lady Arabella. Es decir, tenemos que preparar las circunstancias del asesinato, de tal manera que no nos acusen del crimen.

—Me parece, señor, que estamos en una posición sumamente complicada. Nuestra primera dificultad es saber por dónde empezar. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que combatir a un monstruo antediluviano fuera una misión tan complicada. En este caso nos enfrentamos con una mujer, que cuenta con todo el ingenio de su sexo, combinado con la insensibilidad de una cocotte. Tiene la fuerza y la inexpugnabilidad de un diplodocus. Podemos estar seguros de que en la lucha que nos espera no habrá juego limpio de ningún tipo. Y además, que nuestro poco escrupuloso adversario no se traicionará a sí mismo.

—Así es; pero, tratándose de una mujer, probablemente querrá aventurarse más allá de sus fuerzas. Me parece evidente, Adam, que teniendo la obligación de protegernos a nosotros mismos y a otras personas, nuestra jugada más hábil será oponer a su femineidad nuestra propia masculinidad. Lo mejor será irse ahora a dormir. Lady Arabella es una criatura de la noche y quizá la noche nos inspire alguna idea.

Los dos hombres se recogieron.

Adam llamó a la puerta de sir Nathaniel con las primeras luces del amanecer, y al ser invitado, entró en la habitación. Llevaba varias cartas en la mano. Sir Nathaniel se sentó en la cama.

—¿Y bien?

—Me gustaría leerle algunas cartas que, por supuesto, no enviaré al correo a menos que usted lo apruebe. De hecho —y al decir estas palabras sonrió y se ruborizó— hay varias cosas que quiero hacer; pero retendré mi mano y mi lengua hasta obtener su aprobación.

—Prosiga —dijo el otro amablemente—. Dígamelo todo, y cuente de todos modos con mi simpatía, y con mi aprobación y mi ayuda, si encuentro la manera adecuada.

Adam procedió en consecuencia:

—Cuando le conté las conclusiones a las que había llegado, dije en primer lugar que Mimi debía ser alejada de aquí, para su propia seguridad, y que el monstruo, causa de todo su perjuicio, debía ser destruido.

—Sí, así es.

—Para poner esto en práctica, señor, es preciso dar un paso previo, a fin de evitar males de otro tipo. Mimi debería contar con un protector a quien todo el mundo reconociera como tal. Y la única forma de protección admitida por las convenciones sociales es el matrimonio.

Sir Nathaniel sonrió paternalmente.

—Y para que haya matrimonio, se necesita un marido. Ese marido bien podría ser usted.

—Sí, sí.

—El matrimonio tendría que ser inmediatamente y en secreto. O, por lo menos, no ser divulgado fuera de nuestro círculo más íntimo. ¿Cree usted que a la joven le agrada semejante procedimiento?

—No lo sé, señor.

—Entonces, ¿cómo procederemos?

—Supongo que cualquiera de nosotros debería preguntárselo.

—¿Son repentinas esta idea y esta resolución, Adam?

—La resolución, sí, señor, pero no la idea. Si ella acepta, todo irá bien. La consecuencia es obvia.

—¿Y será necesario que guardemos este secreto entre nosotros?

—No me gustan los secretos, señor, pero la seguridad de Mimi está en juego. En cuanto a mí, quisiera poder pregonarlo a los cuatro vientos. Pero debemos ser discretos; si nuestra enemiga se enterase de la boda prematuramente podría ocasionarnos incalculables daños.

—¿Y qué sugeriría usted, Adam, para arreglar en secreto esta trascendental cuestión?

Adam se sonrojó y se agitó incómodamente.

—Alguien debería proponérselo, tan pronto como sea posible.

—¿Quién?

—Pienso que el más indicado sería usted, señor.

—¡Dios se apiade de mi alma! ¡He aquí un nuevo deber ante mí! ¡Y a mi edad! Adam usted sabe que puede contar con mi ayuda, en la medida de mis fuerzas.

—Ya contaba con usted, señor, cuando me aventuré a hacerle semejante sugerencia. Lo único que puedo pedirle —agregó Adam— es que sea todavía más amable conmigo —con nosotros— y considere este penoso deber como una voluntaria concesión gratuita por su parte, inspirada por la bondad y el afecto.

—¿Penoso deber?

—Sí —dijo Adam audazmente—. Penoso para usted, aunque para mí representará una alegría inmensa.

—¡Extraña tarea a unas horas tan tempranas de la mañana! Bien, viviremos la aventura y aprenderemos de ella. Me imagino que cuanto antes se haga será mejor. Debería escribirme usted unas líneas que llevaré conmigo. Porque, como usted ve, se trata de una transacción muy poco común, que podría resultar embarazosa para la joven, e incluso para mí. Por eso conviene que tengamos alguna especie de garantía, algo que pruebe nuestro respeto por sus sentimientos. No debemos dar por supuesto su consentimiento, aunque actuemos por su bien.

—Sir Nathaniel, es usted un verdadero amigo. Le aseguro que tanto Mimi como yo le estaremos reconocidos toda nuestra vida, por larga que sea.

De este modo, los dos hombres conversaron y se pusieron de acuerdo sobre los detalles que debía tener en cuenta el embajador. Cuando el reloj marcaba las diez sir Nathaniel dejó la casa, siendo observada en silencio su partida por Adam.

Mientras el joven le seguía con ojos melancólicos, casi celoso del privilegio que iba a depararle su bondadosa proeza, sentía que su propio corazón latía en el interior del pecho de su amigo.

El recuerdo de aquella mañana fue como un sueño para todos los involucrados en el asunto. Sir Nathaniel no guardaba más que un confuso recuerdo de los detalles de su desarrollo, aunque los principales hechos

destacaban en su memoria con claridad y contundencia. Los recuerdos de Adam Salton consistían en una interminable espera, llena de ansiedad, esperanza y pesadumbre, todo ello dominado por el sentimiento de la lentitud con que pasaba el tiempo, y acompañado de vagos temores. Durante mucho tiempo, Mimi no fue capaz de recordar nada, excepto que Adam la amaba y la había salvado de un terrible peligro. Cuando, más tarde, pudo reflexionar, le pareció sorprendente haber ignorado el hecho de que Adam la amaba, y que ella a su vez lo amaba a él con todo su corazón. Cada recuerdo, por nimio que fuera, cada sentimiento, todo parecía cuadrar en aquellos hechos elementales, como si hubiesen sido fraguados simultáneamente. El principal recuerdo de Mimi era su despedida de sir Nathaniel, al que confió mensajes amorosos, salidos de su corazón, con destino a Adam, y su insólita conducta cuando, siguiendo un impulso que no pudo reprimir, puso sus labios sobre el anciano y lo besó. Más tarde, cuando estuvo sola y tuvo tiempo de reflexionar, sintió la pena pasajera de verse obligada, por el momento, a ocultar a Lilla los felices resultados de esta extraña misión.

Por supuesto, había aceptado guardar el secreto hasta que Adam la autorizara a hablar.

Los consejos y la ayuda de sir Nathaniel fueron de gran ayuda para Adam en la realización de su proyecto de casarse con Mimi Watford sin publicidad. Lo acompañó a Londres y, gracias a su influencia, el joven obtuvo autorización del arzobispo de Canterbury para contraer matrimonio secretamente. A continuación, el mismo sir Nathaniel persuadió al anciano señor Salton para que permitiera a su sobrino pasar unos pocos días en Doom Tower, y fue allí donde Mimi se convirtió en esposa de Adam. Pero ese no era sino el primer paso en sus planes; antes de seguir adelante, sin embargo, Adam llevó a su esposa a la isla de Man. Su deseo hasta que los hechos maduraran era poner una extensión de mar entre Mimi y el Gusano Blanco. A su regreso, sir Nathaniel fue a esperarlos y los condujo nuevamente a Doom Tower, cuidándose de evitar que nadie se enterara de la llegada.

Sir Nathaniel había tomado la precaución de mantener cuidadosamente cerradas todas las ventanas y puertas, a excepción de la que les servía de entrada. Aunque las contraventanas estaban cerradas y las persianas bajadas, gruesas cortinas colgaban detrás de las ventanas. Cuando Adam le hizo algunas observaciones sobre estas precauciones, sir Nathaniel dijo en un susurro:

—Espere a que estemos solos y le explicaré la razón de ser de todo esto. Mientras tanto, no diga una palabra ni haga ningún gesto. Cuando sepa lo que tengo que decirle, usted mismo lo aprobará.

No se volvió a hablar sobre el tema hasta después de la cena, cuando se

recluyeron en el gabinete de sir Nathaniel, que se encontraba en el piso superior. Doom Tower era una excelente mansión, emplazada en la cumbre de una elevada colina en el Peak. La altura dominaba un amplio panorama, que se extendía desde las colinas sobre el río Ribble hasta muy cerca de la cima del Brow, que marca el límite por el norte de la antigua Mercia. La construcción databa de un antiguo período normando y tenía un siglo menos de antigüedad que Castra Regis. Las ventanas del gabinete estaban cerradas y atrancadas, y pesados cortinajes las recubrían por dentro. Fuera de la torre no podía verse ni un destello.

Cuando estuvieron solos, sir Nathaniel le explicó que ya había hecho partícipe del secreto a su viejo amigo, el señor Salton, y que en el futuro todos actuarían juntos.

—Es importante para usted ser extremadamente prudente. Pese al hecho de haber mantenido en secreto su casamiento, lo mismo que su ausencia temporal, ambos son conocidos.

—¿Cómo? ¿Por quién?

—Cómo, lo ignoro; pero empiezo a hacerme una idea.

—¿Por ella? —preguntó Adam, momentáneamente consternado.

—Por el Gusano Blanco, sí...

Adam notó que, a partir de entonces, su amigo no designaría a lady Arabella sino por ese nombre, salvo cuando deseaba evitar las sospechas de otros.

Sir Nathaniel apagó la luz eléctrica y, cuando la habitación estuvo tan oscura como boca de lobo, se acercó a Adam, lo tomó de la mano y le condujo hasta el sillón frente a la ventana que daba al mediodía. Luego describió un poco la cortina e hizo señas a su compañero para que mirara hacia fuera.

Adam miró, e inmediatamente retrocedió, como si de pronto sus ojos hubieran descubierto un peligro inminente. Su compañero le tranquilizó diciendo en voz baja:

—Está bien. Puede hablar, pero trate de hacerlo en voz baja. Por el momento no hay peligro.

Adam se inclinó hacia delante teniendo cuidado, sin embargo, de no apoyar su cara contra el cristal. Lo que vio, no habría causado inquietud a nadie, en circunstancias normales. Pero dado lo que sabía, para él la visión fue aterradora, aunque la noche era tan oscura que en realidad poco podía verse.

Sobre el lado oeste de la torre había un bosquecillo de árboles antiguos. No estaban estrechamente agrupados, sino que entre uno y otro había bastante

distancia, produciendo el efecto de una hilera desperdigada. En la copa de los árboles podía verse una luz verde, parecida a la que en los cruces ferroviarios indica peligro. Al principio parecía quieta; pero luego, cuando los ojos de Adam se acostumbraron a ella, pudo darse cuenta de que se movía, como si temblara. Esta imagen trajo a su memoria el recuerdo de la temblorosa luz que había visto encima de la boca del pozo, en la oscuridad de la habitación interior de «La arboleda de Diana», así como el grito espeluznante de Ulanga, y su horrible rostro negro, vuelto gris por el terror, mientras desaparecía en las impenetrables tinieblas del misterioso abismo. Instintivamente, llevó su mano al revólver, aprestándose a proteger a su esposa. Luego, viendo que nada sucedía, y que la luz y los alrededores de la torre seguían en el mismo estado, corrió despacio la cortina volviendo a cubrir la ventana.

Sir Nathaniel encendió otra vez la luz, y en esa comfortable luminosidad, empezaron a hablar libremente.

CAPÍTULO XXII

DESDE MUY CERCA

—El Gusano Blanco posee una astucia diabólica —dijo sir Nathaniel—. Después de que usted se fuera, la han visto paseando a lo largo del Brow por los lugares que usted acostumbraba a frecuentar. No sé cómo ha llegado a tener conocimiento de sus movimientos, ni he podido recoger datos que me ayuden a formarme una opinión al respecto. Parece haberse enterado tanto de su casamiento como de su ausencia. Pero deduzco consecuentemente que en la actualidad no conoce el lugar donde se encuentran usted y Mimi, ni sabe de su regreso. Tan pronto como se pone el sol, sale a hacer sus rondas y antes del amanecer ya ha recorrido toda la región que bordea el Brow, llegando hasta el corazón del Peak. El Gusano Blanco, en su forma natural, tiene, sin lugar a dudas, más facilidades en ese cometido que ella se ha asignado. Puede inspeccionar cualquier tipo corriente de ventana. Felizmente, esta casa está más allá de su alcance, mientras desee, como evidentemente es su propósito, no ser reconocida. Pero, incluso a estas alturas, es más prudente no mostrar luces, no sea que ella descubra su presencia aquí.

—¿No sería útil, señor, que alguno de nosotros pudiera ver desde muy cerca a ese monstruo en su forma real? Estoy dispuesto a correr el riesgo. Sé perfectamente que el peligro es grande, pero no creo que haya nadie en nuestra época que lo haya visto de cerca y luego viviera para contarlo.

Sir Nathaniel levantó su mano con un gesto reprobatorio.

—¡Dios mío!, muchacho, ¿qué está usted sugiriendo? Piense en su esposa y en todo lo que está en juego.

—Es precisamente en Mimi en quien pienso. Por su bien estoy dispuesto a arriesgar lo que sea.

La joven esposa estaba orgullosa de su marido, pero palidecía con sólo pensar en el horrible Gusano Blanco. Adam se dio cuenta e inmediatamente la tranquilizó.

—Mientras su señoría no sepa mi paradero estaré tan seguro como vosotros. Ten en cuenta, querida, que no debemos excedernos en nuestras precauciones.

Sir Nathaniel comprendió que Adam tenía razón. El Gusano Blanco no poseía poderes sobrenaturales y no podía hacerles daño en tanto no descubriera su escondite. Se convino, entonces, que los dos hombres irían juntos.

Salieron furtivamente por la puerta trasera de la casa, y caminaron precavidamente a lo largo de la avenida que se dirigía hacia el oeste. Estaba todo tan oscuro que, a veces, no veían su camino y debían adivinarlo por las estacas y los troncos de los árboles. Sin embargo, podían ver todavía, a lo lejos y en lo alto, la funesta luz, que, a tanta distancia y altura, parecía una débil raya. Como ahora estaban al nivel del suelo, la luz les pareció infinitamente más alta de lo que habían calculado desde la torre. Al verla, el corazón de Adam desfalleció; ahora comprendía el peligro que representaba la desesperada empresa que se había propuesto. Pero este sentimiento fue al poco tiempo sustituido por otro que le infundió confianza: un feroz asco y un deseo de matar, como nunca había experimentado anteriormente.

Continuaron durante un rato, por un camino llano, bastante ancho, desde el cual era visible la luz verde. Entonces, sir Nathaniel habló en voz baja, aplicando sus labios al oído de Adam por precaución.

—Ignoramos por completo hasta qué punto tiene esta criatura desarrollados los sentidos del oído y el olfato, aunque presumo que ninguno de los dos intensamente. En cuanto a la vista, debemos suponer lo contrario y, en cualquier caso, tomar la precaución de escondernos detrás de los árboles. El más ligero error podría sernos fatal.

Adam asintió solamente con la cabeza, por si el monstruo los estuviera observando.

Después de una espera que pareció interminable, salieron del círculo de árboles. En comparación con la negrura brumosa de que habían estado rodeados, fue como salir a plena luz del día. Había bastante luz para ver,

aunque no la suficiente para distinguir los objetos distantes. Adam avistó la luz verde en el cielo. Estaba en el mismo sitio, pero sus contornos eran más visibles. Se apoyaba sobre lo que parecía ser un largo poste blanco, del cual pendían, próximos al ápice, dos apéndices también blancos, como rudimentarios brazos o aletas. Era extraño, pero la luz no parecía disminuir con el centelleo de las estrellas, sino que se hacía más nítida y de un verde más profundo. Mientras los dos hombres contemplaban cuidadosamente la luz verde —Adam con la ayuda de unos gemelos de teatro— sus narices fueron asaltadas por un horrible hedor, semejante al que emanaba del agujero del pozo de «La arboleda de Diana».

Poco a poco, sus ojos fueron habituándose a la distancia y pudieron distinguir una enorme masa, estrecha y muy alta, blanca como la nieve. La parte inferior estaba oculta entre los árboles, pero no había dificultad en divisar el elevado fuste blanco y las dos luces verdes que lo coronaban. Mientras lo contemplaban, el fuste se movió, pareció inclinarse, y la luz verde descendió entre los árboles. Pudieron verla centellear según pasaba entre las obstructoras ramas.

Habiendo comprendido dónde estaba la cabeza del monstruo, los dos hombres se aventuraron a avanzar un poco más, y vieron que la base oculta del fuste era una enorme masa de anillos del cuerpo de la gran serpiente. Mientras miraban, la masa inferior se movió reflejando la luz de la luna en sus relucientes pliegues, y pudieron ver avanzar al monstruo sobre el terreno. Se dirigía hacia ellos a paso rápido, por lo que dieron media vuelta y corrieron, teniendo el cuidado de hacer el menor ruido posible, tanto al pisar como al apartar la maleza. No se detuvieron ni descansaron hasta ver ante ellos las elevadas torres de Doom Tower.

CAPÍTULO XXIII

EN CASA DEL ENEMIGO

A la mañana siguiente, después del desayuno, sir Nathaniel se encontraba en la biblioteca, cuando Adam vino hacia él con una carta en la mano.

—Su señoría no pierde el tiempo. Se ha lanzado ya al ataque.

Sir Nathaniel, que escribía sobre una mesa cerca de la ventana, levantó la vista.

—¿De qué se trata? —le dijo.

Adam extendió la carta que llevaba, cuyo sobre estaba decorado con un

blasón.

—¡Ah! —dijo sir Nathaniel—, ¡del Gusano Blanco! Esperaba algo por el estilo.

—Pero —dijo Adam— ¿cómo pudo haber sabido que estamos aquí? Anoche lo ignoraba.

—No creo que esto deba preocuparnos, Adam. Hay tantas cosas que no comprendemos. Es solamente un misterio más. Nos basta con que ella lo sabe, aunque quizá sea mejor y más seguro para nosotros.

—¿Cómo es eso? —preguntó Adam con mirada perpleja.

—Es la lógica conclusión de un buen razonamiento, muchacho; y también la experiencia de varios años de diplomacia. Esta criatura es un monstruo sin corazón y sin consideración por nada ni por nadie. Es mucho menos peligrosa a la luz del día que en las tinieblas que la protegen. Sabemos, además, por lo que conocemos de ella, que tiene buenas razones para evitar toda publicidad. Pese a su enorme volumen y su extraordinaria fuerza, tiene miedo a atacar abiertamente. Después de todo, no es más que una serpiente, y la naturaleza de una serpiente es arrastrarse por el suelo y actuar a hurtadillas y con astucia. Jamás atacará si puede huir, aun cuando sepa que la huida puede serle fatal. ¿Qué dice esa carta?

La voz de sir Nathaniel era tranquila y serena. Cuando se veía mezclado en una disputa intelectual volvía a ser el diplomático hábil de siempre.

—Nos invita a Mimi y a mí a tomar el té esta tarde en «La arboleda de Diana» y espera que usted también la honre con su presencia.

Sir Nathaniel sonrió.

—Le ruego que solicite a la señora Salton que acepte en nombre de los tres.

—De alguna manera pretende causarnos daño, que podría ser mortal. Quizá sea mejor no ir.

—Existe un viejo truco que en la diplomacia se aprende en seguida, Adam. Siempre conviene batirse en un terreno que uno mismo haya elegido. Es cierto que, en esta ocasión, es ella la que ha sugerido el lugar. Pero al aceptarlo, lo hacemos nuestro. Además, ella no podrá entender nuestras razones para obrar así, y su propia mala conciencia —si es que tiene alguna, buena o mala— y sus mismos temores y dudas jugarán a favor nuestro. No, mi querido muchacho, aceptemos sin falta.

Adam no dijo nada, pero, silenciosamente, extendió su mano, que su compañero estrechó; no necesitaban palabras.

Cuando se aproximaba la hora del té, Mimi preguntó a sir Nathaniel cómo irían.

—Debemos apuntarnos un tanto a nuestro favor presentándonos con gran ceremonia. Necesitamos toda la publicidad que sea posible —Mimi lo miró interrogativamente—. En las presentes circunstancias, querida, la publicidad es una protección. No se sorprenda si, mientras estamos en «La arboleda de Diana», le llegan a usted ocasionales mensajes, o a todos o a alguno de nosotros.

—¡Ya veo! —dijo la señora Salton—. Usted no quiere correr riesgos.

—Ninguno, querida. Todo lo que he podido aprender en las cortes extranjeras, entre gente lo mismo envilecida que bárbara, va a ser utilizado en las dos siguientes horas.

La voz de sir Nathaniel sonaba muy seria, y Mimi quedó convencida de la importante gravedad del momento.

A su debido tiempo, se pusieron en camino en un carruaje tirado por dos magníficos caballos, que pronto devoró las escasas millas del viaje. Antes de atravesar el portón de entrada, sir Nathaniel se volvió hacia Mimi.

—He convenido con Adam algunas señales, que podrían sernos útiles si se presentasen emergencias de cualquier tipo. Esto no tiene nada que ver con usted directamente. Pero tenga presente que si le pido a usted o a Adam que hagan algo, no deben perder un instante en hacerlo. Debemos hacer un esfuerzo en esos momentos por conservar una apariencia indiferente. Lo más probable es que no suceda nada que requiera semejantes precauciones. El Gusano Blanco no empleará la fuerza, aunque tenga de sobra. Todo el mal que puede intentar hacernos hoy, lo hará por la vía del complot secreto. En otra oportunidad quizá emplee la fuerza, pero no hoy, por lo que puedo prejuizar. Los mensajeros que vendrán a preguntar por uno de nosotros, no solamente serán testigos, sino que pueden ayudarnos a evitar el peligro.

Leyendo una pregunta en el rostro de Mimi, el anciano continuó:

—Bajo qué forma se presentará el peligro, no puedo ni imaginármelo. Se ocultará, sin duda, bajo circunstancias ordinarias, pero no menos peligrosas de tener en cuenta. Ya estamos en la entrada. Ahora, mucho cuidado. No perder la cabeza es ya un gran paso adelante.

Cuando llegaron, había en el vestíbulo varios servidores con librea. Las puertas del salón estaban abiertas, y lady Arabella avanzó hacia ellos, ofreciéndoles una cordial bienvenida. A continuación los condujo a otra habitación, donde estaba servido el té.

Adam se mantuvo en guardia desconfiando de todo, y vio en la pared más

lejana de la habitación una puerta de hierro del mismo color y configuración que la que cerraba la cámara subterránea donde estaba el pozo en el que había desaparecido Ulanga. Al verla se alarmó, y permaneció quieto cerca de ella. No hizo ningún movimiento, ni siquiera con los ojos, pero sentía que sir Nathaniel lo vigilaba estrechamente e imaginaba que le daba su aprobación.

Se sentaron todos alrededor de la mesa preparada para el té, Adam todavía cerca de la puerta. Lady Arabella se abanicó, se quejó del calor, y ordenó a uno de sus lacayos que hiciera abrir las demás puertas.

Mientras tomaban el té, apareció súbitamente en el rostro de Mimi una mirada de espanto; al mismo tiempo, los hombres comenzaron a notar que un espeso humo empezaba a esparcirse por la habitación, haciendo difícil la respiración y provocando sofocos en los que lo inhalaban. Los lacayos, inquietos, trataron de abrirse paso hacia la puerta interior. El humo se espesaba más y más y el olor era cada vez más acre. Mimi, hacia quien la corriente de aire de la puerta abierta llevaba el humo, comenzó a sofocarse, y corrió hacia la puerta interior, que abrió por completo, descubriendo que en el exterior había una cortina de fina seda, fijada al quicio. La corriente de aire que se formó dirigió hacia ella la delgada cortina. Asustada, tiró de la cortina, que la envolvió de pies a cabeza. Luego, corrió hacia la puerta todavía abierta, sin atender al hecho de que no podía ver adonde iba. Seguido por sir Nathaniel, Adam se precipitó hasta alcanzarla y la agarró firmemente por el brazo. La actuación fue afortunada, porque justo delante de su esposa se abría el negro orificio del pozo, que, por supuesto, ella no podía ver a causa de la cortina, enrollada alrededor de su cabeza. El suelo estaba muy resbaladizo; algo así como aceite, espeso y negro, había sido derramado por donde Mimi tenía que pasar. Muy cerca del borde del pozo, Mimi dio un traspié y resbaló hacia delante en dirección al pozo.

Cuando Adam vio que Mimi resbalaba, se echó hacia atrás sin soltar su brazo. Su peso fue decisivo y la arrastró, cayendo ambos al suelo, fuera de la zona resbaladiza. Al momento, Adam ayudó a Mimi a levantarse y juntos salieron precipitadamente por la puerta abierta hacia la luz solar, seguidos por sir Nathaniel pisándoles los talones. Todos estaban pálidos, a excepción del anciano diplomático que parecía tranquilo e indiferente. Al ver que su amigo se mantenía dueño de sí mismo, Adam y su esposa se tranquilizaron y animaron. Ambos se las ingeniaron para seguir el ejemplo del anciano, con gran sorpresa para los lacayos de lady Arabella, que vieron a los tres, recién escapados de un terrible peligro, caminando alegremente, como si nada hubiera ocurrido. Bajo la presión de la mano de sir Nathaniel, que los guiaba, dieron media vuelta y volvieron a entrar en la casa.

Lady Arabella, cuyo rostro había adquirido una palidez mortal, volvió a ocuparse de la bandeja del té, como si nada extraordinario hubiera pasado. El

recipiente para echar los posos estaba lleno de papel marrón, consumido a medias por el fuego, sobre el que habían vertido té.

Sir Nathaniel había estado observando atentamente a su anfitriona, y aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para susurrar a Adam:

—El verdadero ataque todavía no ha tenido lugar; está demasiado tranquila. Cuando yo tome a su esposa de la mano para conducirla afuera, síganos usted y adviértale que se apresure. No debemos perder ni un segundo, aunque tenga que hacer una escena. ¡Chitón!

Luego, volvieron a ocupar sus respectivos lugares alrededor de la mesa, mientras los criados, obedeciendo una orden de lady Arabella, traían más té.

A partir de ese momento, la reunión en torno a las tazas de té fue una verdadera pesadilla para Adam, cuyos sentidos estaban exacerbados en el más alto grado. En cuanto a la pobre Mimi, estaba tan sobreexcitada por el miedo, el presente tanto como el futuro, y por el horror del peligro del que acababa de escapar, que sus facultades parecían embotadas. Sin embargo, cobró ánimos para la prueba, sintiéndose preparada para enfrentarse con lo que viniera. Sir Nathaniel parecía, como de costumbre, afable, decoroso y atento, plenamente dueño de sí mismo.

Para su marido, resultaba evidente que Mimi estaba intranquila. Su forma de girar la cabeza para mirar en torno suyo, los bruscos cambios de color de su tez, y su respiración precipitada alternando con intervalos de sospechosa calma, eran evidencias de una perturbación nerviosa. La actitud de lady Arabella hacia ella era una mezcla de amabilidad amistosa y consideración personal. Resultaba difícil imaginarse una bondad más considerada y tierna hacia un huésped de honor.

Cuando hubo terminado el té y los criados retiraron las tazas, lady Arabella, pasando su brazo por la cintura de Mimi, la llevó hacia una habitación contigua, donde tenía una colección de fotografías dispersas, y sentándose junto a su invitada, comenzó a mostrárselas. Mientras lo hacía, los criados cerraron todas las puertas, incluyendo la que se abría desde la habitación subterránea, la del pozo que daba sobre la avenida. Súbitamente y sin causa aparente, la luz de la habitación comenzó a menguar. Sir Nathaniel, que estaba sentado junto a Mimi, se levantó y, al grito de «¡rápido!», la cogió de la mano y empezó a arrastrarla fuera de la habitación. Adam cogió su otra mano y entre los dos la condujeron hacia la puerta exterior, que los criados habían comenzado a cerrar. Al principio tuvieron dificultades para encontrar el camino, porque la oscuridad era total; pero para su alivio, cuando Adam silbó de manera estridente, llegaron al galope el carruaje y los caballos, que habían estado esperando en una esquina de la avenida. Adam y sir Nathaniel izaron —casi arrojaron— a Mimi al interior del carruaje. El postillón manejó látigo y

espuela, y el vehículo, rodando a gran velocidad, atravesó la puerta de entrada y enfiló la carretera. Detrás de ellos se produjo un tumulto: los servidores corrían de un lado para otro, se gritaban órdenes, las puertas se cerraban, y se oía un extraño ruido procedente de algún lejano lugar en el interior de la casa. Los caballos corrían atolondradamente por la ruta con todos sus músculos tensos. Los dos hombres sostenían a Mimi, pasándole un brazo alrededor, como una forma de protección. Según avanzaban, surgió una repentina elevación en el terreno; pero los caballos, resoplando con dificultad, se precipitaron en una loca carrera, sin aflojar el paso en el descenso de la colina, cuyas pendientes bajaron a gran velocidad.

Sería insensato pretender que ni Mimi ni Adam experimentaron temor al regresar a Doom Tower. La angustia de Mimi era mucho más intensa que la de su marido, cuyos nervios estaban más templados y acostumbrados al peligro. No obstante, Mimi resistió bravamente y, como de costumbre, el esfuerzo le resultó provechoso. Cuando se encontró de nuevo en el gabinete de trabajo en lo alto de la torre, casi olvidó los horribles peligros que acechaban afuera en la oscuridad. Hizo todo lo posible por no asomarse a la ventana. Adam, en cambio, miró y no vio nada. La luz de la luna iluminaba toda la región circundante, pero en ningún sitio pudo observar el trémulo rayo de luz verde.

La tranquila noche tuvo un efecto benéfico sobre los dos esposos. Invisible en aquel momento, el peligro parecía inexistente. A veces parecía imposible que hubiera existido. Con renovado ánimo, Adam se levantó muy temprano y paseó a lo largo del Brow, sin que observara cambios aparentes en Castra Regis. Lo que sí vio, para su sorpresa e inquietud, cuando ya regresaba a casa, fue a lady Arabella, con su vestido blanco y ceñido y su cuello de armiño (sin las esmeraldas), que salía de la puerta de «La arboleda de Diana» y caminaba hacia el Castillo. Mientras se apresuraba a reunirse con Mimi y sir Nathaniel para el desayuno, Adam reflexionó sobre esta circunstancia, procurando deducir su significado. Comenzaron la comida en silencio. Lo pasado, pasado estaba, y era conocido por todos. Además, no era un tema agradable.

La conversación se reanudó cuando Adam contó que había visto a lady Arabella en camino hacia Castra Regis. Cada uno tenía algo que decir sobre ella y especialmente sobre sus intenciones o deseos con respecto a Edgar Caswall. Mimi habló amargamente de su enemiga, sin omitir detalle. Nunca podría olvidar la ocasión en que, para perjudicar a Lilla, la mujer se había puesto de acuerdo con el negro. En el plano social le indignaba que persiguiera al rico hacendado «arrojándose en sus brazos tan descaradamente». Estaba interesada en saber si la gran cometa todavía sobrevolaba la torre de Caswall; pero no se esforzó en hablar de otra cosa. El único comentario que hizo fue de sorpresa por el «descaro» de su señoría al ignorar sus propios actos criminales, y su desvergüenza en dar por sentado que los demás también los habían

pasado por alto.

CAPÍTULO XXIV

UNA PROPUESTA SORPRENDENTE

Cuanto más reflexionaba Mimi acerca de los últimos acontecimientos, más confundida estaba. ¿No se habría cometido un error en alguna parte? ¿Sería posible que uno de los dos, o los dos, nos hubiéramos equivocado, y que, el Gusano Blanco jamás hubiera existido? En cualquier caso eran hipótesis que no se podían aceptar. No creer en lo que parecía evidente equivalía a destruir los cimientos mismos de la creencia... Sin embargo en épocas remotas habían existido monstruos sobre la Tierra, y ciertamente hubo pueblos que creyeron en sus misteriosos cambios de identidad. Todo era muy extraño. Se imaginaba cómo la miraría un desconocido —digamos un médico— si ella le contara que había sido invitada a tomar el té con un monstruo antediluviano, y que le habían atendido sirvientes a la última moda.

Adam había regresado, estimulado por el paseo y más tranquilo de lo que había estado últimamente. Como Mimi, él también había atravesado la fase de dudas e incapacidad para aceptar la realidad de las cosas, aunque no le había afectado en el mismo grado. La idea, sin embargo, de que su esposa padecía las consecuencias nocivas de esta terrible prueba, le infundió nuevos ánimos. Se quedó con ella un rato, y después partió en busca de sir Nathaniel a fin de hablar con él sobre el asunto. Sabía que el temperamento tranquilo y la confianza en sí mismo del anciano, así como su experiencia, les serviría de mucha ayuda.

Sir Nathaniel había llegado a la conclusión de que, por alguna razón que ignoraba, lady Arabella había cambiado sus planes, y, por el momento al menos, quería mostrarse pacífica. Estaba inclinado a atribuir dicho cambio de comportamiento al hecho de que su influencia sobre Edgar Caswall era tan grande como para justificar una más firme convicción en que lo sometería a sus encantos.

En realidad, lady Arabella había visto a Caswall esta mañana cuando visitó Castra Regis, y juntos habían mantenido una larga conversación, durante la cual se había discutido la posibilidad de su unión matrimonial. Caswall, sin manifestarse entusiasmado por el tema, se había mostrado cortés y atento. Mientras paseaba de regreso a «La arboleda de Diana», lady Arabella casi se felicitaba interiormente por el nuevo rumbo de su vida. Que la idea se había convertido en una fijación en su mente lo probaba la carta que en ese mismo

día por la tarde le escribió y entregó en mano a Adam Salton. Decía así:

APRECIADO SEÑOR Salton:

Me pregunto si sería usted tan amable de aconsejarme y, si es posible, ayudarme en un asunto de negocios. Desde hace algún tiempo trato de decidirme a vender «La arboleda de Diana». Hasta ahora he venido postergando la operación. La finca es propiedad únicamente mía y nadie debe ser consultado acerca de lo que yo desee hacer con ella. Fue comprada por mi difunto esposo, el capitán Adolphus Ranger March, que tenía otra residencia, «The Crest», en Appleby. Con la casa adquirió todo tipo de derechos sobre las tierras circundantes, incluidos los de minería y caza. Cuando él murió, me dejó toda la propiedad. Sentiré dejar este lugar, del que guardo innumerables recuerdos felices y afectos: la memoria de muchos días felices de mi vida de recién casada y sobre todo del hombre que amé y que tanto me amó. Estaría dispuesta a vender la propiedad a un precio justo, con tal de que, por supuesto, el comprador fuera de mi agrado y gozara de mi aprobación. ¿Puedo decirle que usted mismo sería la persona ideal? Pero no me atrevo a esperar tanto de usted. Sin embargo, se me ha ocurrido que entre sus amigos australianos puede haber alguno que desee establecerse en la Madre Patria, y no tenga inconveniente en fijar su residencia en una de las más históricas regiones de Inglaterra, llena de romances y leyendas, de inagotable interés para el estudioso del pasado. La propiedad, aunque pequeña, está en perfectas condiciones y ofrece ilimitadas posibilidades de desarrollo; posee innumerables derechos, dudosos o no liquidados, que ya existían antes de la llegada de los romanos o incluso de los celtas, que fueron los primeros propietarios. Por añadidura, la casa ha sido amueblada al *dernier cri*. Se podría arreglar la compra inmediatamente. Mis abogados pueden suministrarle, a usted mismo o a quien sugiera, todos los detalles legales. Basta una palabra suya de aceptación o rechazo; los detalles podrán ser discutidos por nuestros agentes. Perdóneme por molestarle con este asunto. Su sincera amiga.

ARABELLA MARCH

Adam leyó varias veces la carta, y cuando se decidió, fue al encuentro de Mimi y le preguntó si tenía alguna objeción que hacerle. Después de estremecerse, ella le contestó que en esto, como en las demás cosas, estaba dispuesta a hacer todo lo que él quisiera.

—Querido, deseo que tú elijas lo que sea mejor para los dos. Sé completamente libre de actuar según creas que es tu obligación o hacia donde te lleve el instinto. Estamos los dos en las manos de Dios. Él nos ha guiado hasta aquí y seguirá haciéndolo hasta el final.

Adam Salton se dirigió directamente de la habitación de su esposa al estudio en la torre, donde sabía que sir Nathaniel estaría a esa hora.

El anciano estaba solo. Cuando Adam entró, obedeciendo el «adelante» con que fue contestada su llamada, cerró la puerta y se sentó junto a él.

—¿Cree usted, señor, que haría bien en comprarme «La arboleda de Diana»?

—¡Dios bendito! —dijo el anciano alarmado—. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante cosa?

—Es muy sencillo. He jurado destruir ese Gusano Blanco, y el poder hacerlo que se me antoje con la madriguera facilitaría las cosas y evitaría complicaciones.

Sir Nathaniel vaciló mucho más que de costumbre antes de hablar. Reflexionaba profundamente.

—Sí, Adam, hay mucho sentido común en su sugerencia, aunque al principio me sobresaltara. Creo que, por todas las razones expuestas, le convendría comprar la propiedad y tener lista la escritura de traspaso en seguida. Si necesita más dinero del previsto de inmediato, no vacile en pedírmelo, seré su banquero.

—Gracias, señor, de todo corazón; pero dispongo de más dinero en efectivo del que necesito. Me alegra su aprobación.

—La propiedad es histórica y adquirirá más valor todavía con el paso del tiempo. Además, puedo decirle algo, que, aunque no es más que una suposición mía, si estoy en lo cierto añadirá gran valor al lugar —Adam escuchaba—. ¿Nunca se ha preguntado por qué le pusieron ese antiguo nombre de «La madriguera del Gusano Blanco»? Sabemos que existía una serpiente que en los tiempos primitivos llamaban gusano; pero, ¿por qué blanco?

—Verdaderamente lo ignoro, señor. Nunca pensé en ello. Simplemente lo di por supuesto.

—Lo mismo me ocurrió a mí al principio... hace mucho tiempo. Pero luego estrujé mi cerebro buscando una razón.

—¿Y cuál era la razón, señor?

—Simple y únicamente porque el gusano o serpiente era blanco. Estamos cerca del condado de Stafford, donde nació y progresó la gran industria de la porcelana cocida. Stafford debe gran parte de su riqueza a los extensos depósitos de una rara arcilla blanca llamada caolín, encontrados en su subsuelo de vez en cuando. Estos depósitos se extinguieron con el paso del tiempo; pero durante siglos los aventureros de Stafford buscaron esa arcilla especial, como los granjeros y exploradores de Ohio y Pennsylvania buscaban petróleo. Cualquiera que posea una propiedad en la que se puede encontrar caolín ha

dado con una especie de mina de oro.

—Comprendo, ¿y entonces? —el joven parecía confundido.

—El primitivo «Gusano», así llamado, que ha dado su nombre al lugar, tuvo que encontrar un camino directo al interior de los pantanos y pozos. Es un hecho que la arcilla es fácilmente penetrable, y probablemente el agujero original atravesaba un lecho de caolín. Una vez abierto el camino, se convertiría en una especie de vía principal de entrada y salida para el Gusano. Pero como para subir desde tales profundidades tendría que moverse mucho, parte de la arcilla se le pegaría a la rugosa piel al arrastrarse. El camino descendente debió de haber sido relativamente fácil, pero el ascendente sería diferente, y al llegar a la superficie el monstruo estaría blanqueado del contacto con la arcilla blanca. De ahí su nombre, que no tiene ningún significado críptico, sino que se atiene únicamente a los hechos. Ahora bien, si esa suposición fuese cierta —y no veo razones en contra— debe de existir un depósito de valiosa arcilla, posiblemente a gran profundidad.

—Siento intuitivamente, señor, que ha descubierto —o más bien resuelto — una gran verdad.

El comentario de Adam agradó al anciano caballero, que continuó diciendo alegremente:

—Cuando el mundo del comercio se dé cuenta del valor de mi descubrimiento, será mejor que usted tenga en regla su título de propiedad. Si alguien merece esta ganancia, es indudablemente usted.

Con la ayuda de su amigo, Adam se aseguró la propiedad sin perder un instante. Después fue a visitar a su tío y le contó toda la historia. El señor Salton se alegró mucho de encontrar a su joven pariente convertido en propietario de tan magnífica propiedad, que le conferiría una importante posición social en el condado. También le hizo muchas inquietas preguntas acerca de Mimi y sobre las andanzas del Gusano Blanco, pero Adam lo tranquilizó.

A la mañana siguiente, cuando Adam fue a ver a su anfitrión a la sala de fumadores, sir Nathaniel le preguntó cómo se proponía actuar en lo referente al cumplimiento de su juramento.

—La tarea que usted se ha propuesto es difícil. Destruir a semejante monstruo es algo parecido a los trabajos de Hércules. Se enfrenta usted no sólo a su tamaño, su peso y su capacidad de utilizar ambos de manera inesperada, sino a su aspecto oculto que, por sí solo, es ya una dificultad insuperable. El Gusano es ya señor de todos los elementos, excepto el fuego, y no veo cómo podría utilizarse el fuego para atacarlo. Le basta con ocultarse en la tierra, en la forma habitual, y ni usted ni nadie podría alcanzarlo, aunque tuviera los

recursos de la mayor mina de carbón en existencia. Pero quizá tenga usted algún plan en mente —añadió cortésmente.

—Lo tengo, señor. Pero es posible, por supuesto, que no soporte una prueba práctica.

—¿Puedo saber qué es?

—Bien, señor, este es mi razonamiento: en la época de las conmociones de los cartistas corrió el rumor en los círculos financieros de que se proyectaba un ataque contra el Banco de Inglaterra. Inmediatamente, los directivos de esta institución consultaron a numerosos especialistas y finalmente se concluyó que la mejor protección contra el fuego —que era lo que se temía— no era el agua sino la arena. A fin de poner en práctica esta idea, inmensas reservas de arena de mar —del tipo que abunda en la región y que se emplea para llenar relojes de arena— fueron dispuestas por todas partes del edificio, especialmente donde era más probable el ataque.

—Me propongo —continuó Adam— hacer traer a «La arboleda de Diana», tan pronto como pase a mi propiedad, una gran cantidad de arena de esa clase, y a la primera ocasión la verteré en el pozo, cegándolo por un tiempo. De este modo, lady Arabella, bajo su forma natural de Gusano Blanco, se vería privada de su refugio. El pozo es angosto y tiene varios centenares de pies de profundidad. El peso de la arena que puede contener no sería suficiente para obstruirlo, pero la fricción que debería realizar tan colosal cuerpo para abrirse camino sería tremenda.

—Un momento. ¿Qué papel jugaría la arena en la destrucción del Gusano?

—Ninguno, directamente; pero podría aprisionar al esforzado cuerpo hasta que el resto de mi plan se lleve a la práctica.

—¿Y cuál es ese resto?

—A la vez que se vierte arena en el pozo puede arrojarse también dinamita en grandes cantidades.

—Muy bien. Pero, ¿cómo hará explotar la dinamita? Porque, por supuesto, eso es lo que usted intenta. ¿No se necesita para cada paquete de dinamita alambre y mecha?

Adam sonrió.

—Actualmente ya no, señor. Se probó en Nueva York. Mil libras de dinamita, en botes sellados, fueron colocadas en determinados lugares. Una carga de pólvora sirvió de detonante para explotar la dinamita. El éxito fue total. Los que no eran expertos en la materia esperaban que se hicieran pedazos todos los cristales de Nueva York. Pero, en realidad, los explosivos no causaron ningún daño fuera del área prevista, aunque dieciséis acres de roca

fueron minados y únicamente quedaron en pie los muros de contención y los pilares. Sir Nathaniel inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—Parece un buen plan; excelente, diría yo. Pero si es preciso volar tantos pies de precipicio, puede destruirse toda la vecindad.

—Y librarse para siempre de un monstruo —agregó Adam, mientras abandonaba la habitación para buscar a su esposa.

CAPÍTULO XXV

LA ÚLTIMA BATALLA

Lady Arabella había dado instrucciones a sus procuradores para que se apresuraran con la escritura de traspaso de «La arboleda de Diana». Así es que, sin pérdida de tiempo, Adam Salton obtuvo la posesión formal de la propiedad. Después de su entrevista con sir Nathaniel, había tomado medidas para comenzar a ejecutar su plan. Para almacenar la necesaria cantidad de fina arena de mar, había dado órdenes al mayordomo de que prepararan un elaborado sistema de fertilización del suelo. Un gran montón de arena, traída de las bahías de la costa galesa, comenzó a elevarse en la parte posterior de «La arboleda de Diana». Nadie parecía sospechar que iba a tener otro destino del que había sido anunciado.

Lady Arabella, única que podía haberlo sospechado, estaba tan ocupada en la persecución matrimonial de Edgar Caswall, que no tenía ni tiempo ni ganas para ocuparse de ninguna otra cosa. Aunque formalmente había entregado la propiedad, todavía no se había ido de la casa.

Adam construyó un rudimentario cobertizo de chapa ondulada detrás de la «Arboleda», donde almacenó los explosivos. Cuando llegara el momento, todo estaría listo para su gran plan. Sólo le quedaba esperar. Para pasar el tiempo, mientras tanto, se interesó por otras cosas, inclusive la gran cometa de Caswall, que todavía sobrevolaba desde la alta torre de Castra Regis. El montículo de fina arena alcanzó tan vastas proporciones que los alguaciles y granjeros de los alrededores del Brow estaban confundidos. La hora del cataclismo prometido se acercaba a pasos agigantados. Adam esperó en vano una ocasión, que pareciera natural, de visitar a Caswall en la torre de Castra Regis. Por fin, una mañana, encontró a lady Arabella que se dirigía al Castillo, y, armándose de coraje a deux mains, le pidió si le permitía acompañarla. Ella estaba muy contenta de satisfacer los deseos de Adam, porque convenían a sus propios fines. Juntos entraron en la casa y ascendieron a la habitación de la torre. Caswall quedó muy sorprendido de ver a Adam en su casa, pero cedió a

la obligación social de aparentar agrado. Jugó tan bien su papel de anfitrión que engañó al mismo Adam.

Los tres subieron hasta el tejado de la torre, donde Caswall explicó a sus invitados el mecanismo de ascensión y descenso de la cometa, aprovechando la oportunidad para comprobar los movimientos de las multitudes de pájaros, que respondían casi instantáneamente a la bajada o subida de la cometa.

Al regresar de Castra Regis, mientras lady Arabella caminaba hacia su casa con Adam, le preguntó si podía hacerle una petición. Concedido el permiso, lady Arabella explicó que antes de abandonar definitivamente «La arboleda de Diana», donde había vivido tanto tiempo, tenía el deseo de conocer la profundidad del pozo. Adam experimentó una gran alegría ante esta petición, no por ningún tipo de sentimentalismo, sino porque deseaba encontrar alguna razón válida y ostensible para examinar el pasadizo del Gusano sin despertar sospechas. Hizo traer de Londres una sonda Kelvin, con suficiente longitud de cuerda de piano como para llegar hasta el fondo del orificio. La cuerda corría fácilmente en el carrete, y cuando se colocó en la boca del pozo, Adam esperó con satisfacción el momento más propicio para su experimento decisivo.

Mientras tanto, todo se había desarrollado con calma en Mercy Farm. Lilla, por supuesto, se sentía muy sola por la ausencia de su prima, pero el invariable curso de la vida fluía para ella tanto como para los demás. Pasado el primer impacto de la separación, las cosas volvieron a su habitual rutina. En un aspecto, sin embargo, había una marcada diferencia. Mientras las condiciones de la casa se habían conservado invariables, Lilla vivía contenta, sin ninguna ambición personal, aferrada a la única vida que había conocido. Pero el casamiento de Mimi la hizo reflexionar; naturalmente, llegó a la conclusión de que ella también podía casarse. Pero no había mucho donde elegir; existía poco movimiento con fines matrimoniales en la granja. Lilla no aprobaba la personalidad de Edgar Caswall, y su lucha con Mimi la había aterrorizado; pero, sin lugar a dudas, era un excelente partí, mucho mejor de lo que ella hubiera podido esperar. Este tipo de consideraciones pesa bastante en una mujer, y sobre todo en una de su clase. Así es que, en general se contentó con dejar que los hechos siguieran su curso, ateniéndose a las consecuencias.

Según pasaba el tiempo, Lilla tenía razón en creer que la situación no favorecía sus deseos. No podía cerrar los ojos a ciertos hechos inquietantes, como la existencia de lady Arabella y su intimidación cada vez mayor con Edgar Caswall; así como la propia naturaleza fría y altanera de este, tan en desacuerdo con el ardor en que suelen basarse los sueños de felicidad de una doncella. Le aterraba pensar en cómo deberían modificarse las cosas para que ella pudiera casarse. Teniendo todo esto en cuenta, las perspectivas no eran prometedoras, y tenía el secreto anhelo de que algo ocurriría que trastocaría el orden existente de las cosas.

Cuando Lilla recibió una nota de Edgar Caswall, pidiéndole autorización para ir a tomar el té al día siguiente, se le encogió el corazón. Si se trataba solamente del bienestar de su abuelo, no debía rechazarlo o mostrarle una aversión que pudiera interpretarse como desaire. Echaba en falta a Mimi más de lo que era capaz de reconocer o incluso imaginar. Hasta ese momento, había contado siempre con la simpatía, comprensión y leal apoyo de su prima. Ahora, se habían ido tanto ella como todas esas cosas y mil más, como dulzura, seguridad, apoyo. Y en su lugar había quedado un horrible y doloroso vacío.

Durante toda la tarde y la noche, y la mañana siguiente, la soledad de la pobre Lilla había ido en aumento hasta convertirse en una verdadera angustia. Por vez primera comenzó a darse cuenta del significado de su pérdida, como si los sufrimientos anteriores hubieran sido una simple preparación. Cada cosa que venía a su mente, cada recuerdo o pensamiento, estaban cargados de una intensa significación. Luego, por encima de todo, sentía un nuevo pavor. El sentimiento de seguridad, que la había rodeado toda su vida, se trocó en una aprensión que nunca la abandonaba, y a veces casi superaba su capacidad de resistencia. Tan grande era su temor que sentía obsesivamente que le daba lo mismo morir que seguir viviendo. Sin embargo, cualesquiera que fueran sus sentimientos, estaba obligada a cumplir con su deber, y habiendo sido educada para anteponer el deber a todo lo demás, cobró ánimos para seguir adelante, lo mejor que podía.

Con todo, esta recia y prolongada lucha por recuperar el autocontrol, afectó a Lilla. Parecía estar enferma y debilitada, y en realidad su estado era de enervación y postración, con profundas ojeras, una palidez generalizada y un temblor involuntario que casi no podía reprimir. Era para ella una triste desgracia que Mimi estuviera fuera, porque su amor hubiera podido entender las causas oscuras de sus males y descubrir el definitivo estado de salud de la chica. Lilla era absolutamente incapaz de hacer nada por escapar a la prueba de fuego que le esperaba; pero su prima, con la experiencia de sus anteriores combates con el señor Caswall, y el conocimiento del estado en que aquellos la habían dejado, hubiera podido tomar medidas —incluso perentorias, si era necesario— para evitar su repetición.

Edgar llegó puntualmente a la hora que ella misma había fijado. Cuando Lilla lo vio acercarse a la casa, a través del gran ventanal, su estado de conmoción nerviosa era lastimoso. Cobró ánimos sin embargo, y se las arregló para pasar las fases preliminares del encuentro sin ningún cambio perceptible en su aspecto normal y su comportamiento. Hubiera sido todavía peor que la sombra negra de Ulanga hubiera aparecido detrás de su amo, como ella temía. Le quitó un peso de encima el comprobar que el negro ya no la acechaba con su habitual sigilo. También había temido, aunque en menor grado, la presencia

de lady Arabella, que podía causarle problemas como en anteriores ocasiones.

Con la natural prudencia de una mujer en difícil situación, Lilla había dispuesto los utensilios del té como una sutil indicación de la diferencia social entre ella y su huésped. Había elegido el servicio de té más humilde que tenía, y lo mismo hizo con los alimentos de acompañamiento. En lugar de sacar la tetera de plata y las tazas de porcelana, había elegido una de barro cocido, como las que suelen usarse habitualmente en las cocinas campesinas. La misma sencillez se ponía de manifiesto en las tazas y platillos de basta alfarería casera, y en la jarrita de crema de similar material. El pan era de harina integral, amasado en casa. La mantequilla era de buena calidad, pues la había hecho ella misma, mientras que las confituras y la miel procedían de su propio jardín. Su rostro brilló de satisfacción al ver que su huésped contemplaba estos preparativos con una mirada altanera. En el fondo, la pobre muchacha estaba sobresaltada, porque le gustaba ofrecer a sus invitados la mejor hospitalidad que estuviera a su alcance; pero tenía que sacrificar este y otros placeres, porque la necesidad lo requería.

Caswall tenía el rostro más adusto e impasible que nunca; sus penetrantes ojos parecían, desde el principio, mirarla intensamente hasta atravesarla. El corazón de Lilla desfalleció cuando pensó en lo que vendría después... en cómo acabaría todo, cuando esto no era más que el principio. Como protección, más sentimental que práctica, había traído de su propio dormitorio las fotografías de Mimi, de su abuelo, y de Adam Salton, a quien se había acostumbrado a considerar como a un hermano en quien podía confiar. Colocó las fotografías cerca de su corazón, donde su mano pudiera extraviarse con naturalidad cada vez que sus sentimientos de turbación, desconfianza y temor se hicieran tan intensos que impidieran la tranquilidad que ella consideraba necesaria para sobrellevar la prueba.

Al principio, Edgar Caswall fue cortés y bien educado, incluso atento; pero poco después, cuando sintió que la resistencia de Lilla aumentaba, abandonó toda apariencia de autocontrol y volvió a manifestarse tan dominante como se había mostrado previamente. La mujer estaba preparada, sin embargo, para esta eventualidad, tanto por sus experiencias anteriores como por su instinto natural de lucha. De este modo, según pasaban los minutos, ambos ejercieron sus poderes, conservándose el equilibrio de fuerzas con el que habían empezado.

Inadvertidamente, la batalla psíquica entre las dos individualidades comenzó de nuevo. Esta vez, tanto las circunstancias positivas como las negativas estaban totalmente a favor del hombre. La mujer estaba sola y de mal humor, sin nadie en quien apoyarse; nada estaba a su favor excepto el recuerdo de las dos disputas victoriosas. Mientras que el hombre, aunque no contaba como antes con la ayuda de lady Arabella o de Ulanga, estaba lleno de

energía, bien descansado y en favorable disposición. No fue sorprendente, por tanto, que su natural carácter dominante le brindara numerosas oportunidades de hacer valer sus derechos. Miró fijamente a Lilla, desde el principio, con plena conciencia de su poder, y, como este pareció tener un efecto inmediato sobre la muchacha, sintió la creciente convicción de que la victoria final sería suya.

Poco a poco la firmeza de Lilla comenzó a flaquear. Sentía que la contienda era desigual, y que no estaba en condiciones de poner en juego sus mejores recursos. Siendo una persona desinteresada, no sabía luchar tan bien por sí misma como por alguien a quien amara y del que fuera devota. Edgar constató la distensión de los músculos de su cara y frente, y el desplome casi total de sus párpados, que parecían venirse abajo como cuando se tiene mucho sueño. Lilla hizo valerosos esfuerzos por recuperar sus disminuidas fuerzas, pero por el momento resultaron infructuosos. Por fin, se produjo una interrupción, que pareció ofrecerle un poderoso estimulante. A través del amplio ventanal vio entrar a lady Arabella por la sencilla verja que conducía a la granja y avanzar hacia el vestíbulo. Iba vestida, como de costumbre, con un ajustado vestido blanco que realzaba su delgada y sinuosa figura.

Esta visión logró de Lilla lo que ningún esfuerzo de su voluntad hubiera podido hacer. Sus ojos relampaguearon, y por un instante sintió como si una nueva vida se hubiera instalado súbitamente dentro de ella. La entrada de lady Arabella, con su habitual indiferencia, altivez y desdén, realzó el efecto, y cuando ambas estuvieron cerca la batalla se reanudó. A Caswall también le infundió nuevo valor su llegada, y la recuperación del dominio total de sus fuerzas. Sus miradas, intensificadas, tuvieron un efecto más obvio que hasta entonces. Lilla parecía al fin haber caído bajo su dominio. Su cara pasó en rápidos turnos del rojo intenso al blanco espectral. Le faltaban las fuerzas. Las rodillas se le doblaban, y estaba a punto de dejarse caer al suelo, cuando, para su sorpresa, entró Mimi en la habitación, corriendo apresuradamente y respirando con dificultad.

Lilla se precipitó hacia ella, y las dos se estrecharon las manos. Una nueva sensación de poder, como jamás Lilla había visto en ella, pareció animar a su prima. Su mano se agitó en el aire, delante de Caswall, haciéndole retroceder más y más con cada movimiento, hasta arrojarlo por fin por la puerta que Mimi había dejado abierta al entrar, y hacerlo caer cuan largo era sobre la senda de grava.

Entonces sobrevino el derrumbamiento total y definitivo de Lilla, que, sin hacer ruido, cayó al suelo.

CAPÍTULO XXVI

CARA A CARA

Mimi se sintió muy afligida al ver a su prima caída en el suelo. Había visto varias veces a Lilla al borde del desvanecimiento, pero nunca sin sentido; y ahora estaba aterrorizada. Se arrodilló junto a ella y procuró reanimarla, frotando sus manos y con otros medios conocidos. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Lilla estaba todavía pálida y sin conocimiento. De hecho, cada instante que pasaba su aspecto era peor, su pecho que antes palpitaba por la excesiva tensión, ya no se movía, y la palidez de su rostro semejava la blancura del mármol.

Con estos cambios subsiguientes el terror de Mimi aumentó, hasta apoderarse totalmente de ella. Consiguió controlarse a sí misma hasta el punto de que no gritó.

Lady Arabella había seguido a Caswall cuando este se había recuperado lo suficiente como para levantarse y dirigir sus vacilantes pasos en dirección a Castra Regis. Cuando Mimi se quedó a solas con Lilla, y cesó la tensión de la lucha, se sintió débil y temblorosa. En su mente, lo atribuía a un repentino cambio climático; por momentos era evidente la llegada de una tormenta.

Mimi levantó la cabeza de Lilla y la depositó sobre su cálido pecho joven, pero todo fue en vano. Un escalofrío recorrió sus pálidas facciones, y se derrumbó totalmente al comprender que Lilla había pasado a mejor vida.

Caía gradualmente el crepúsculo y las sombras de la noche se cerraban, pero Mimi no parecía notarlo o prestarle atención. Se sentó en el suelo con los brazos rodeando el cuerpo de su querida prima. El cielo se oscureció cada vez más mientras la tormenta que se aproximaba y la noche cerrada unieron sus fuerzas. Inmóvil, Mimi seguía sentada, sola, sin lágrimas, e incapaz de pensar. No supo cuánto tiempo permaneció allí sentada. Aunque a ella le parecieron siglos, no pudo haber sido más de media hora. Súbitamente volvió en sí y le sorprendió comprobar que su abuelo no había regresado. Durante unos segundos permaneció quieta, recordando el pasado inmediato. Tenía todavía entre las suyas la mano de Lilla, que para su sorpresa estaba aún tibia. Este descubrimiento la ayudó a recobrar el conocimiento, y a incorporarse sin ningún esfuerzo especial de voluntad. Encendió una lámpara y miró a su prima. No había duda de que Lilla estaba muerta; pero cuando la luz de la lámpara se posó sobre sus ojos, estos parecieron mirar a Mimi con intención, significativamente. En este estado de sombría desolación, tomó una determinación que fue afianzándose hasta convertirse en un propósito definido. Iría a ver a Caswall y le pediría cuentas por el asesinato de Lilla... así lo llamaba ella. Tomaría también medidas —no sabía cuáles ni cómo— para

vengar la participación de lady Arabella.

En esta disposición de ánimo, encendió todas las lámparas de la habitación, trajo agua y lienzo de su habitación, y arregló con decoro el cuerpo de Lilla. Esto le llevó algún tiempo; pero cuando hubo terminado, se puso el sombrero y la capa, apagó las luces, y partió silenciosamente para Castra Regis.

Al acercarse al Castillo, Mimi no percibió luz alguna excepto dentro y alrededor de la torre. Las luces le indicaban que el señor Caswall estaba allí, por lo que entró al vestíbulo, cuya puerta estaba abierta, como de costumbre, y en las tinieblas buscó la escalera de subida a la torre. La puerta estaba entornada y a través de la abertura brillaba una intensa luz en el interior. Entonces vio a Edgar Caswall, que paseaba incansablemente de un lado a otro de la habitación, con las manos agarradas a la espalda. Empujó la puerta sin llamar y avanzó al interior de la cámara. Al entrar en ella, Caswall dejó de pasear y la miró con sorpresa. Mimi no hizo comentarios ni observaciones, sino que siguió mirándolo fijamente.

Durante un tiempo reinó el silencio y los dos permanecieron mirándose fijamente uno al otro. Mimi fue la primera en hablar.

—¡Asesino! ¡Lilla ha muerto!

—¡Dios mío! ¡Dios misericordioso! ¿Cuándo murió?

—Murió esta tarde, inmediatamente después de que usted la dejara.

—¿Está usted segura?

—Sí, y usted también, o debería estarlo. ¡Usted la mató!

—¡Que yo la maté! ¡Tenga cuidado con sus palabras!

—Es tan cierto como que Dios nos ve; y usted lo sabe. Usted fue a Mercy Farm con el propósito de hacerla estallar. Y la cómplice de su crimen, lady Arabella March, fue con la misma intención.

—¡Tenga cuidado, mujer! —dijo Caswall acaloradamente—. No utilice esos términos, o sufrirá las consecuencias.

—Sufro, he sufrido, y sufriré por esa causa. No por decir la verdad, como he hecho, sino porque ustedes dos, con diabólica malignidad, han hecho morir a mi querida prima. Son usted y su cómplice los que deben sufrir el castigo, no yo.

—¡Tenga cuidado! —volvió a repetir el hombre.

—¡Oh!, no tengo miedo de usted ni de su cómplice —contestó Mimi con vehemencia—. Me satisface mantener cada una de las palabras que he pronunciado, cada una de las acciones que he llevado a cabo. Además, creo en

la justicia de Dios. No me asusta la molienda de Sus molinos; si es preciso, yo misma pondré las ruedas en movimiento. A usted no le importa Dios, ni cree en El. Su dios es su gran cometa, que ha intimidado a todos los pájaros de la región. Pero tenga la seguridad de que Su mano, cuando se levanta, cae ineludiblemente en el momento preciso. Puede que su nombre esté siendo reclamado, incluso en este mismo instante, en el Gran Tribunal. Arrepiéntase mientras tenga tiempo. Feliz usted, si se le permite entrar en esas imponentes salas, en compañía del ángel de las almas puras, cuya voz no tiene más que susurrar una palabra de justicia para que usted desaparezca para siempre en el tormento eterno.

La repentina muerte de Lilla llenó de consternación a los parientes y amigos de Mimi. Adam y sir Nathaniel habían contado con que la venganza del Gusano Blanco recayera sobre ellos, pero semejante tragedia no se la esperaban.

Adam dejó que su esposa obrara conforme a sus propios deseos en lo concerniente a Lilla y a su abuelo. Mientras tanto, él se dedicó a llenar el pozo con la arena fina dispuesta para ese fin, tomando la precaución de ir arrojando, a intervalos fijos, cargas de dinamita, listas para la explosión final. Tenía a sus órdenes directas una cuadrilla de obreros, y le ayudaba sir Nathaniel, que había venido para este fin, fijando todos su residencia en Lesser Hill.

El señor Salton también demostró estar muy interesado en el trabajo, y constantemente iba y venía, sin dejar escapar nada a su observación.

Desde su matrimonio con Adam y el establecimiento de ambos en Doom Tower, Mimi había estado paralizada por su miedo al horrible monstruo de «La arboleda de Diana». Pero ahora había dejado de temerlo. Aceptaba el hecho de que podía asumir, cuando quería, la forma de lady Arabella. Tenía todavía que reprenderla y recriminarla por la parte que había desempeñado en el sufrimiento de Lilla, y en especial por su intervención en la muerte de su prima.

Una noche, mientras Mimi entraba en su habitación, se acercó a la ventana y lanzó una mirada impaciente a la perspectiva que se le ofrecía. De una ojeada comprobó con satisfacción que no era visible el Gusano Blanco in propia persona. Entonces se sentó en el asiento encajado en el hueco de la ventana y gozó de la completa vista, que le había estado tanto tiempo vedada. La doncella encargada de servirle le dijo que el Señor Salton no había regresado a casa todavía, y Mimi se sintió libre de gozar en paz de esa tranquilidad.

Mientras miraba por la ventana, vio algo blanco y tenue que se movía por la avenida. Creyendo reconocer la figura de lady Arabella, se retiró inmediatamente detrás de la cortina. Cuando se aseguró, después de mirar

varias veces a hurtadillas, de que lady Arabella no la había visto, observó con más cuidado, y su instintivo odio por aquella mujer volvió a aflorar nada más verla. Lady Arabella se desplazaba rápida y furtivamente, mirando de vez en cuando hacia atrás y en torno suyo, como si temiera ser seguida. Mimi comprendió que sus intenciones no podían ser buenas, y decidió aprovechar la ocasión para observarla con más detalle.

Poniéndose apresuradamente su capa oscura y su sombrero, Mimi corrió escaleras abajo y salió a la avenida. Lady Arabella se había alejado, pero el resplandor de su vestido blanco aún podía verse entre los jóvenes robles que rodeaban la entrada. Manteniéndose en la sombra, Mimi la siguió, procurando no acercarse demasiado para no despertar sus sospechas, y espiando su furtiva marcha en dirección a Castra Regis.

La siguió sin interrupción a través de los árboles en penumbra, gracias al destello de su vestido blanco que le servía de guía. El bosque comenzó a espesarse, y al poco rato, cuando el camino se ensanchó y los árboles volvieron a estar más espaciados, perdió de vista cualquier indicación de su paradero. En aquellas condiciones le era imposible hacer nada más, por lo que, después de esperar un rato oculta en la sombra por ver si podía vislumbrar otra vez la bata blanca, decidió ir lentamente hacia Castra Regis, confiando en que una serie de casualidades le permitiría volver a encontrar la pista. Avanzó con lentitud, aprovechándose de cada obstáculo y sombra que pudiera ocultarla. Finalmente penetró en las tierras del Castillo, por un lugar desde el cual apenas eran visibles las ventanas de la torre. No había vuelto a ver ni rastro de lady Arabella.

Entre tanto, durante la mayor parte del tiempo en que Mimi Salton había estado desplazándose cautelosamente en la oscuridad, era lady Arabella en realidad quien la había seguido a ella, ya que la había avistado al abandonar la casa y nunca había perdido el contacto con ella. Era la clásica situación del cazador cazado. Al principio, las muchas vueltas de Mimi y la abundancia de obstáculos naturales le crearon algún problema a lady Arabella; pero cuando aquella se acercó a Castra Regis, no quedaban ya posibilidades de escondite, y la extraña persecución doble continuó velozmente.

Cuando lady Arabella vio a Mimi cerca de la puerta de entrada a Castra Regis, subiendo los escalones, la siguió. Mimi entró al oscuro vestíbulo y subió las escaleras; todavía creía que iba detrás de lady Arabella, cuando en realidad esta era la perseguidora. Al llegar al rellano al que daban las habitaciones de la torre, Mimi estaba convencida de que el objeto de su búsqueda iba por delante de ella.

Edgar Caswall estaba sentado a oscuras en la gran habitación, y de vez en cuando se despertaba su curiosidad cuando las nubes a la deriva dejaban ver

algún claro en el cielo barrido por la tormenta. Pero nada le interesaba realmente en aquel momento. Desde que se había enterado de la muerte de Lilla, las tinieblas de sus remordimientos, acentuados por los reproches de Mimi, habían exasperado su naturaleza cruel, egoísta y taciturna. Tampoco oía nada, pues sus facultades normales parecían entorpecidas.

Cuando llegó frente a la puerta, que permanecía entreabierta, Mimi dio un ligero golpecito. Tan ligero que no llegó a oídos de Caswall. Entonces, armándose de coraje, empujó audazmente la puerta y entró. Al hacer esto su corazón desfalleció, porque se encontró cara a cara con una dificultad que, en su estado de perturbación mental, no había previsto.

CAPÍTULO XXVII

EN EL TEJADO DE LA TORRE

La tormenta que estaba en camino se manifestaba ya, no solamente en la vasta extensión de la naturaleza, sino también en los corazones de los seres humanos. Las perturbaciones eléctricas en el cielo y en la atmósfera se reproducían en todo tipo de animales, y particularmente en la especie más evolucionada, más receptiva y más eléctrica. Eso era lo que ocurría con Edgar Caswall, pese a su naturaleza egoísta y su sangre fría. Lo mismo le pasaba a Mimi Salton, a pesar de su inamovible devoción altruista por aquellos que amaba. Incluso le afectó a lady Arabella que, bajo los instintos de una serpiente primigenia, soportaba los volubles deseos y costumbres de la condición femenina, que siempre aúna lo viejo con lo nuevo.

Después de haber vuelto su mirada hacia Mimi, Edgar asumió de nuevo su indolente posición y su taciturno silencio. Mimi tomó tranquilamente asiento en un lugar un poco aparte, desde donde podía contemplar el desarrollo de la tormenta y estudiar su aspecto a lo largo del horizonte visible de la vecindad. Estaba de mejor y de más brillante humor que en todos los días precedentes. Lady Arabella intentó ocultarse detrás de la puerta, ahora abierta.

Afuera, las nubes se volvían cada vez más densas y más negras, a medida que se acercaba el centro de la tempestad. Hasta entonces la fuente de los relámpagos estaba distante, y el silencio de la naturaleza proclamaba la calma que suele preceder a la tormenta. Caswall sintió los efectos de la acumulación de electricidad. Una especie de exultación salvaje creció dentro de él, muy similar a la que a veces había sentido momentos antes del estallido de una tormenta tropical. Al darse cuenta, levantó la cabeza y avistó a Mimi. Estaba atrapado por una emoción que le superaba; era tal su disposición que sentía la

necesidad de efectuar alguna acción desesperada. Nada le importaba, y como asociaba a Mimi con los recuerdos que lo habían acosado, pensó que ella también debía participar en esta empresa. Ignoraba la proximidad de lady Arabella, y pensaba que estaba alejado de todos sus conocidos (de cuyos intereses participaba), que se encontraba sólo con los elementos furiosamente desatados, y con la mujer que había luchado contra él y le había vencido, sobre la cual quería mostrar todo el poder de su odio.

El hecho era que Edgar Caswall estaba, si no loco, al borde de la locura. En los primeros grados —monomanía— la locura es una pérdida de la proporción. Mientras sea general, no siempre es perceptible, porque el aburrido espectador carece de términos para la comparación. Pero en la monomanía la facultad para divagar se supera a sí misma de una manera innegable. Rechaza, oscurece u ocupa el lugar de todo lo demás, del mismo modo que la cabeza de un alfiler, colocada delante de la pupila, obstruirá totalmente la visión. La más usual forma de monomanía tiene comúnmente los mismos síntomas que padecía Edgar Caswall, una exagerada concepción de la propia importancia. Los alienistas, que han estudiado la materia en detalle, probablemente saben más sobre la vanidad humana y sus consecuencias que la mayoría de la gente común. La perturbación mental que sufría Caswall no era difícil de identificar. Todos los manicomios están llenos de casos similares: hombres y mujeres, de naturaleza egoísta y presuntuosa, que se dan tanta importancia que cualquier otra circunstancia de la vida debe subordinárseles. La enfermedad alimenta por sí misma el proceso de este autoensalzamiento. Cuando el mal ataca a una naturaleza orgullosa, egoísta y vana, que carece de la capacidad y la costumbre de autodomarse, el proceso es más rápido, y alcanza límites extremos. Son estas personas las que llegan a imbuirse de la idea de que poseen los atributos del Todopoderoso, incluso que ellos mismos son el Todopoderoso.

Mimi tenía una sospecha —o mejor quizá, una intuición— del auténtico estado de las cosas cuando oyó hablar a Caswall, y al mismo tiempo advirtió el anormal rubor de su rostro, y sus ojos, que parecían salirse de las órbitas. Había en sus palabras cierta carencia de orden lógico que ella no había notado antes, un razonamiento vivo y espasmódico más propio de la locura que del equilibrio intelectual. Estaba un poco asustada, no tanto por sus pensamientos, cuanto por la forma inconexa en que los expresaba.

Caswall se dirigió a la puerta que conducía a la escalera de la torre por donde se llegaba al tejado, y habló a Mimi de manera perentoria, y con una entonación que bastó para hacer que se sintiera amenazada.

—¡Venga! La necesito.

Mimi retrocedió instintivamente; no estaba acostumbrada a semejantes

palabras, ni menos aún a semejante tono. Su respuesta fue indicativa de una nueva contienda.

—¿Por qué debo ir? ¿Cuál es la razón?

Caswall no respondió en seguida; otra indicación de su irresistible egoísmo. Mimi repitió sus preguntas; el hábito hizo valer sus derechos, y Caswall pronunció sin pensar las palabras que tenía en su corazón.

—La necesito. ¿Sería usted tan bondadosa de venir conmigo al tejado de la torre? Estoy muy interesado en determinados experimentos con la cometa, que serían, si no un placer, al menos una nueva experiencia para usted.

—Voy con usted —contestó ella simplemente; Edgar se dirigió hacia la escalera y ella lo siguió de cerca.

A Mimi no le gustaba quedarse sola y a oscuras a semejante altura y en semejante lugar, con una tormenta a punto de estallar. Él ya no le daba miedo; todo el que tenía parecía habersele pasado después de sus dos victorias sobre él en la lucha de voluntades. Además, su más reciente percepción —la locura de Caswall— había cesado también. En la conversación de los últimos minutos pareció tan racional, tan seguro, tan inofensivo, que Mimi comprendió que no había ya razón para dudar. Tan convencida estaba que, cuando Caswall le tendió una mano para ayudarla a subir la empinada y estrecha escalera, la tomó sin pensar, de la manera más natural del mundo.

Lady Arabella, escondida en el vestíbulo, detrás de la puerta, oyó todas las palabras que se dijeron, y formó su propia opinión. Le parecía evidente que se había producido algún tipo de rapprochement entre los dos, pese a la reciente hostilidad mutua, y eso la llenaba de una furiosa ira. ¡Mimi se interponía en sus planes! Estaba segura de atrapar a Edgar Caswall, y no podía tolerar que la más ligera y desdeñosa fantasía por parte de él lo distrajera del fin que ella se había propuesto.

Cuando se dio cuenta de que Edgar deseaba que Mimi lo acompañara al tejado de la torre, y que la muchacha estaba de acuerdo, su rabia sobrepasó todos los límites. Aparte de otras consideraciones menores, olvidó el peligro que podía correr en un lugar tan expuesto y a semejante hora, y decidió interrumpirles. Furtiva y silenciosamente, lady Arabella se deslizó por el portillo, y, subiendo por la escalera, desembocó en el tejado. Hacía un frío cortante. Las violentas ráfagas de la tormenta que barría la torre se introducían por cualquier vía expedita, silbando en las angulosas esquinas y zumbando alrededor del tembloroso mástil de la bandera. La cuerda de la cometa y el alambre que controlaba los «mensajeros» rivalizaban en sonidos a cual más extraño, que formaban en cierta manera —posiblemente a causa de la violencia que les rodeaba, que actuaba en toda su extensión— una especie de

armonía, un acompañamiento adecuado a la tragedia que estaba a punto de iniciarse.

El corazón de Mimi latía fuertemente. Un poco antes de abandonar la habitación de la torre había sufrido una conmoción de la que no podía recuperarse. Al salir ambos, las luces de la habitación le habían revelado momentáneamente el rostro de Edgar, tan concentrado como cuando intentó emplear sus poderes mesméricos. Ahora las cejas, negras, formaban una gruesa línea que le atravesaba la cara, debajo de la cual sus ojos brillaban y centelleaban ominosamente. Mimi advirtió el peligro, y asumió la actitud provocativa que ya le había sido tan útil en dos ocasiones. Temía que las circunstancias y el lugar estuvieran contra ella, y quería estar prevenida de antemano.

El cielo había aclarado, ahora, un poco, señal de que o había relámpagos a lo lejos, cuyos reflejos eran traídos por las nubes volantes, o bien la fuerza acumulada de la tormenta, aun antes de estallar en descargas eléctricas, tenía una incipiente capacidad lumínica. Esto pareció afectarles a los dos, en especial a Edgar, que estaba enteramente bajo su influencia. Su humor estaba alborotado y su mente exaltada. Había llegado a lo peor: estaba más loco que antes.

Procurando mantenerse lo más lejos posible de él, Mimi se desplazó por el piso de piedra de la habitación de la torre y encontró un nicho que la ocultó, no muy lejos del escondite de lady Arabella.

Edgar, solo en el centro del tejado, se sentía totalmente dueño de sí mismo, en una forma que tendía a incrementar su locura. Sabía que Mimi estaba al alcance de su mano, aunque había dejado de verla. Hablaba en voz alta, y el sonido de su voz, aunque se lo arrebatava el viento tan pronto como las palabras eran pronunciadas, parecía exaltarlo todavía más. El mismo furor de los elementos a su alrededor parecía contribuir a su exaltación. Para él, todas esas manifestaciones atmosféricas obedecían a su propia voluntad. Había alcanzado el grado sublime de la locura. Creía ser efectivamente el Todopoderoso, y cualquier cosa que pudiera suceder no sería sino la realización de sus propios deseos. Como no podía ver a Mimi, ni fijar su posición, gritó ruidosamente.

—¡Venga conmigo! Verá ahora lo que antes ha despreciado, aquello contra lo que combatió. Todo lo que ve me pertenece: tanto las tinieblas como la luz. Convéznase de que soy más grande que nadie del pasado, presente o futuro. Cuando el Señor del Mal llevó a Cristo a un lugar elevado y le mostró todos los reinos de la tierra, estaba haciendo lo que creía que nadie más que él podía hacer. Se equivocaba; se olvidó de Mí. Voy a mostrarle una luz que iluminará hasta las mismas murallas del cielo. Una luz tan potente que disparará aquellas

nubes negras que se precipitan y arremolinan en torno nuestro. ¡Mire! ¡Mire! Al simple contacto de mi mano esa luz se formará y subirá hacia arriba, cada vez más.

Mientras hablaba había avanzado hacia la esquina de la torre en donde pendía la cometa gigante, y desde la cual ascendían los «mensajeros». Mimi miraba espantada y temerosa de hablar, no fuera que provocara alguna calamidad. Dentro de su nicho, lady Arabella se encogió en un paroxismo de temor.

Edgar levantó una pequeña caja de madera, por la que, a través de un agujero, pasaba el alambre de los «mensajeros». Evidentemente debió de poner en marcha alguna maquinaria, pues se oyó un ruido sordo similar a un zumbido. Por uno de los costados de la caja salió lo que parecía ser una cinta tiesa que chasqueaba y crepitaba al contacto con el viento. Durante unos pocos segundos Mimi la vio subir a lo largo de la combada cuerda de la cometa. Cuando estaba cerca de esta se oyó un llamativo estruendo y apareció una repentina luz proveniente de las grietas de la caja. A continuación, una súbita llama relampagueó a lo largo de la chasqueante cinta, brillando con luz intensa. Una luz tan potente que toda la zona circundante resaltaba contra el fondo de negros nubarrones. La luz persistió durante algunos segundos, y después desapareció repentinamente en la negrura de la noche. Se trataba simplemente de un fogonazo de magnesio, que había sido detonado por el mecanismo del interior de la caja y transportado hasta lo alto de la cometa. Edgar se encontraba en un acalorado estado de agitación, gritando a voz en cuello y dando saltos como un lunático.

Era más de lo que podía soportar la curiosa naturaleza dual de lady Arabella. Su faceta brutal emergió triunfante y abandonó la idea de casarse con Edgar Caswall, relamiéndose diabólicamente al pensar en la venganza.

Debía llevarle con engaño hasta el agujero del Gusano Blanco, pero ¿cómo? Miró alrededor y rápidamente decidió. Todos los pensamientos de Caswall estaban concentrados en su maravillosa cometa, que en ese momento mostraba orgullosamente a su imaginaria rival, Mimi, para deslumbrarla.

En un instante se deslizó entre tinieblas hacia el carrito en el que estaba enroscada la cuerda de la cometa. Con dedos hábiles, lo desmontó y se lo llevó, desenrollando el alambre, a medida que avanzaba, sin perder, en ningún momento, el contacto con la cometa. Después se deslizó velozmente hacia el portillo, lo atravesó y cerró la puerta tras ella al marcharse.

Al bajar la escalera de la torre comenzó a correr, atravesó el vestíbulo y se precipitó en la avenida a toda velocidad. Pronto alcanzó su propia verja, corrió por la avenida y con su llave abrió la puerta de hierro que conducía a la boca del pozo.

Se sentía satisfecha de sí misma. Todos sus planes estaban madurando, o habían madurado ya. El señor de Castra Regis estaba a su alcance. La mujer cuya intervención más temía, Lilla Watford, había muerto. Verdaderamente, todo marchaba bien, y lady Arabella pensó que podía hacer una pausa para descansar. Se arrancó la ropa con dedos febriles, y, regocijándose en su libertad natural, estiró su delgada figura con deleite animal. Después se tumbó en el sofá a esperar a su víctima. Dentro de poco la sangre de Edgar Caswall la saciaría por completo.

CAPÍTULO XXVIII

EL ESTALLIDO DE LA TORMENTA

Cuando lady Arabella se fue furtivamente y sin hacer ruido, según su costumbre, los otros dos permanecieron un rato en sus puestos sobre el tejado: Caswall porque no tenía nada que decir, y Mimi porque tenía demasiadas cosas que decir y deseaba poner sus ideas en orden. Durante un rato, que pareció interminable, el silencio reinó entre ellos. Finalmente, Mimi, habiendo tomado una decisión, comenzó a hablar.

—Señor Caswall —dijo en voz alta, para asegurarse de que su compañero la oiría pese a los bramidos del viento y los constantes estampidos de las descargas eléctricas.

Caswall dijo algo como respuesta, pero sus palabras se las llevó el vendaval. Sin embargo, uno de los objetivos de Mimi se había logrado: ahora sabía exactamente en qué lugar del tejado se encontraba él. En consecuencia, se acercó lentamente en su dirección antes de volver a hablar, elevando su voz casi hasta el grito.

—El portillo está cerrado. Por favor, ábralo. No puedo salir.

Mientras hablaba se puso a manosear tranquilamente un revólver que Adam le había dado para un caso de emergencia y que llevaba oculto en el pecho. Tenía el presentimiento de que había caído en una trampa, pero no pensaba dejarse coger desprevenida, no importa lo que sucediera. Caswall también se sintió atrapado, y el bruto que habitaba en él afloró para la emergencia. Con voz ronca y brutal, semejante a la que puede escucharse cuando una esposa es golpeada por su marido en un tugurio, Edgar habló entre dientes intercalando sus sílabas entre los rugidos de la tempestad.

—Usted vino aquí espontáneamente, sin pedirme permiso. Ahora puede quedarse o irse, según se le antoje. Pero tendrá que arreglárselas por sí sola; no tengo nada que ver con usted.

La respuesta de Mimi fue expresada con temeraria suavidad:

—Me voy. Cúlpese usted mismo si este momento y esta situación no son de su agrado. ¡Ojalá tenga Adam, mi marido, algo que decir al respecto!

—Que diga lo que quiera, y que el infierno lo maldiga. ¡Y a usted también! Le haré ver claro. No podrá usted decir que no sabían lo que estaban haciendo.

Mientras hablaba encendió otro trozo de la cinta de magnesio, produciendo una luz intensa y cegadora en la que se podía distinguir claramente hasta el más pequeño detalle. La ocasión le vino muy bien a Mimi. Examinó cuidadosamente el portillo y su cerrojo antes de que el fulgor desapareciera. Luego sacó su revólver y disparó sobre la cerradura, que voló al instante en mil pedazos, los cuales saltaron en todas direcciones sin que, felizmente, causaran heridas a nadie. A continuación empujó el portillo y bajó por la estrecha escalera hasta llegar a la puerta del vestíbulo. Abriendo también esta, corrió por la avenida, sin disminuir su velocidad hasta llegar a las puertas de Lesser Hill. La puerta se abrió inmediatamente en respuesta a su llamada.

—¿Está el señor Salton? —preguntó Mimi.

—Acaba de llegar hace unos minutos. Ha subido al estudio —contestó un criado.

Mimi corrió inmediatamente escaleras arriba hasta encontrarse con su marido. Adam pareció aliviado a verla, pero escudriñó a fondo su cara. Viendo que había estado en un apuro, la llevó a un sofá junto a la ventana y se sentó a su lado.

—Ahora, querida, cuéntame todo —dijo Adam.

Casi sin aliento, Mimi le contó todos los detalles de su aventura en el tejado de la torre. Adam escuchaba atentamente, ayudándola en todo lo que podía, 3 no molestándola con ninguna pregunta. Su atento silencio fue una gran ayuda para ella, pues le permitió reunir y ordenar sus pensamientos.

—Mañana tengo que ir a ver a Caswall para escuchar lo que tenga que decirme sobre el tema.

—Pero querido, no disputes con Caswall, hazlo por mí. Ya he tenido últimamente demasiadas aflicciones y penas para que desee aumentarlas preocupándome por ti.

—No tendrás ya más de qué preocuparte, querida, si yo puedo evitarlo, ¡quíralo Dios! —dijo Adam solemnemente, y la besó.

Entonces, con la intención de distraerla y ayudarla a olvidar los miedos y ansiedades que la habían inquietado, Adam empezó a contarle los detalles de la aventura de Mimi, haciendo astutos comentarios para atraer y retener su

atención. Al rato, inter alia', dijo Adam:

—El juego en que Caswall anda metido es muy peligroso. Me parece que ese joven —aunque él no parece darse cuenta— corre hacia su ruina.

—¿Cómo, querido? No entiendo.

—Una cometa volando en una noche como esta desde un lugar como la torre de Castra Regis es, por no decir otra cosa peor, peligroso. No es simplemente que busque la muerte o un accidente, sino que está atrayendo los rayos a su propia casa. Cada nube que explote esta noche —y deben de ser bastantes— está obligada a producir un rayo. Al estar en el aire, esa cometa está obligada a atraer el rayo. Su cuerda hará de vía de conducción a la tierra. Cuando esto suceda, estallará la cima de la torre con una carga un centenar de veces mayor que la de un parque completo de artillería, y hará pedazos Castra Regis. Por dónde seguirá el rayo, nadie podría decirlo. Si encuentra algún metal por el que viajar, este no solamente le mostrará el camino, sino que será él mismo ese camino.

—¿Será peligroso estar al aire libre cuando tenga lugar todo esto? —preguntó Mimi.

—No, pequeña. Será el lugar más seguro posible, siempre que uno no se encuentre en la línea de conducción de la descarga eléctrica.

—Entonces, vamos fuera. No quiero correr ningún riesgo inútil, ni aún menos, que tú los corras por mí. Sin duda, si al aire libre estamos más seguros, lo que nos conviene es estar allí.

Sin decir una palabra más, Mimi volvió a ponerse la capa y una pequeña gorra ajustada. Adam también se puso una gorra, y, después de verificar que su revólver estaba listo, dio la mano a Mimi y juntos abandonaron la casa.

—Creo que lo mejor será acercarse a los lugares que están involucrados en esta historia.

—De acuerdo, querido, estoy lista. Pero, si no te importa, podemos ir antes a Mercy. Estoy preocupada por el abuelo y quisiera comprobar que —al menos hasta ahora— no le ha sucedido nada.

Consiguientemente, tomaron el empinado camino que conduce a la cima del Brow. El viento era muy fuerte y producía un extraño sonido hueco al barrer en lo alto, además del crujido y desgarramiento al pasar entre las ramas de los esbeltos árboles, que crecían a ambos lados del camino. Mimi difícilmente podía mantenerse en pie. No tenía miedo, pero la fuerza contra la que luchaba le ofrecía una buena excusa para agarrarse muy fuerte a su marido.

En Mercy Farm no había nadie levantado; al menos, todas las luces estaban

apagadas. Para Mimi, que conocía los hábitos de la casa, era una señal evidente de que todo iba bien, excepto en la pequeña habitación del primer piso, cuyas persianas estaban bajadas. Mimi no soportaba mirarla, ni pensar en ella. Adam comprendía su pena porque él mismo había estado profundamente interesado en la pobre Lilla. Se inclinó sobre su esposa y la besó; luego cogió su mano y la apretó con fuerza. Después siguieron caminando juntos, de vuelta al camino hacia Castra Regis.

Al llegar a la puerta del castillo fueron extremadamente prudentes. Al aproximarse, Adam tropezó con el alambre que lady Arabella había dejado arrastrar por el camino.

Adam contuvo la respiración, y dijo en un débil y grave susurro:

—No quiero asustarte, Mimi querida, pero por donde pasa el alambre hay peligro.

—¡Peligro! ¿Cómo?

—Ese alambre es la ruta que recorrerán los rayos. En cualquier momento, incluso ahora, mientras hablamos e indagamos, una increíble fuerza puede descender sobre nosotros. Corre, querida; ya conoces el camino en donde la avenida se une a la carretera principal. Si ves la menor huella de alambre, apártate, por amor de Dios. Nos volveremos a encontrar en el portón de entrada.

—¿Vas a seguir tú sólo este alambre?

—Sí, querida. Una persona es suficiente para este trabajo. No perderé un instante hasta estar de nuevo contigo.

—Adam, cuando salí contigo al aire libre, mi principal deseo era que estuviéramos juntos si algo grave sucedía. No puedes negarme ese derecho, ¿verdad, querido?

—No, querida, ni ese ni ningún otro derecho. ¡Gracias a Dios que mi mujer ha tenido semejante deseo! Ven, iremos juntos. Estamos en manos de Dios. Si Él así lo quiere, estaremos juntos hasta el fin, cuando o donde fuere.

Retomaron la pista del alambre sobre los escalones y lo siguieron en su descenso por la avenida, teniendo cuidado de no tocarlo con los pies. Era bastante fácil el seguimiento porque el alambre, si bien no brillaba, tenía un color propio y destacaba netamente. Lo siguieron más allá del portón de entrada y por la avenida de «La arboleda de Diana».

Aquí, una nueva preocupación oscureció el rostro de Adam, aunque Mimi no veía razones para ello, lo cual era fácilmente explicable. Adam conocía los trabajos efectuados con los explosivos en la boca del pozo, pero había mantenido el asunto oculto a su mujer. Al aproximarse a la casa, Adam pidió a

Mimi que regresara al camino, supuestamente para vigilar la trayectoria del alambre, pues según él debía de haber otro cabo en alguna parte. Debía buscar entre la maleza, y, si lo encontraba, indicárselo con el tradicional grito australiano: «¡Cu-í!»

Antes de separarse, un deslumbrante relámpago iluminó durante varios segundos toda la extensión del cielo y la tierra. Era sólo la primera nota del prelude celestial, pues fue seguida por una rápida sucesión de numerosos relámpagos, mientras que el estrépito y el retumbo de los truenos parecía continuo.

Adam, horrorizado, tomó a su esposa y la apretó contra su cuerpo. Por lo que pudo deducir del intervalo que separaba el trueno del relámpago, el corazón de la tormenta estaba todavía algo distante, por lo que no sintió de momento amenazada su seguridad. Sin embargo, era evidente que la tormenta avanzaba rápidamente en dirección a ellos. Los rayos eran más y más veloces y se acercaban cada vez más. El retumbar de los truenos era casi continuo, no paraba un momento; cada nuevo estallido empezaba antes de que hubiera cesado el anterior. Adam siguió mirando en dirección de la cometa, que luchaba por librarse de la cuerda que la retenía. Pero la oscuridad de la noche le impedía escudriñar con detalle.

Finalmente llegó un rayo tan espantosamente brillante, que bajo su fulgor la Naturaleza pareció inmovilizarse. Tanto duró que dio tiempo para distinguir su configuración. Parecía un gran árbol invertido, colgando del cielo. Toda la región circundante, hasta donde alcanzaba la vista, estaba tan iluminada que parecía resplandecer. Entonces, una extensa lengua de fuego se abatió sobre la torre de *Castra Regis* en el momento en que el trueno estallaba. En el fulgor persistente del rayo, Adam pudo ver cómo la torre se agitaba y temblaba, y finalmente se desplomaba como un castillo de naipes. El paso del relámpago dejó el cielo otra vez oscuro, pero una llama azul cayó de la torre, y, con inconcebible rapidez, corriendo por el cielo en dirección de «La arboleda de Diana», alcanzó la oscura y silenciosa casa, que al instante comenzó a arder por un centenar de sitios diferentes.

En ese mismo instante surgió de la casa un estremecedor y crujiente ruido de maderas rotas, o esparcidas, mezclado con un penetrante alarido, tan espantoso que Adam, aunque sin duda era valiente, sintió que se le helaba la sangre. Instintivamente, pese al peligro y la conciencia que tenían de él, marido y mujer se abrazaron, mientras escuchaban temblando. Algo se acercaba a ellos, misterioso, terrible, funesto. Los chillidos continuaron, aunque ahora más ahogados, como amortiguados. En medio de ellos sonó una terrible explosión, aparentemente en las profundidades de la tierra.

Las llamas de *Castra Regis* y de «La arboleda de Diana» iluminaban la

escena casi como si fuera de día, y, ahora que los relámpagos habían dejado de cegarlos, podían apreciar el paisaje en todos sus detalles. El calor del incendio hizo que las puertas de hierro se alabearan y luego se desplomaran. Como de común acuerdo, se cayeron por sí mismas, mostrando el interior. Los Salton pudieron ver ahora en la habitación más alejada, donde se abría la boca del pozo, un angosto y profundo abismo circular, desde cuyas profundidades se elevaban los agonizantes chillidos, que aumentaban terriblemente según pasaba el tiempo.

Pero no fue solamente aquel grito aterrador lo que heló la sangre de la pobre Mimi. Lo que vio era suficiente para llenarla de diabólicas pesadillas por el resto de su vida...

Algunos de los fragmentos estaban cubiertos de una piel escamosa como de un gigantesco lagarto o serpiente. Por una sola vez, en una especie de momento de calma o pausa, el agujero vomitó su hirviente contenido como si se tratara de un burbujeante manantial, y Adam vio salir a la superficie un trozo de la delgada figura de lady Arabella en medio de una masa de lécimo; lo que había sido un monstruo aparecía ahora hecho jirones. En varias ocasiones más, y con inconcebible violencia, fueron proyectadas enormes masas desde la abertura del pozo que, expandiéndose de repente al pasar a un espacio abierto, descubrieron los fragmentos del Gusano Blanco, que Adam y sir Nathaniel habían visto pasearse entre los árboles, con sus grandes ojos verde esmeralda brillando fluctuantemente como las grandes lámparas en medio del temporal.

Por último, la potencia de las explosiones, que aún no se habían extinguido, alcanzó con toda evidencia la principal reserva de dinamita, la parte más profunda del pozo. El resultado fue espantoso. La tierra, en una gran extensión alrededor, se estremeció y se abrió en largas y profundas grietas, cuyos bordes temblaron y se tambalearon lanzando hacia arriba nubes de arena que volvían a caer siseando entre las aguas ascendentes. La imponente construcción se sacudió hasta sus mismos cimientos. Grandes piedras fueron lanzadas hacia arriba, como en un volcán, algunas de ellas escuadradas y acanaladas con instrumentos manejados por manos humanas, desmembradas y partidas como por algún poder infernal. Los árboles cercanos a la casa — probablemente situados encima del pozo, que lanzó hacia arriba nubes de arena y vapor acompañadas de un espantoso hedor que enfermaba— fueron arrancados de raíz y lanzados por los aires. Ahora las ruinas estallaron violentamente en llamas, tan amenazantes que Adam tomó a su esposa de la mano y huyeron juntos de su proximidad.

Luego, el cataclismo cesó tan rápidamente como había empezado, aunque un profundo retumbo continuó intermitentemente durante algún tiempo. Entonces, el silencio se apoderó de todo. Un silencio tan completo que parecía

poder escucharse, que parecía encarnar las tinieblas, dando esa impresión a todos los que estaban dentro de su radio de acción. Fue un alivio para los jóvenes, que habían sufrido el prolongado horror de esta atroz noche; un alivio que pareció mejorar cuando los primeros rayos rojizos del amanecer se elevaron hacia el este, por encima del lejano mar, trayendo consigo para días venideros la promesa de un nuevo orden de cosas.

Adam Salton frecuentó poco su cama durante el resto de aquella noche. Él y Mimi pasearon de la mano, en la magnífica aurora, siguiendo el curso del Brow hasta Castra Regis y luego Lesser Hill. Lo hicieron así deliberadamente, procurando no pensar más en las terribles experiencias de la noche. La mañana era clara y alegre, como ocurre a veces después de una devastadora tormenta. Las nubes, que seguían abundando, no daban ya la habitual impresión de tristeza. Toda la naturaleza brillaba y estaba llena de gozo, en llamativo contraste con las escenas de ruina y devastación, consecuencias del fuego destructor y las explosiones.

La única evidencia que quedó de la otrora fastuosa mole de Castra Regis y de sus habitantes fue un montón informe de arquitectura desmoronada, confusamente visto a través de la columna de humo acre que marcaba el solar del señorial castillo. En cuanto a «La arboleda de Diana», fue inútil buscar vestigios de la antigua construcción. Los robles de la arboleda todavía se veían emerger por encima de la nube de humo; sus grandes troncos se mantenían firmes y erguidos como siempre, pero las ramas más jóvenes aparecían rotas, retorcidas y desgarradas, con la corteza a tiras, y las pequeñas quebradas y desfoliadas, pudiendo adivinarse la fuerza devastadora de la tormenta.

De la casa, los jóvenes no encontraron la menor traza, aunque se acercaron para hacerlo. Adam dio la espalda resueltamente a la devastación y se alejó. Mimi no solamente estaba trastornada e impresionada, sino que físicamente estaba agotada y a punto de dormirse de pie. Adam la llevó al dormitorio, la desvistió y la metió en la cama, cuidando de que la habitación quedara bien iluminada por la luz solar reforzada con algunas lámparas. El único obstáculo era una cortina de seda delante de la ventana, para evitar la luz intensa. Adam se sentó a su lado y cogió su mano, sabiendo perfectamente que la ayuda de su presencia era el mejor remedio para ella. Permaneció a su lado hasta que el sueño dominó completamente a su cansado cuerpo. Entonces se fue sin hacer ruido. Encontró a su tío y a sir Nathaniel en el estudio, tomando una temprana taza de té, ampliándose las dimensiones del improvisado desayuno. Adam les explicó que no le había contado a su esposa que iba a volver a los terribles lugares de la noche anterior, para evitar asustarla, ya que el descanso y el sueño en medio de la ignorancia la ayudarían y servirían como una tregua de paz entre tantos horrores.

Sir Nathaniel estuvo de acuerdo.

—Sabemos, muchacho —dijo—, que la infortunada lady Arabella ha muerto, y que el fétido cadáver del Gusano Blanco ha sido despedazado. Roguemos a Dios que su maldita alma no pueda escapar nunca jamás del más profundo infierno.

En primer lugar visitaron «La arboleda de Diana», no solamente porque estaba más cerca de Lesser Hill, sino, sobre todo, porque era el lugar que requería una mayor descripción, y Adam sintió que podía narrar mejor su historia sobre el terreno. La completa destrucción del lugar, y de todo lo que podía verse de él a pleno día, era casi inconcebible. Para sir Nathaniel aquel espectáculo era plenamente una historia de horror. Pero para Adam estaban solamente en los preámbulos. Sabía que podía verse mucho más todavía, cuando sus amigos llegaran al interior. Porque sólo habían visto el exterior de la casa, o mejor dicho, el lugar donde antes había estado el exterior de la casa. Lo más pavoroso se encontraba en el interior. Sin embargo, la edad y la experiencia adquirida siempre cuentan.

Un extraño y casi imperceptible cambio de aspecto tuvo lugar en el tiempo que transcurrió desde el amanecer. Casi parecía como si la misma Naturaleza intentara borrar las malignas huellas de lo que había ocurrido. Verdaderamente, la total ruina de la casa era mucho más manifiesta a la penetrante luz del día; pero la más espantosa destrucción, que tuvo lugar abajo, no era visible. La quebrantada y dislocada sillería tenía peor aspecto que antes; los soliviantados cimientos, los amontonados fragmentos de albañilería, las grietas en la tierra, daban una impresión desoladora. El orificio del Gusano todavía era visible: un agujero profundo que parecía llegar hasta las mismas entrañas de la tierra. Sin embargo, las horrorosas masas de légamo y los repugnantes restos de la violenta muerte del Gusano habían desaparecido por completo. Posiblemente algunas de las últimas explosiones habían lanzado desde las profundidades una enorme cantidad de agua que, aunque fétida y corrupta, había tenido un efecto purificador, y en su fuerza de arrastre se había llevado consigo, al descender de nuevo al abismo, los restos del horror. Un polvo gris, formado en parte por arena fina, en parte por escombros, lo cubría todo. Y aunque tenía un aspecto lúgubre, ayudaba a enmascarar algo cuya visión hubiera sido aún peor.

Tras unos minutos de observación, fue evidente para los tres hombres que el tumulto de allá abajo no había terminado aún. A intervalos cortos e irregulares, el infernal caldo de cultivo del agujero parecía entrar en ebullición. Subía, volvía a descender, y se revolvía, mostrando en estado puro muchos de los nauseabundos detalles que habían sido visibles anteriormente. La peor parte se la llevaban los grandes trozos del cuerpo del monstruoso Gusano, de aspecto repugnante y sanguinolento. Estos fragmentos, que ya

antes eran repulsivos, presentaban ahora un aspecto infinitamente peor. La corrupción hace presa con una rapidez increíble en aquellos seres vivientes cuya muerte es debida total o parcialmente a los rayos. La masa íntegra parecía haberse corrompido en un instante. La superficie de los fragmentos, otrora vivos, estaba recubierta de insectos, gusanos y sabandijas de todo tipo. La visión ya era de por sí bastante horrible, pero, con la adición del atroz olor, se hacía simplemente insoportable. El pozo del Gusano Blanco exhalaba el hedor de la muerte en sus formas más repugnantes. Los amigos, en un mismo impulso, se alejaron en dirección a la cima del Brow, donde soplabla una fresca brisa proveniente del mar.

Desde la cima del Brow, al bajar la vista, pudieron ver debajo de ellos una masa blanca y brillante, que parecía extrañamente fuera de lugar en medio de la destrucción que acababan de contemplar. A Adam le pareció tan extraña que sugirió buscar un camino para bajar, con el fin de admirarla desde más cerca.

—No tenemos necesidad de bajar; yo sé lo que es —dijo sir Nathaniel—. Las explosiones de la última noche han hecho aflorar a la superficie capas más profundas de la corteza terrestre. Eso que estamos viendo es un vasto estrato de arcilla blanca, a través de la cual encontró el Gusano la vía natural hasta su madriguera. Puede percibirse el destello del agua de los profundos pantanos que deben de encontrarse mucho más abajo. Creo que su señoría no se merecía semejante funeral, ni semejante mausoleo.

Los horrores de las últimas horas habían causado tales estragos en los nervios de Mimi, que se imponía un cambio de paisaje, si se quería evitar una crisis nerviosa permanente.

—Creo —dijo el anciano señor Salton— que ya va siendo hora de que los jóvenes partan para su luna de miel. —Y al hablar sus ojos centellearon.

La dulce y tímida mirada que Mimi dirigió a su leal esposo fue suficiente respuesta.

